



*Cinco días
para estar
contigo*

ALTEA MORGAN

Cinco días para estar contigo

Altea Morgan

© Altea Morgan

1ª edición, noviembre 2019

ASIN:

Diseño de la cubierta: Alexia Jorques

Imágenes de los capítulos: pixabay.com

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para todas esas mujeres fuertes que han hecho (su) historia.

*«Se il mio nome saper voi bramate,
dal mio labbro
il mio nome ascoltate.*

*Io son Lindoro che fido v'adoro,
che sposa vi bramo,
che a nome vi chiamo,
che a nome vi chiamo...*

*Di voi sempre
parlando così
dall'aurora
al tramonto del dì,
dall'aurora
al tramonto del dì».*

*Gioachino Rossini
EL BARBERO DE SEVILLA*

Índice

El primer verano contigo
Los encuentros
El chantaje es opcional
Ojalá estuviera lloviendo
Adiós, verano
La primera carta de Gabe
Casi todas las mujeres sobreviven
El último verano sin ti
El principio del segundo verano
Hogar es donde reside el corazón
Besar siempre fue un arte
El pasado insiste
Último día de verano
Cortejar no está pasado de moda
El inicio de la temporada
Ni uno más
Una postura incómoda
Falta de confianza
Decisiones que separan
Gabriel tiene que esperar
Un poco de Gabriel
El poder de la palabra dada
El final de la primera temporada
Palabras escondidas
Un día menos
Un paso al pasado
La carta que lo cambió todo
Os encantará
De verdades y mentiras
La búsqueda del tesoro
Ten cuidado
Pérdida de la razón
Esperaré
No
Correspondencia
El periódico
Escasas noticias
Una noche en el Museo

El pacto de Perséfone
Epílogo: La vida (com)partida

El primer verano contigo



Agosto, 1845

Tilly acababa de celebrar su fiesta de dieciséis cumpleaños en la finca familiar, junto a Rebecca, su institutriz, y un pastel. El regalo de su padre había sido un caballo nuevo que no había llegado con nadie de su familia.

Todos estaban realmente ocupados ese año.

El anterior también.

Y, que ella recordara, el otro fue tanto de lo mismo.

Por eso, Tilly no comprendía bien su propio enfado. Era algo de esperar, ¿no?

En el fondo, le daba absolutamente igual. Solo un día antes tenía quince años y era «casi una señorita», un día más tampoco le daba el estatus de nada. Por mucho que su padre le hubiese dicho eso en más de una ocasión.

El caballo, blanco con manchas negras, tenía un nombre poco original pero acertado: Chess. A ella le gustaba.

Tras compartir la tarta con Rebecca, que le había regalado un diario para que pudiera expresarse, según ella, mucho mejor, insistió para que el resto del personal de la casa diera buena cuenta de ella. Era su favorita, de limón. Y no quería que nadie se quedase sin probarla, aunque fuese un poquito.

Después decidió que era buen momento para hacer migas con Chess. Ya que había celebrado su cumpleaños con las únicas personas que siempre estaban a su lado, quería conocer a su nuevo amigo. Rebecca, que no pudo salirse de su papel de institutriz ni durante ese día, le recordó varias cosas: que las señoritas montaban a mujeriegas, que no olvidase poner la silla de amazona —no lo cumplió—; que se pusiera el traje de montar con falda —no se le pasó ni por la cabeza—; y que intentara no poner su vida en riesgo —que pudiese contar sus accidentes a caballo con dos manos no la hacía imprudente, solo despistada—.

Cuando la vio bajar con una sonrisa en la boca, con su traje de montar de pantalón y sin sombrero, Rebecca tiró la toalla, le lanzó una mirada de comprensión a la señora Castle, el ama de llaves, y las dos la dieron por perdida. Becca le deseó que lo pasase bien y la señora Castle que estuviera en casa antes de cenar.

Total, ¿qué le podía pasar en agosto en el condado de Kent en la finca de su padre?

La familia Bettesworth había sido bendecida con tres hijos. El primero, el primogénito del conde, fue una verdadera alegría, Adam llegó puntual para asegurar la continuación del título. La segunda, Lauren, podría ser un buen peón en el juego aristocrático, algo que su familia siempre apreció. Tener una chica estaba bien. El problema ocurrió cuando tuvieron dos. Mathilda llegó al mundo tras un parto duro para su madre, tanto que falleció poco después del mismo.

El conde, apesadumbrado por la pérdida de su esposa y la carga de otra niña, no supo bien qué hacer cuando intentaron ponerle el bebé en los brazos. Eso no había pasado con los otros dos, que habían nacido convenientemente en la casa familiar y no ese pequeño ser que, por avatares del destino, tuvo que nacer de camino a la finca en un viaje de improviso. Se adelantó a la fecha y lo fastidió todo.

¡Dos niñas! ¡Qué horror!

Adam y Lauren se llevaban solo un par de años, pero Mathilda, bautizada así por el empeño de su madre, se llevaba siete años con el primero y cinco con la segunda. Casi parecía un juguete para ambos, hasta que su padre decidió que nada de juegos con ella hasta que supiera qué hacer con una pequeña rechoncha que no tenía, en su opinión, ninguna virtud. La mandó al campo, a una casa que había comprado por insistencia de su mujer.

Dieciséis años después seguía pensándose.

El día de su decimosexto cumpleaños, Tilly se encontraba sola por las ausencias más que justificadas de su familia: Adam se encontraba de viaje por Europa, como casi siempre, y su padre y Lauren estaban inmersos en cazar un buen noble para el futuro matrimonio de su hermana; y, según las últimas noticias, podía ser con un señor que le llevaba tantos años que Mathilda había perdido la cuenta. Le escribió a su hermana para que supiera que ella la ayudaría a escapar si se lo pidiera. Lauren nunca le contestó. Estaría contenta con el trato.

Chess se sintió algo agobiado al principio, acababa de llegar a la finca y seguro que lo último que esperaba era a una Tilly ansiosa por salir de casa. Le regaló una zanahoria, que agradeció; lo cepilló y consiguió hacerse algo así como su amiga. Luego pudieron salir a cabalgar.

Su padre, por medio de Rebecca, le había prohibido salir de los lindes de la propiedad. Y mucho más ese verano que la finca colindante había sido adquirida por *nuevos ricos*. ¡Dios nos libre de ellos! Tilly le preguntó a su institutriz si eso era algo malo. En un arranque de sinceridad, le contestó que solo en el caso de tener mucho dinero viejo. Pero ella, cada vez que daba un paseo, se acercaba a verla. Adivinar qué habían reformado se convirtió en un juego. Ella no entendía de dinero nuevo o viejo, ni de dinero, realmente, así que estaba ansiosa por si, con suerte, esos nuevos ricos tuvieran una hija nueva rica con la que pudiera hablar y congeniar. Lo mismo ella sí sabía de dinero viejo o nuevo y podría orientarla. Nunca vio nada más allá de las reformas.

Ese día no iba a ser distinto. Era su cumpleaños, quizá se cumpliera su deseo de poder hacer una amistad más allá de Rebecca, que siempre era bienvenida, pero cumplía su papel, y Lauren, con la que nunca había llegado a congeniar del todo. Quizá la edad o quizá las millas de distancia las hacían hermanas por necesidad y no por cariño.

Su caballo parecía hecho para volar, se conocieron durante el trayecto y disfrutaron de esa incipiente relación, hasta que Chess bajó el ritmo casi sin avisar y ella salió disparada. El mundo se puso del revés en tantas ocasiones que no las pudo contar. No era su primera caída, sabía perfectamente cómo se encontraba. No era muy malo. Pero tendría algún morado que esconder durante unas semanas. No quería que nadie la castigara por eso. Cuando al fin el cielo se colocó

arriba y la tierra bajo —tanto de forma física como mental— su magullado cuerpo pudo suspirar, respirar y maldecir. Como había escuchado hacer a la señora Mills, la cocinera, cuando se quemaba preparando la comida.

Las palabras surgieron solas, sin filtro, sin pensar. Cerró los ojos. Los abrió para buscar a Chess y se encontró con una mano en sus narices.

—No sabía que las señoritas tuvieran tanto vocabulario en Inglaterra.

El acento era distinto a todo lo que había escuchado Tilly, tan aislada en el campo. Era dulce, casi meloso. Le cogió la mano y se levantó. Se intentó quitar toda la suciedad antes de mirar a la cara a la persona que había visto, en asiento de primera fila, su caída.

Se chocó, como si al saltar se hubiese dado con una piedra, con dos ojos marrones que destilaban amabilidad pero a la par dureza. Se hundió en ellos y boqueó. ¿Qué era eso?

—¿Se encuentra bien, señorita?

Vamos, Tilly, era hora de encontrar el habla. La tenía, la usaba de vez en cuando.

—Perfectamente. Chess se despistó y yo también. Soy lady Mathilda Bettesworth, hija del conde de Ellenborough.

—Yo soy Gabriel Lawrence. —Se quedó quieto, como si le faltaran títulos o algo—. Mi padre es empresario, inglés, y mi madre es una Van Ryan de Boston.

—¿Y eso qué significa? —Adiós, buenos modales. Le podía más la curiosidad.

—En Boston la llevarían al manicomio por preguntar eso, lady Mathilda.

—Creo que, después de ver cómo me he caído del caballo, podemos tutearnos y puedes llamarme Tilly.

—No creo que sea adecuado...

—No sea melindroso, Gabriel.

—¿Gabriel?

—Una caída a caballo une mucho.

Él esbozó casi una sonrisa, que quedó ahogada en una tos para disimular.

—¿Está prohibido que un Van Ryan de Boston se ría?

—No, eso solo que... tengo que marcharme. Un placer haberla conocido, lady Mathilda.

Gabriel se subió a su caballo y se marchó raudo. Era el primer encuentro de Tilly con alguien que no era o bien de la familia o de la finca o del pueblo. ¡Qué aventura! Lo único malo era que no tenía a nadie a quien contárselo.

Los encuentros



Agosto, 1845

Querido diario,

Rebecca, la que te ha comprado, ha insistido mucho en las normas para escribir en un diario:

Primero: siempre, y cuando digo siempre es que no hay excepción, debo comenzar cada entrada con un: «Querido diario». Como si te quisiera y tú me correspondieras de alguna manera. Solo tengo dieciséis años, mi querido diario, pero me parece un poco tonto.

Segundo: debo hablarte siempre a ti, como si fueses algo vivo y no un montón de páginas. Según Rebecca: «Es la magia de los diarios, Tilly, no la estropees». ¡Cómo si yo tuviera poder o fuerza para poder hacer algo de eso, mi querido diario!

Tercero: decir siempre la verdad. Esta es la que más me cuesta. No soy una mentirosa, Dios me libre, pero ¿y si alguien te encuentra y descubre todos mis secretos? Que ahora mismo sean dos no hacen que sean ni menos secretos ni menos míos, diario. Oh, perdón, querido diario.

¿Te los cuento? Venga, voy a intentar seguir las normas, pero no prometo nada. Según Lauren, mi hermana, me he asalvajado en el campo y va a ser complicado hacer carrera conmigo. ¿Carrera de qué, querido diario? A veces, Lauren parece que solo habla para que ella misma se escuche. Salta de ser insufrible a adorable. Y la quiero mucho. No lo puedo remediar. En otro momento te hablaré de Adam, mi hermano, y de mi padre.

Ahora voy a por los secretos: le guardo a Chess siempre un poco de fruta y he conocido al nuevo vecino, Gabriel Lawrence, que se va a convertir en mi mejor amigo. Él no lo sabe, aunque no es un inconveniente, estoy convencida de que él también querrá tener una amiga aquí.

Rebecca no ha dicho nada sobre cómo despedirme. Así que: hasta luego, querido diario, volveré.

Querido diario, hola de nuevo.

Hoy he hecho mi primer avance en la futura relación de amistad con mi vecino Gabriel Lawrence. Le cuesta sonreír, le cuesta admitir que se divierte conmigo y que, cada día, pasa un

poquito más de tiempo en mi compañía. Te lo voy a resumir.

El día tras nuestro primer encuentro, decidí acudir a la misma hora al mismo lugar, pero sin caerme del caballo. Oh, querido diario, no te lo conté, pero me he vuelto a caer, ya es la número... no sé, muchas. Pero no se ha enterado nadie. No quiero que me quiten a Chess. En fin, Gabriel lo vio todo y así nos conocimos. En esta ocasión, lo vi pasear por sus tierras con su caballo, que ahora sé que se llama Loki —investigué en la biblioteca de casa y no encontré nada, así que le pregunté al día siguiente, pero no me quiero adelantar en la historia—, se paró a hablar conmigo. Muy formal, muy seco, muy estirado... Me hizo replantearme mi plan. Pero no tengo mucho que hacer estos días ni antes he podido trabar una verdadera amistad, así que supongo que será mucho más difícil. Tres frases de cortesía después, y ya habíamos terminado.

El segundo día no dejé que eso ocurriese. No. Fui con una cesta de merienda y lo invité, ni corta ni perezosa, a que se sentase a mi lado. Fui atenta y le pregunté por el nombre de su caballo que, al parecer, se lo ha puesto por un dios mítico que era un poco... travieso (él utilizó una palabra que una señorita no debería repetir; me pidió disculpas, pero ya era tarde. Sé que lo hago sentirse cómodo). Me lo pasé muy bien escuchando sus historias. Así que esa noche busqué un libro de mitología y empecé a leer sobre los mitos griegos.

Gabriel estudia en la Universidad, es su primer año. Le ha costado un poco hablarme de todo su ambiente y de sus amigos. De hecho, lo resumió en una frase: «Es fantástico». Todavía es renuente a llamarme Tilly, pero lo mismo lo consigo más adelante.

Hoy ha sido nuestro tercer encuentro, querido diario, lo he dejado sorprendido con mis ojeras y mis nuevos conocimientos. Ha sido divertido poder ser yo, por una vez, quien enseñase algo a alguien. A mí todo el mundo me enseña cosas: Rebecca, mi padre, Lauren y ahora también Gabriel. Pero, gracias a pasarme la noche leyendo, he podido sorprenderlo. ¡Y me ha regalado tres sonrisas verdaderas! Nada de fingidas o escurridizas. Querido diario, creo que pronto tendremos una verdadera amistad.

Volveré.

Querido diario, aquí estoy de nuevo.

Hoy le he contado a Rebecca que me estoy haciendo amiga de Gabriel Lawrence. —¡Señor Lawrence, para ti, señorita! ¿Dónde están tus formas?—. Al principio, parecía que la idea no le gustaba mucho. Hasta que la he convencido para que viniese a conocerlo. Ha sido un encuentro de lo más curioso. Gabriel, tan educado, tan tieso, tan envarado parecía que estaba hablando con la mismísima reina. No quiero exagerar, pero ha sido así. Tras conocerlo, Rebecca me ha dicho que puedo quedar con él, siempre que ella pueda vernos desde la finca. Gabriel, o el señor Lawrence, no entendía nada. Ha sido muy gracioso cuando le ha dicho que no tenía malas intenciones conmigo. Aunque a ninguno le ha hecho gracia que yo bromeara con la idea de que solo éramos amigos. Ha sido como insultarlos, no sé.

En fin, Rebecca se ha sentado un poco separada a leer un libro, mientras nosotros hablábamos un rato. Creo que a Gabriel no le ha hecho gracia que lo incluyera en mi vida de esta manera. No sé, lo mismo esta vez sí he dado un paso para atrás, querido diario.

Nos hemos despedido con un «hasta mañana», que espero que sea verdad.

Hasta luego, querido diario (y yo sí lo digo de verdad).

Querido diario.

Gabriel no se ha presentado a nuestro paseo. ¿Lo habré ofendido?

Adiós.

Querido diario.

Gabriel no se ha presentado a nuestro paseo. Otra vez.

Adiós.

Querido diario.

No te vas a sorprender cuando te diga que no ha aparecido Gabriel. Voy a tomar cartas en el asunto.

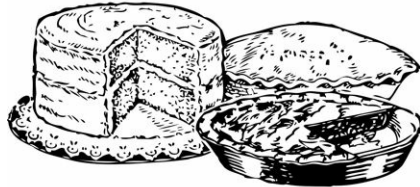
Ya te contaré.

Querido diario.

Tengo que convencer a Rebecca para tomar cartas en el asunto, tal y como te dije ayer. La señora Castle, el ama de llaves, lo mismo me es de utilidad. Ya te lo contaré todo cuando haya pasado, no quiero gafarlo. Pero, querido diario, mi próxima entrada será contarte que Gabriel y yo nos hemos hecho verdaderos amigos. Ya verás. No desesperes, yo no lo hago.

Ten fe en mí.

El chantaje es opcional



Agosto, 1845

Desde más o menos abril hasta octubre era la temporada de la fresa. La fruta favorita de Rebecca. La señora Castle tenía especial atención con los gustos de Rebecca y de Tilly ya que eran las dos únicas habitantes de la finca que no trabajaban en ella. Bueno, Becca era trabajadora, pero solo en la enseñanza de lady Mathilda y, en el resto de cosas, se la trataba como a una señorita más en la casa.

Cuando Tilly convenció a la señora Castle para hacer el pastel de nata y fresas que tanto gustaba a Rebecca le dijo que sabía que tramaba algo, pero que la dejaría estar. «¡Cosas de chiquillas!», exclamó.

Esa noche, tras la cena, llevaron el pastel especial para su institutriz.

—He dicho que lo prepararan para ti.

—¿Qué quieres, Mathilda?

—Oh, ya lo sabes: una temporada en Londres, hacer feliz a mi familia, salir a dar un paseo con Chess de vez en cuando...

—¿Y todo esto no tiene nada que ver con cierto vecino...?

—Bueno... quizá un poco.

—Mathilda, una dama no debe perseguir a un caballero, está muy mal visto.

—¡No quiero a Ga... el señor Lawrence como a un caballero, lo quiero como amigo! Es muy divertido y hace que las tardes sean mejores.

Rebecca suspiró.

—Nadie lo ve como tú, Tilly. Si alguien se enterase de que quieres estar todas las tardes con un caballero, lo mínimo que se podría pensar es que te está cortejando. Y el señor Lawrence dejó muy claro que eso era lo último que se le pasaría por la cabeza. ¿Sientes...? ¿Sientes algo cuando cuándo estás con él?

—Claro que sí. Amistad. Quiero tener un amigo.

—Que hayas pasado unos días con él a solas ya ha sido suficiente para que me despidiesen, Mathilda. Menos mal que le hemos puesto solución pronto. Pero si ahora el señor Lawrence no quiere volver a pasear contigo... Poco se puede hacer.

—Sí que se puede. Los Lawrence llevan ya casi dos semanas en Kent y no hemos ido a darles la bienvenida con una tarta como la que te estás comiendo. Es de muy mala educación, Rebecca, y

parece mentira que te lo diga yo.

El órdago estaba sobre la mesa. Tilly mantuvo la respiración. No solo había señalado una falta en el comportamiento intachable de su institutriz, que se puso colorada, sino que también le había señalado que había sido descuidada en varios aspectos.

—Bueno, como tú ya habías saludado al señor Lawrence, no lo vi necesario.

—¿Y a su madre? Es una Van Ryan.

—¿De dónde has...? Bueno, no importa. Que no sirva de precedente, señorita, pero por una vez tienes razón. Mañana iremos a saludar a nuestros vecinos. Pero no quiero escenas ni nada por el estilo. Ese muchacho no te está cortejando y no tiene obligación ninguna de venir por las tardes a verte. ¿Entendido?

—Sí, Rebecca.

Tilly se desinfló, como si hubiese estado conteniendo el aliento durante toda la cena. Solo con la tarta lo había conseguido. Menos mal.

Esa misma noche, antes de dormir, entre Becca y ella escribieron una nota para avisar a los Lawrence de su visita al día siguiente, si les venía bien. Les enviaron la misiva a primera hora y muy pronto recibieron, en una letra preciosa y pulcra, una invitación a merendar con la señora Lawrence.

Aunque Tilly hubiese preferido acudir con Chess, o no perderse su paseo con él, tuvo que hacer de tripas corazón y realizar el trayecto en el pequeño carruaje que guardaban en la finca y que usaban realmente poco. Andar tampoco parecía una opción. Y no sabía muy bien la razón.

No puso mucha atención ni en su ropa ni en su peinado. Ella estaba pensando en cómo afrontar el tema de que Gabriel la hubiese dejado sola durante tres tardes cuando, después de tantos días forjando una amistad, ya debería entender que tenía una obligación. O al menos eso esperaba Tilly.

Durante el corto paseo en carruaje, Rebecca repasó con ella todas las normas de conducta que pudo. Sentía que esa reunión informal con unos vecinos se estaba convirtiendo en una prueba sobre sus aptitudes sociales, tan poco aprovechadas en el campo.

—... y recuerda, habla con propiedad, pide permiso y no chilles.

—¡Yo no chillo!

—Válgame el cielo.

Antes de poner un pie en el territorio de los Lawrence, Tilly pudo observar lo magnífica que era la casa, una vez arreglada. Para ella siempre había sido una mansión destartalada que no escondía más misterios que habitaciones vacías y techos caídos. La había recorrido muchas veces. En cambio, en ese momento, le parecía casi mágico que pudieran haberla reconstruido así. No era tan grande como la suya, pero también era imponente.

Entraron siguiendo a un mayordomo que las hizo pasar a una sala donde solo había una mujer, a la que anunció como Violet Lawrence. Tenía los mismos ojos que Gabriel, sinceros y expresivos, pero por su forma de moverse parecía que se había criado en alguna corte europea. Eran ese tipo de movimientos que, por mucho que se quisieran estudiar y copiar, nunca salían igual que cuando se nacía con ellos. A Tilly se le pasaron dos palabras por la cabeza: estilo y clase.

—Bienvenidas. —Su acento era tan cantarín como el de su hijo. A Mathilda le encantó escucharlo, le parecía entre exótico y llamativo. Ojalá ella tuviera una pizca de la gracia de esa

Ojalá estuviera lloviendo



Agosto, 1845

Tilly paseó con Chess por la finca, cerca de la casa, durante los siguientes días. Suficiente bochorno era que la llamaran mosca como para tener que encontrarse de nuevo con su vecino. No le contó el incidente a Becca. Estaba avergonzada, pues entendía que había visos de realidad. Ella ya se lo había advertido: nadie veía las cosas como ella. Y estuvo muy tentada a romper en mil pedacitos las páginas de su diario que hablaban de su estúpido plan de hacerse amiga de su vecino.

Recibió una carta de Lauren, que más o menos cada mes, solía acordarse de ella. Le contaba banalidades y cotilleos. Estaba pasando el verano en casa de una amiga suya del internado de señoritas al que asistió. Nunca pudo entender la razón de que Lauren y Adam pudieran estudiar rodeados de compañeros y ella sola en el campo. Ni se atrevió nunca a preguntarlo. Hacerlo a Rebecca sería tan horrible como cuestionar sus enseñanzas y su padre jamás le prestaba atención como para poder tener una conversación sincera. Con suerte, el año siguiente, podría viajar a Londres para elegir trajes y pasar un tiempo con su familia. En dos años, la estarían presentado ante la reina. Lauren estaría casada y podría acompañarla a todos los bailes y, una vez que encontrase un esposo, tendría hijos y nunca más se sentiría sola. Por fin, la vida le daría la posición con la que había nacido y la que le había prometido desde pequeña.

Querido diario.

Hoy he visto un sapo.

Nos vemos.

Decidió que, tras su plan loco, lo mejor sería seguir las instrucciones de Rebecca y de Lauren y dejar de ser un bicho raro. Una mosca. Cada día estaba más convencida de que había algo en ella que no encajaba bien.

Querido diario.

Hoy le he respondido a Lauren contándole las bondades de la buena temperatura que estamos disfrutando y la suerte que es poder respirar aire fresco. También le comento que estoy deseando ir a Londres a verla.

He sido muy correcta.

Adiós.

Habían pasado unos días desde aquella bochornosa tarde en la casa de sus vecinos. El calor era pastoso, y Tilly solo podía pensar en la lluvia. Nunca estaba conforme, soñaba con las gotas de lluvia cuando hacía calor y con el sol abrasador con las nieves del invierno. Según Becca, nunca estaba contenta con lo que tenía.

Chess, aunque acalorado también sin duda, decidió que tenía ganas de correr y saltar. Rebecca, tras una tarde atareada, le comunicó que podía no acompañarla si se mantenía en los lindes de la finca, y así pudo sentirse libre junto a su caballo. Era la mejor sensación del mundo. Quizá no pudiera ser amiga de Gabriel Lawrence, pero tenía a Chess.

Volaron juntos durante un rato. Y, cuando al fin acabó en los lindes de un bosque cercano, aplaudió como una loca y palmeó a su caballo. ¡No se había caído! Y por fin parecía que se entendían a la perfección. Montó tal alboroto que unos pocos pájaros salieron despavoridos y, por fin, en días, se rio. Hasta que se atragantó de la risa al ver a su vecino, desmontado, al lado de Loki, acariciándolo.

Gabriel sonrió y la saludó con la cabeza.

Ella retomó las buenas formas y cabeceó de la misma manera. Agarró firme las riendas y dirigió a Chess de vuelta a casa con tranquilidad, como debería hacerlo una dama. Al poco rato, él se puso a su altura.

—Ha sido una buena carrera, lady Mathilda.

—Gracias.

Ni una palabra más ni una palabra menos. Según le había dicho Rebecca: una dama no regalaba ni palabras ni halagos.

—La he estado buscando estos días. —Tilly se mordió la lengua para poder preguntar la razón. Si él se la quería dar, se la daría—. Estuve muy grosero en nuestro último encuentro.

Sí, eso era verdad. Ella solo observaba al frente y seguía su caminar pausado a lomos de Chess.

—La tomé con usted, que ha sido amable y simpática conmigo. Pero el problema lo arrastro desde Boston. No es cosa suya, soy yo... No creo que pueda aceptar una nueva amistad ahora en mi vida. No tengo hueco para nada más que no sea el dolor.

Tilly asintió con la cabeza y siguió su camino.

—¡Lady Mathilda! ¿No va a decir nada?

—Que siento haberme comportado así y acepto sus disculpas, señor Lawrence.

Vaya, Tilly sintió que había crecido, al menos, dos años. Rebecca hubiese estado orgullosa. Más o menos, ya que eso de estar a solas con su vecino seguro que no lo veía con buenos ojos.

—Lady Mathilda... Tilly.

Al escuchar su nombre, su verdadero nombre, ese que le gustaba, por primera vez de los labios de Gabriel, algo se movió dentro de ella. El nombre de Mathilda le parecía de mujer de sesenta años rodeada de caniches, se paró en seco. Ella era Tilly, para lo bueno y para lo malo. Lauren le había dicho en una ocasión que sonaba ridículo.

—Es cierto que no tengo hueco para una nueva amistad como... —Se giró para observarlo bien. Gabriel cerró los ojos, como si un dolor inmenso le recorriera el cuerpo—. Pero usted... pero tú...

—¡Señor Lawrence!

—Pero tú no te pareces a nadie que conozca y eso me parece un soplo de aire fresco.

—Me está tuteando.

—Una caída a caballo une mucho, ¿no?

Tilly no pudo reprimir una sonrisa gigante. Aunque acto seguido se mordió el labio y preguntó:

—¿No *le* parezco una mosca follonera?

—Recuerda la caída, Tilly, vuelve a preguntármelo.

—¿No *te* parezco una mosca follonera?

—La mosca más follonera que he visto en mi vida, pero, aun así, creo que merece la pena conocernos.

Ella achicó los ojos. Nunca había sido rencorosa; si no, no se hablaría con su familia. Y, además, que la hubiese buscado para pedir disculpas le daba puntos.

—Pero con una condición.

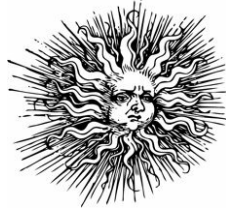
—¿Cuál tienes en mente?

—Nos diremos la verdad, aunque duela. Me hirieron tus palabras, pero tenían algo de razón...

—¡No, Tilly, no! Créeme, es... mi problema. No tuyo. Me encanta que intentes arrancarme sonrisas y digas lo que piensas; es fantástico. No me hagas caso. Tú, sé simplemente tú.

—Lo intentaré.

Adiós, verano



Septiembre, 1845

Finalmente, Gabriel Lawrence se convirtió, nada más y nada menos, que en la amiga por la que tanto había rezado Tilly. Tenía solo unos años más que ella y compartían en común muchas cosas, como el amor por los animales y las ganas de conocer el mundo. En el caso de Gabe era algo que ya había empezado a hacer; en el de ella, solo por medio de los libros de viajes que tanto le gustaban.

En las tardes pastosas, casi abrumadoras, del verano, compartieron alguna que otra confidencia.

—¿A qué lugar te gustaría viajar primero? —preguntó Gabe sentado en la sombra de un árbol.

—Antes de conocerte hubiese dicho la India, quiero ver elefantes, pero ahora he cambiado de opinión y mi primer destino sería Boston o Nueva York, me fascina cómo hablas de esos lugares. No entiendo por qué tu familia se ha instalado en Inglaterra.

—Por varias razones... La oficial es que mi padre echaba de menos su tierra y mi madre, un poco como tú ahora mismo, también quería conocerla. Y la verdad es que esa fue la idea principal antes de... hace unos meses.

—¿Y la no oficial?

—Querían separarme un poco de Boston. —Tilly abrió la boca para preguntar, por supuesto, no se callaba nada, pero Gabe contestó antes—. Un familiar muy querido falleció hace poco y no supe aceptar bien el duelo.

—Lo siento mucho, Gabriel.

—Gracias, Tilly. Estoy mejor, ¿no lo has notado?

—Yo siempre te veo igual de risueño.

—Es que soy así de risueño, aunque dentro de poco tendré que marcharme para continuar mis estudios, ya lo sabes, y no me verás todos los días.

—¿Me escribirás?

—Claro, siempre que pueda.

Tilly chasqueó la lengua.

—¿Qué ocurre, lady Mathilda?

Gabriel siempre usaba un tono más formal cuando ella hacía algo que no era muy de señorita.

—Que no me pasarán tus cartas, Gabe. ¡O peor, alguien se las mandará a mi padre!

—Te escribiré con nombre de mujer.

—¿Y quién diré que eres? —El tono de Tilly fue de derrota—. No conozco a mucha gente, piensa que me paso aquí todo el año con mi institutriz y... ¡tengo una idea!

—Me sorprende cómo pasas de la tristeza a la alegría, de ser una perfecta señorita y cambiar para ser...

—¿Para ser qué?

—Un poco menos señorita.

Gabe se rio y Tilly sintió que con él podía ser ella misma, una sensación que solo tenía junto a Rebecca, que siempre había sido más una madre que una profesora. Y solo por eso sabía que la ayudaría a tener noticias de Gabriel.

La primera carta de Gabe



Universidad de Harvard, Massachusetts
29 de septiembre de 1845

Mi querida amiga Rebecca,

Aquí le escribe su amiga y confidente Gabriella Lander. No sé cómo ha accedido a esto, pero me parece una locura maravillosa. Le prometo que me atendré a escribir cartas inocuas, sin dobles sentidos, si usted promete hacer de mensajera. No me importa que las lea, al fin y al cabo, van dirigidas a usted, aunque la destinataria sea otra. Así que espero que me deje la libertad de incluirla también en todo lo que voy a contarle a nuestra amiga en común.

Milady Mathilda, no sé si puedo escribir «Tilly» por correspondencia, ¿sería eso cortés en Inglaterra? En fin, le adjunto un paquete que sé que llegará tarde, a nombre, por supuesto, de nuestra querida amiga y mejor persona Rebecca, que también puede disfrutar de él. Es una guía de Massachusetts. A priori parece el regalo más aburrido del mundo —no pregunte por allí; se lo confirmarán—, pero sé que lo disfrutará, tiene dibujos muy ilustrativos y le puede acercar un poco a mí o, bueno, a donde estoy, desde luego.

Por si se lo pregunta, le diré que ya han ocurrido las primeras bromas del curso. Sí, en gandulear y hacer locuras no perdemos nunca el tiempo. Conseguimos cinco días de expulsión antes de que comenzasen las clases, ¡todo un récord! Aquí somos héroes. ¿Quiere saber qué hicimos? Si esta carta pasa el filtro lo contaré, si no... ¡ha sido un placer ser Gabriella Lander durante el rato en que he escrito esta misiva!

Con todo mi cariño (así se despide mi madre, ninguna mujer me ha escrito nunca más que ella o alguna de mis tías, y todas se despiden así),

Gabe.

Casi todas las mujeres sobreviven



Agosto, 1852, Kent

—Milady. —Escuchó gritar desde fuera de la casa.

Tilly dejó el libro en la mesa y se sorprendió. Rebecca, sentada a su lado, la miró con una expresión que decía: «Esa solo puedes ser tú».

Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba por ningún título. Desde hacía años era Mathilda Worth. Nadie reseñable. Los sueños se habían ido detrás de unos ojos marrones traidores que le habían arruinado la vida. Y lo peor era que, para colmo, ella había elegido arruinársela más aún, según su familia, claro.

Abrió la puerta y se encontró con Sam, el nuevo lacayo de su tía Georgiana, que no se había acostumbrado a llamarla, sin más, señorita Worth. Algo que había quedado claro desde hacía ya un tiempo. Desde que vivía en esa casa medio destartalada, que Becca y ella habían arreglado, y se dedicaba a dar clases en la escuela local para mantenerse. Ni su padre ni sus hermanos pensaban ya mucho en ella. Eso también era un hecho. Ni una visita ni una carta lo atestiguaban.

Era la oveja negra, la fruta podrida, lo peor que le había pasado al conde de Ellenborough. En fin, nada nuevo.

—Samuel, ya te he dicho que me llames señorita Worth.

—No me acostumbro, *mi...* señorita Worth.

—¿Qué deseas? —preguntó Becca con ese tono de voz tan armonioso que tenía.

—Lady Hereford le envía una carta y pide contestación inmediata.

Su tía, siempre tan ansiosa. Quería algo y lo quería en ese mismo instante. Tilly había aprendido a esperar, a que llegara el momento oportuno para actuar. Y todavía le quedaba mucho por hacer.

Rompió el sello y abrió la carta. La invitaba a pasar unos días en su casa. No era algo inusual, cierto, aunque el punto en el que decía que trajera sus mejores vestidos no le daba una buena sensación.

—Samuel, ¿puedes ir a la cocina y servirte algo mientras hablo con la señorita Roberts?

—Claro, *milady* —se trabó con la lengua, pidió disculpas encogiéndose de hombros y se marchó a la cocina casi asustado.

—¿Qué quiere tu tía?

—Que vaya mañana a su casa, ¡con mis mejores vestidos!

—¿Dónde habrán quedado esos vestidos, Tilly?

Ambas se rieron. Si algo bueno tenía el campo, era la tranquilidad alejada de la ciudad, la sencillez y no tener que preocuparse por tonterías como vestidos.

—Lee la misiva, Rebecca, creo que esconde algo.

Su antigua institutriz tardó muy poco en hacerlo.

—¿Qué lees entre líneas? —insistió Mathilda.

—Que no es, para nada, una invitación normal. Debes acudir para saber qué ocurre, ¿no crees? Yo puedo ocuparme de todo unos días. No creo que sea mucho tiempo.

Tilly asintió, sin lugar a dudas sentía curiosidad. Fue a la cocina, donde Sam estaba dando buena cuenta de un bizcocho que le había traído esa mañana una vecina.

—Samuel, dile a mi tía que acudiré mañana.

—Señorita Worth, milady me comunicó que la recogeríamos con el carruaje. ¿A qué hora mañana?

—A primera, por supuesto. —No lo dijo por ella, sino por Georgiana, que lo mandaría a esa hora de todas formas.

Samuel se metió un trozo grande de bizcocho en la boca, le hizo una especie de genuflexión y se marchó. Pobre muchacho, estaba tan perdido. Pero, en el fondo, ¿quién no lo estaba en esos tiempos?

Que su tía Georgiana la invitara unos días no era nada nuevo, más cuando no tenía clases que dar. Pero que lo hiciera de una manera tan formal sí que era una novedad a tener en cuenta. Se pasó el resto de la tarde buscando en sus vestidos agujeros para coserlos y arreglando todo lo que no estuviera bien. Se le pasó la hora de la cena y solo pudo picotear un poco de queso que le había regalado la señora Jones, otra vecina del pueblo, la única a la que había podido informar de su ausencia de unos días.

Se durmió con un único pensamiento: ¿qué estaría tramando su tía?

Se despertó con el mismo. Lady Georgiana, vizcondesa de Hereford, no daba puntada sin hilo. Y en su última conversación con Becca, lo comentaron antes de despedirse.

A primera hora de la mañana, el carruaje estaba listo para recogerla. Peter, el cochero, no dijo nada de su maleta, que había sido un regalo de otra de sus tías, cuando aún creía que podía valer para algo en la escalada social. Hacía mucho tiempo de eso. Aquella mañana se notaba más que nunca que estaba ajada por el tiempo y que pesaba muy poco, pero ella la veía como su pase a la libertad.

Le hubiese encantado quedarse en el pueblo por esas fechas, ya que había fiestas en la plaza y era una época de alegría. Las clases se cancelaban para que los niños pudieran trabajar con sus padres y disfrutar un poco después. No todos podían robar unas cuantas horas para aprender a leer y a escribir, aunque lo intentaban.

Viajar en el carruaje de su tía era mucho más cómodo que la última vez que fue en coche de postas, apretujada entre una chica joven malhablada y una señora muy amable. Se entretuvo observando el paisaje, pensó que esa misma noche dormiría en una cama mullida. Una de las delicias que sí echaba de menos.

Durante un tiempo, Tilly había perdido las ganas de seguir adelante, se había sentido desorientada y sin rumbo. En cambio, sentada en ese carruaje, sabía que ella tenía las riendas de su vida y eso le encantaba. Se había cortado el pelo rubio y rizado a la altura de los hombros para

poder manejarlo mejor —algo impensable cuando era una dama—, se vestía con ropa cómoda —de esa que no hacía falta nadie para poder ponerla y que no se tardaba horas en arreglar—, sus alumnos le alegraban la vida y estaba casi segura de que, de un momento a otro, Sean, que trabajaba en el molino, querría tener más que una amistad con Becca. Y, la verdad sea dicha, ese momento le daba pánico. Los sueños de viajar se habían acomodado a un par de visitas anuales a su tía y a Londres para ver al hermano de Rebecca, y con eso le bastaba. De soñar a lo grande, había pasado a darse de bruces con la realidad.

Cerró los ojos un momento y fantaseó con elefantes dorados que brillaban gracias a los calurosos rayos de un sol de verano.

Se despertó cuando el traqueteo cesó. Había llegado a Hereford Hall.

Le encantaba la *casita* solariega de su tía. En ella pasaba casi todo el año desde que sus hijos se habían casado. Su tío, Howard, lo agradeció mucho, pues se podía quedar en su estudio con sus libros. Acudían a Londres cada pocos meses para que él se pudiera reunir con la Real Sociedad Astronómica, de la que era parte.

Se apeó del carruaje e, incluso antes de entrar a la casa, ya notó que había un alboroto anormal, como un runrún en el ambiente. En sus últimas visitas solo estaban sus tíos. Sus primos tenían sus vidas y sus familias; no solían coincidir. El primer año que se mudó a la casita sí pasó las fiestas de Navidad con ellos, pero después ya no quiso hacerlo más. Le parecía una vida que ya no era suya, además de que Rebecca se había instalado con ella meses después de esas primeras festividades. Desde entonces los había visto en pocas ocasiones. Lo mismo estaban de visita.

El mayordomo la dirigió a la sala de día donde su tía solía pasar las mañanas, incluso antes de poder asearse. No le pareció extraño, seguro que querría verla de inmediato. Cuando entró, la encontró inusitadamente llena. Ocho figuras hablando entre ellas, con una tensión que se deslizaba por los dedos de Tilly, se quedaron quietas, cada una en su posición, cuando la anunciaron como lady Mathilda Bettesworth. Frunció el ceño, ¿qué ocurría que en cuestión de dos días habían usado más su antiguo nombre que en los últimos cuatro años?

—Mathilda —susurró Lauren, su hermana. La encontró casi asustada pero tan bella como siempre. Ya no llevaba el luto por la muerte de su esposo, ¿había pasado ya el tiempo?

Se encontraba cerca de un hombre que le daba la espalda. Cuando se giró, Tilly estuvo a punto de salir corriendo de la estancia. No lo hizo por su mirada, por esos ojos que siempre habían sabido apresarla.

Intentó hablar. No fue posible.

—Vamos, Tilly, pasa —dijo su tía algo incómoda—. Estamos casi en familia.

—¿Cómo? —preguntó saliendo de su embrujo y acercándose a su padre, que también estaba allí, junto a su tío, su primo, su esposa y un hombre que, sin conocerlo, sabía que había visto en otra ocasión.

—Mathilda —esta vez fue su padre quien habló—, te hemos hecho venir para anunciarte el compromiso de tu hermana con Gabriel Lawrence.

Se giró hacia ellos, era como si algo la hubiese golpeado físicamente. No hubo ni una pregunta de cortesía antes de soltar la noticia. Mientras Lauren mantenía la mirada baja, casi avergonzada, Gabe sonreía satisfecho, como si arruinar su vida no hubiese sido suficiente y también tuviese que humillarla. Era el juego al que mejor jugaba.

Tilly, con su vestido remendado y sus guantes prestados, negó con la cabeza. Habían pasado más de cinco años desde la última vez que lo vio y ya no era la misma persona. Le dieron ganas de reírse, por lo estúpido y absurdo de la situación. Quiso herirlos a todos, a todos sin excepción.

Hasta que su rabia ciega dio paso a una verdad que sabía que ocurriría en algún momento.

—Te pudrirás en el infierno, Gabriel —le dijo antes de salir de la estancia.

—Y te llevaré conmigo —lo dijo tan claro, con esa voz que le recordaba tiempos pasados, que tuvo un escalofrío antes de salir.

—¡Tilly! —gritó su hermana—. ¡Tilly, por favor! ¡Para!

No le hizo caso. Si quería alcanzarla, que corriera, que hiciera algo.

—¡Por favor! —La agarró del brazo y la hizo girar—. Escúchame, Tilly.

Se encontraban en la puerta de la casa, las dos desviaron la mirada la una de la otra, Lauren tuvo que darse cuenta de que la estaban observando desde la ventana de la sala de estar donde, minutos antes, le habían anunciado su compromiso.

—Vamos a un lugar más privado. —Señaló con la cabeza la casa y, con porte majestuoso, como solo ella podía tener, se dirigió al jardín trasero.

Tilly nunca supo la razón por la que siguió a Lauren, pero lo hizo. Cuando se sentó en un banco alejado de miradas indiscretas, ella realizó el mismo gesto.

—Di lo que tengas que decir, Lauren. Cuando acabes, volveré a casa.

—¿Llamas casa a *eso*?

—Lo preguntas como si hubieses estado.

—Fui una vez a verte. Necesitaba hablar contigo. No estabas. Y me horrorizó ese lugar. No pensé ni en entrar. Desistí.

Tilly bufó.

—Es mi hogar, Lauren, y me encanta. Soy libre.

—Desde luego lo has sido más que yo...

—¿Qué quieres decir?

—Tilly, desde que Adam desapareció, padre no ha sabido cómo manejar la situación. Se ha metido en determinados negocios y ha hecho cosas... Está arruinado.

—Si queréis veniros a vivir conmigo, no es una opción —dijo casi con una sonrisa en la boca. Su hermana, siempre más elegante que ella, sonrió y negó con la cabeza.

—No, gracias. Pero sí que tengo una cosa que pedirte. Su prestamista, que resultó ser el único, ha pedido dos cosas que nos conciernen para poder salvar algo de patrimonio y no quedar en la indigencia: mi mano y pasar cinco días contigo.

—¿Qué? ¿Gabriel es el prestamista de padre? ¿Y qué requerimientos más absurdos son esos? Si os queréis casar no es cosa mía, pero no pienso pasar cinco días con él.

—Por favor, Tilly...

—Lauren, tú más que nadie sabes cuánto daño me ha hecho. No voy a aceptar algo así.

—Solo son cinco días, cinco días, Tilly, y, cuando acaben, todos estaremos bien... Después de un matrimonio con un viejo, Gabriel es un cambio más que aceptable. Padre ya me estaba vendiendo al mejor postor; contigo no puede —comentó en un tono de reproche—. Y la última propuesta, que ni tan siquiera llenaba el hueco económico que ha dejado, es de un hombre que me da mucho miedo. Al menos, Gabriel es joven y puede hacerme feliz.

»Piensa una cosa, Tilly. —Su hermana debió de entender que estaba dudando, cuando en el fondo estaba todo más que claro—. Si se quiere casar conmigo, no quiere estar contigo. Esos cinco días serán... no sé, para charlar.

—¡Ja!

—¡Tilly! Me niego a pensar que mi prometido quiera... bueno, ya sabes... Míranos y compara. Mathilda se levantó de su asiento, notaba las lágrimas en los ojos, no veía bien los árboles del jardín. Cerró los ojos con fuerza, apretó las manos. ¿Gabriel hacer feliz a Lauren? Gabriel tendría que haberla hecho feliz a ella. Y en lugar de eso la abandonó cuando más lo necesitaba.

—Hasta aquí. No voy a soportar ni una sola tontería más. Cásate con él, con quién padre te busque o fúgate con un marinero. Me da igual. Que padre se ahogue en deudas o que no salga más de la cama. Me da todo igual.

—Somos tu familia.

—Vaya, y os habéis tomado un descanso de cinco años. Ahora sí somos familia. No.

—Tú también conseguirás lo que quieres.

¿Y qué quería ella más allá de salir corriendo?

—El hombre que acompaña a Gabriel es el actual director del Museo Británico, lo están trasladando de la mansión Montagu, se está acabando de acomodar un nuevo edificio y, si aceptas, nunca te faltará trabajo allí, podrás viajar con él por el mundo. Ser libre de verdad, Tilly, como siempre quisiste ser.

Mathilda se giró para marcharse, no podía seguir escuchando nada que tuviera que ver con esa pantomima.

—Y dinero... —susurró su hermana—. También dinero. Para que vivas bien, para que hagas lo que quieras, para que no te escondas como... Tilly, estarías cambiando toda una vida tranquila por cinco días.

Tentador, pero no.

Se volvió a dirigir a ella. No podía parar quieta.

—Lauren, lo siento... ¿qué digo? No, no lo siento. Ni quiero nada de vosotros. Has tenido cinco años para hablar conmigo, para lo que sea. Durante los primeros tiempos te escribía cada vez que podía, ¿sabes cuánto me costaba escribir una carta en todos los sentidos? ¿Intentar contarte el lado positivo y no apesadumbrarte con todo? ¿Para qué, *hermana*? Ni una sola vez me respondiste, ahora no pidas nada. Y mucho menos que... ¿de verdad te casarías con un hombre que estuvo conmigo antes? ¿De verdad crees que para Gabriel eres alguien?

—Si no has caminado en mis zapatos, no puedes juzgarme. No es como... prostituirte. Padre pudo negociar un buen trato para ti. Solo cinco días, antes quería más. Solo tendrás que soportarlo cinco días y todos estaremos bien, ¿es tanto sacrificio? Y sé que no te va a tocar. Me quiere a mí, no a ti. Y yo estoy más que dispuesta a casarme con él.

Mathilda también lo había estado en otro momento de su vida.

Se marchó de allí sin mirar atrás. Hacía mucho tiempo que no consideraba a Lauren su hermana ni a su padre parte de la familia. Entró por la puerta de atrás y subió las escaleras para llegar al cuarto que siempre le asignaba su tía. Cogería su maleta y se marcharía sin perder ni un segundo más en esa tontería. En cuestión de una hora estaría rumbo a casa, donde se reiría con Rebecca de la situación o, al menos, la dejaría atrás.

Cuando entró en la estancia, no encontró su maleta. Para su desconsuelo, la habían deshecho y toda su ropa se encontraba en los armarios. Bueno, tampoco era tanta. Antes de poder recogerlo todo, escuchó pasos llegando hasta ella.

—¿Ha podido el orgullo, Tilly? —preguntó su tía Georgiana, que cerró la puerta tras ella.

—Por Dios, tía, ¿no sabe lo que pretenden? Que le regale cinco días de mi vida a ese hombre, ¡a Gabriel Lawrence! Para que se case con mi hermana.

—Sí, es del todo una propuesta descabellada, pero creo que te beneficia.

—No me lo puedo creer, ¿también quiere que acepte? ¿No será una de sus formas de fastidiar

a mi padre?

Georgiana negó con la cabeza, pero con una sonrisa en la boca. Tilly sabía que la relación con su hermano pequeño, su padre, no era idílica, habían chocado mucho a lo largo de los años y parecía que la espantada de Mathilda había sido la gota que había colmado el vaso.

Pues parecía mal, al parecer.

—No me malinterpretes, mi querida, si fuera por tu padre... todo esto se lo ha buscado él, no habría hecho de puente entre vosotros. Lo hago por ti. Solo por ti.

Mathilda frunció el ceño. Su tía se sentó en la cama y le dio unas palmaditas para que se acercase. Lo hizo. Georgiana siempre había sido una mujer con carácter y sensata. Oiría lo que tenía que decir.

—Tilly, hay una cosa que tienes que aprender: la mayoría de hombres viven, solo unos pocos sobreviven. Las mujeres, en cambio, casi todas sobreviven y algunas pocas, las muy agraciadas, viven. Estamos inmersas en un mundo de hombres, pequeña, ellos deciden sobre todo y sobre nosotras, salvo raras excepciones. Yo soy una de ellas y tú también puedes serlo.

»Hace cinco años, cuando tu padre quería casarte con un hombre que pintaba canas y usaba bastón no solo por moda, ¿lo habrías hecho?

—Sí —susurró apesadumbrada.

—Ahora, si tu padre te hiciera la misma pregunta, ¿qué harías?

—Decirle que no y darle con la puerta en las narices.

—¿Ves? Lo que parecía una muy mala decisión, se convirtió en un regalo. Aunque sé que no es la vida ideal que soñabas, eres feliz así.

Tilly asintió.

—¿Sabes por qué financio la escuela del pueblo?

En el fondo ella siempre había pensado que su tía lo hacía por ella, por no dejarla en la estacada como el resto de su familia. Cuando había querido agradecerse, nunca lo había aceptado.

—No es por ti, como piensas ahora mismo. Es por esos niños y, sobre todo, por esas niñas. Para que no se enfrenten al mundo sin armas. Y me dirás, ¿al mundo lleno de hombres que gobiernan? Lo sé, pero saben que, si quieren ser costureras, panaderas o granjeras podrán llevar su negocio gracias a saber de números. No las engañarán. Es parte de la ayuda que les brindo, pero no quiero ahondar en eso —soltó su tía algo incómoda.

»Lo que te quiero decir es que con dinero la vida será más fácil. Ya tienes la independencia, la fuerza, ya crees en ti misma, pero te faltan alas para volar. Y siento decirte que esas alas están barnizadas en oro.

»Acepta el trato, Tilly.

—Pero, tía Georgiana, quiere pasar cinco días conmigo... Querrá intimidad, ¿no me convierte eso en...?

—¿Si te hubieses casado con ese hombre mayor por el bien de tu familia y por una estabilidad económica y hubiese querido intimidad contigo también te hubieses sentido una ramera?

Tilly dio un respingo. No lo había enfocado así.

—Mira, pequeña, para conseguir nuestra meta hay que sacrificarse. Negocia con el señor Lawrence, que jure no tocarte o lo que desees. Ese hombre no quiere cinco días en la alcoba, quiere algo más. No sé el qué. Tras hablar con él me parece intrigante y peligroso, pero también la llave de tu futuro. Así, cumplirás tu sueño y Rebecca podrá seguir su camino.

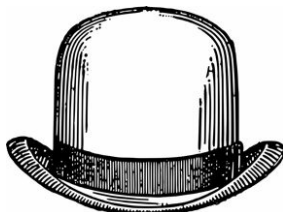
—¿A qué te refieres?

—A que esa mujer tiene mucho que hacer todavía. No solo en la escuela, también en su vida.

—Creo que no seré capaz de hacerlo...

—Vamos Tilly, no sobrevivas; vive.

El último verano sin ti



Agosto, 1852

Tilly almorzó en su habitación mientras le daba vueltas a la cabeza. Hubo un momento en que no se había imaginado la vida sin Gabriel, había bailado en su habitación pensando en el tiempo junto a él y había guardado sus cartas en un lugar privilegiado. Por desgracia, esas misivas seguían ocupando un lugar en su vida, eran el recuerdo vivo de lo poco que se podía fiar de él. En cambio, desde hacía cinco años, había intentado olvidarlo.

Encerrada en su habitación no hacía nada. La cabeza le daba vueltas en la dirección incorrecta. En ningún caso iba a solucionar su dilema echando la vista atrás. El pasado era algo que no podía cambiar. El futuro, en cambio...

Decidió no usar los cauces habituales de una señorita y se metió por los recovecos de la finca que usaban los criados. Le dio un susto a más de uno, se disculpó y llegó a la parte trasera, donde había un camino que seguro le ayudaría a pensar. Observó con nostalgia la cuadra. Tuvo que abandonar a Chess y no había vuelto a montar a caballo desde entonces, mantener un caballo era algo que no se podía permitir. Suspiró y siguió su paseo.

Le vendría genial poder hablar con Rebecca, ¿por qué no la habían invitado? Ah, por eso de ser una traidora a la familia y todas aquellas memeces. Su padre era dramático hasta el punto de la comedia. Él podía dilapidar el dinero familiar en, como había dicho su hermana, «malas inversiones», que no era otra cosa que burdeles y apuestas. ¿Y eso no era ser un traidor a su familia y a su título? En su casa nada era lo que debía ser: el matrimonio de Lauren con un hombre mayor, «La gran conquista de Lauren»; despedir a un criado por una falta mínima, «El incidente del señor Watts»; la falta de presencia de su hermano durante años de viaje por el extranjero, «Adam está haciendo negocios»; y lo suyo, simplemente, «La mayor catástrofe de los Bettsworth». A veces, seguirles el juego era complicado. Lo de Lauren fue un matrimonio concertado, algo que ella misma vio con buenos ojos en su momento; lo del señor Watts, que encontró en la ropa de su padre una deuda de juego, algo intolerable para un criado; lo de su hermano, que no podía soportar a su familia y se había fugado. La última vez que Tilly supo de él estaba en Francia; hasta ese momento se hallaba en paradero desconocido, no le interesaba nada de lo que ocurría en Inglaterra; y lo suyo... lo suyo tuvo demasiadas consecuencias.

—Lady Mathilda.

No, no, no y no. Tilly cerró los ojos. No estaba preparada aún para hablar con él, para

chillarle o para recriminarle. Sentía como en su interior algo se estaba gestando... una tormenta, un huracán, rabia pura.

—¿No vas a decirme nada, Tilly? Cuanto antes acabemos con todo esto, antes podré casarme con la deliciosa Lauren.

—¡Pues cástate con ella y déjame en paz! No entiendo tu propuesta.

—Tú y yo todavía tenemos algo pendiente.

Si alguien hubiese escuchado esa conversación sin saber nada, podría pensar que Tilly había sido la que había roto su relación o la que le había causado algún mal.

—Lo dices como si yo tuviese la culpa de algo. ¿No fuiste tú quien decidió no casarse conmigo? —Gabriel achicó la mirada, negó y sonrió—. ¿No fuiste tú el que me dejó para que me comieran los leones?

—Yo lo recuerdo todo de una forma muy distinta, pero eso da igual. Dime, inalcanzable lady Mathilda, ¿pasarás conmigo cinco días?

—No lo entiendo, no entiendo el objetivo de todo esto.

—Ni falta que hace. Tu padre está arruinado, se lo merece.

—¿Y a ti qué más te da?

—Mucho más de lo que crees.

—¿Es una venganza?

—Podríamos llamarlo así.

—¿Y me beneficias a mí para vengarte de mi padre? No entiendo qué sacas tú de todo esto.

—Para ti, mi querida Mathilda, tengo muchas cosas pensadas.

—¿Como qué? —susurró algo aturdida.

—Tendrás que descubrirlo.

—Tengo una serie de exigencias —soltó sin más, ¿qué exigencias eran esas? No lo sabía ni ella. Solo necesitaba más tiempo para pensar.

Gabriel no contestó de forma inmediata, dejó que ella se pusiera un poco más nerviosa. Notó el calor penetrando por la ropa, por la piel que asomaba al aire y como tenía ganas de huir, pero no, debía aguantar. Él no podía ganar ni una sola guerra más. No contra ella.

—¿Y cuáles son, lady Mathilda? —dijo, mientras se acercaba a ella, con lentitud, sin dejar de mirarla.

—No haré nada que no quiera.

—Entonces, si vienes, ¿es porque quieres? —Se acercó un poco más.

—Sí —dijo sin pensar.

—¿Algo más? —A un paso el uno del otro.

—No habrá contacto... íntimo.

—¡Ja! —soltó de forma espontánea y redujo el espacio entre ellos. Tilly podría haber dado un paso atrás y respirar, pero no pudo, todavía había algo en él, una luz, un sentimiento, que no se había apagado—. No recuerdo que esto te haya importado nunca. —Deslizó los dedos por el brazo de Mathilda dejando un escalofrío a su paso. La iba a besar, Gabriel la iba a besar y, si lo hacía, ella se dejaría llevar—. Ni mucho menos la última vez que te vi, tumbada en la cama, desnuda, jadeando, susurrando mi nombre...

La alusión a ese momento en concreto fue como si alguien la hubiera pinchado en la espalda con un palo. ¡Despierta, Tilly! Este no es *tu* Gabe, es un Gabriel que no conoces. Dio un paso atrás y se tragó la pena.

—Un caballero jamás diría eso.

—Nunca he sido un caballero, es algo que tu padre no se cansó de repetir, ¿cómo me llamaba?

—Se puso un dedo en la boca, como si tuviera que pensar mucho para llegar a ese recuerdo. Todo fachada, ya que la voz le cambió cuando dijo—: Petimetre, arribista, crápula... Y ahora se tiene que tragar que me case con su hija favorita.

—No.

—¿No? —preguntó confundido.

—No lo haré. Cásate con Lauren o no, arruina a mi padre o mándalo a cárcel por deudas, ya no es cosa mía.

—¿Ya no es cosa tuya?

—Adiós, Gabriel, espero que esta vez sea de verdad.

Se marchó esperando que todo ese dislate quedara acabado tras esa conversación, aunque algo le decía que no.

El principio del segundo verano



Agosto, 1846

Había recibido treinta y dos cartas de Gabriel y cinco paquetes. No, los había recibido de Gabriella Lance y había sido Rebecca la destinataria. Aún no sabía cómo su institutriz, con todo lo que eso conllevaba, había accedido a recibir las cartas de Gabe. Nunca se lo había querido explicar, hasta que, un día en Londres, durante su primera temporada, le confesó que solo lo había hecho para que no se sintiese más sola de lo necesario. Al fin tenía un amigo, y ella quería que lo mantuviera.

Desde que comenzó el verano, Tilly tenía una costumbre: acercarse con Chess al linde de su propiedad para averiguar si los Lawrence habían llegado. Dos días antes, se había encontrado una procesión de criados adecentando la casa, por lo que su llegada sería inminente. Cada vez que lo pensaba, notaba un calor en el cuerpo que nada tenía que ver con la temperatura de Kent. En su última carta, Gabriel no había acertado a poner una fecha exacta a su llegada, antes quería pasar tiempo en casa de un amigo y luego ya vendría. Solo dejó claro que lo siguiente que vería sería a él y no su letra.

Tilly se moría de nervios.

Ese día repitió lo que para ella era ya una costumbre, pero no pudo conseguir nada. Volvió dando un paseo a casa con Chess y se sorprendió al ver un carruaje en la puerta. No uno cualquiera, sino el de su familia. Desmontó y se acercó a una de las criadas para preguntar.

—Su hermana acaba de llegar.

¿Lauren? La hacía en Londres preparando su boda —¡al fin había consumado su búsqueda!—, que sería el segundo miércoles de septiembre, una fecha que, según su tía Elinor, hermana de su padre, viuda y afincada en Londres, era la más adecuada. No pintaba nada en el campo. No entendía nada.

Dejó a Chess y le pidió al mozo de cuadra que, por ese día, fuese él quien le diera un buen cepillado. Le gustaba hacerlo a ella, pero le picaba más la curiosidad que otra cosa.

Cuando entró en la casa, fue directa a la habitación de Lauren. En ella había mucho ajetreo de gente entrando y saliendo, pero ni rastro de su hermana. Rebecca se acercó y llamó su atención.

—Se ha refugiado en tu habitación mientras arreglan la suya. Está muy disgustada, deberías ir a verla.

Asintió. Quería muchísimo a Lauren, aunque nunca habían congeniado del todo, y no quería

verla sufrir.

Cuando entró en su habitación, la vio figoneando su escritorio. El corazón le dio un vuelco, las cartas de Gabriel estaban allí, escondidas, junto con su diario. Cuando escuchó sus pasos, Lauren se dio la vuelta. Tenía los ojos anegados en lágrimas y la abrazó de tal forma que parecía que quería estrujarla.

—Lauren, ¿qué ocurre?

—Oh, Tilly, nuestro padre es un monstruo.

Se separó de ella y se sentó en la cama. Mathilda fue a cerrar la puerta para luego ponerse junto a ella.

—¿Qué ha ocurrido?

Lauren solo hipaba y lloraba; eso no solucionaba nada.

—Por favor... —susurró—, dime qué ha pasado.

—Padre ha roto mi compromiso con lord Bearsted, ha llegado otro *postor*, Tilly, el conde de Shrewsbury, tiene cincuenta y dos años y me mira de una forma que me dan escalofríos.

—Oh, Lauren.

—Al menos, Bearsted me gusta, es un poco mayor que yo, tenemos cosas en común y me hace reír mucho. Padre ha sido quién lo ha orquestado todo y yo... yo... Tilly, es la primera vez que lo desafío. Sin duda no hay un lazo entre Bearsted y yo tan fuerte como para fugarme o algo así, aunque ojalá lo hubiera.

—¿Y qué haces aquí?

—Tía Elinor cree que me ha dado una crisis o un ataque o una rabieta, no lo tiene claro, y ha convencido a padre para que me mande aquí a reflexionar. Me sigo casando el segundo miércoles de septiembre, ¿te lo puedes creer? Solo han cambiado el nombre del novio. Es indignante. Tilly, ¿qué voy a hacer?

Lauren volvió a llorar, esa vez en su regazo. Ella se dedicó a acariciarle el pelo mientras rumiaba la información. No podía dejar las cosas así, quizá podría pedirle ayuda a Gabriel, viajar a América y ser libres allí. Así se lo dijo a su hermana.

—¿Quién es Gabriel?

—Nuestro vecino. Estudia en Massachusetts y es amigo mío. Su familia puede ayudarnos, Lauren, seguro que sí.

—¡Nadie se querrá poner en contra de nuestro padre!

—No conoces a Gabriel.

—Ni tú el mundo donde vives, te han tenido toda la vida en el campo y no sabes nada. Yo voy a tener que conformarme con este matrimonio y, cuando te toque a ti, te pasará lo mismo. No sueñes con tu Gabriel, Tilly, padre nos habló de esa familia, son nuevos ricos —escupió casi con la voz de su progenitor en sus labios—, arribistas, jamás dejará que te cases con él.

—Lauren, no estoy diciendo que me vaya a casar con él...

—Da igual, ni con él ni con nadie que no apruebe padre. Estamos condenadas.

—Creo que hay condenas peores que esta jaula dorada.

—Prueba tú a casarte con el conde de Shrewsbury.

—No, gracias.

Su hermana sonrió por primera vez desde que la había visto.

—No pasa nada por soñar, Tilly, yo lo he hecho, pero lo malo es que al final te despiertas. Estaré aquí un par de semanas y volveré a Londres para terminar de arreglar mi boda. Luego me casaré y rezaré para que mi esposo me ignore todo lo posible.

—Oh, Lauren, eso es horrible. En serio, fuguémonos, yo iría contigo a cualquier lugar, y seguro

que podríamos ganarnos la vida.

—¿Cómo, Tilly? Solo somos mujeres.

—Esa es una frase repugnante.

—Pero es cierta.

—Lauren, encontraremos una solución.

A su hermana se le cayó una lágrima solitaria que se secó con el dorso de la mano, se volvió a recostar en su regazo y le dijo:

—Sigue soñando, Tilly, hasta que puedas. Mientras, ¿podrías cantarme un poco?

Y así lo hizo, durante un rato, le cantó aquella canción del pájaro que viajó a otros lugares, la de la chica que encontró el amor y la del soldado que nunca volvió. Mientras, Tilly siguió soñando y no pensó que fuera a dejar de hacerlo nunca. Despertar no entraba en sus planes.

Hogar es donde reside el corazón



Agosto, 1852

El sol se había despedido del día hacía unas cuantas horas cuando llegó a su casa. Rebecca se asustó mucho cuando la vio aparecer. Tilly no tenía ganas de llorar ni de romper nada ni tan siquiera de gritar, solo quería hablar con su amiga.

—Prepararé una infusión, parece una noche larga.

Tilly fue a su habitación y se quitó como pudo el polvo del camino, se dejó el pelo suelto, para descansar la cabeza, y se puso su camisón, así estaría más cómoda. De vuelta al salón, Becca la esperaba atenta.

—Gabriel estaba en casa de la tía.

—¿Gabriel Lawrence? —Asintió—. ¿El mismo Gabriel Lawrence que te deshonró y luego no quiso casarse contigo?

—El mismo, pero ahora sí quiere casarse.

Becca bufó.

—Cinco años después... Cómo son los hombres.

—No, no, conmigo no, con mi hermana.

—¿Con Lauren?

—No tengo otra. —Suspiró—. Me ha dicho que se casa con la mejor de las dos. —Se encogió de hombros—. ¿Cómo pude equivocarme tanto con él?

—No tengo palabras.

Rebecca bebió un sorbo de su infusión mientras rumiaba la información. Mathilda, por su parte, se masajeó las sienes y un poco la cabeza. No podía hacer nada mejor.

—¿Y para qué te han llamado, Tilly? Dudo que quisieran tu aprobación o algo parecido para el enlace.

Rebecca se sirvió otra taza y esperó.

—Al parecer mi padre ha despilfarrado mucho dinero, no sé cuánto ni me importa. Con la tía Elinor en Escocia desde hace unos años, Lauren casada, yo repudiada y Adam desaparecido, se ve que no ha tenido ningún freno a sus... pasiones.

—Tampoco se ha preocupado mucho por ninguno de vosotros antes.

—También es cierto. Y no sé cómo ha pasado todo esto, pero su único acreedor es Gabriel y, para quitarle parte de la deuda a mi padre, ha pedido, que yo sepa, dos cosas: casarse con Lauren

y pasar cinco días conmigo.

—¡Dios mío! —Las dos se miraron a los ojos diciéndose mucho y muy poco—. No entiendo nada. ¿Quiere pasar cinco días contigo y luego casarse con tu hermana?

—Sí, yo tampoco lo comprendo. A cambio, yo me llevaré la posibilidad de trabajar en el nuevo Museo Británico, con todo lo que conlleva: dinero, viajes, estabilidad y tranquilidad.

—Yo ya vivo tranquila y tú también, Mathilda.

—La tía Georgiana opina que debería hacerlo, que eso me permitiría vivir y dejar de sobrevivir.

—¡Qué soberana tontería ha dicho tu tía! ¿No lo habrás aceptado?

—No, intenté negociar con él, pedirle que, si accedía a pasar esos cinco días con él, no habría intimidad.

—Y se negó.

—No exactamente, pero dijo cosas horribles y pensé que no merecía la pena. Pasar cinco días con él sería rememorar todo. Todo. Y no quiero pasar otros cinco años lamiéndome las heridas. El día que tú te marches, me quedaré sola y entonces no quiero tener solo mis recuerdos conmigo.

—Tilly, querida, no me voy a ir, eres como una hija para mí.

—Lo harás, te gusta demasiado Sean y sabes que yo estaré bien.

Rebecca se sonrojó.

—Es un buen hombre y te quiere.

—Ya hemos hablado de esto. ¡Sean no me ha dicho nada!

—Ya, habla poco, pero para mí es algo muy claro.

—No digas tonterías, Mathilda. —Cambió de conversación—. Me alegra que le hayas dicho que no. No podría traerte nada bueno. Y no sé si podrías recuperarte otra vez de un golpe propinado por Gabriel.

—Tengo remordimientos por mi familia, pero, si su objetivo es casarse con Lauren, no torturarme a mí durante un tiempo, que yo me niegue no hará que cambie de opinión, ¿no?

—No lo sé. Tengo que reflexionar sobre todo lo que ha pasado, parece una obra de teatro.

—Desde hace unos años, mi vida lo es.

—Y la mía, no lo olvides.

Se abrazaron, decidieron que era hora de dormir y, antes de meterse cada una en su cama, Becca habló.

—Tilly, ¿te has dado cuenta de que si tu hermana se casa con Gabriel será Lauren Lawrence?

—¡Por Dios! No lo había pensado.

Las dos se rieron y dieron la conversación por zanjada.

Tilly no pudo conciliar el sueño en horas, hasta que cayó rendida casi al alba. No lograba quitarse los recuerdos de la cabeza ni dejar de especular sobre qué habría detrás de toda esa farsa que había montado Gabriel.

Besar siempre fue un arte



Agosto, 1846

A los dos días de llegar Lauren al campo, Rebecca le comentó que la familia de Gabriel había llegado también. Tilly no sabía si cantar, bailar o salir corriendo. Tendría que esperar hasta la tarde, que solía ser el momento en el que se encontraba con él.

Pasó la mañana sin hacer nada útil, tanto así que hasta Becca la dio por imposible, cosa que no era normal en ella, que insistía hasta el cansancio para que Tilly aprendiera y siguiera la lección, cualquiera que fuese: pintura, que se le daba bien en algunos aspectos, pero no soportaba quedarse todo el día sentada; baile, que practicaba con un tutor, al que había masacrado los pies en más de una ocasión; o sus lecciones normales, que adoraba y nunca se saltaba. Ese día, intentar retratar a Lauren no había podido ser.

Cuando llegó la tarde, salió corriendo a cambiarse para montar a Chess, pero a mitad de camino, su hermana la detuvo.

—Tilly, ¿qué vas a hacer?

—Voy a salir a dar un paseo con Chess.

—*Uf*, sabes que odio cabalgar, ¿qué te parecería dar un paseo conmigo?

—Es que tengo ganas de salir a...

—Vamos, solo voy a estar aquí unos días y estoy muy aburrida. Solo un rato y luego podrás salir con tu *caballito*.

—Pero...

—Venga, así pasamos un tiempo entre hermanas.

Tilly suspiró y asintió. Lauren se fue a por un parasol y ella a por un sombrero. Rebecca nunca las dejaría salir de otra forma. Por alguna razón, prefería que su primer encuentro con Gabriel, casi un año después, fuese a solas, así que guio a su hermana por una zona alejada a la finca y en la que nunca había coincidido con él.

—En serio, Tilly, no sé cómo soportas vivir aquí casi todo el año. Yo paso unas semanas y ya me aburre. En Londres está la diversión. En la temporada y en la pequeña temporada.

—Aún no tengo edad para acudir.

—Sí, pero nunca has hecho nada por pasar más tiempo con nosotros. Si quieres algo, deberías luchar por ello.

—Lo hago, aquí estoy bien, Lauren.

—Qué poco nos parecemos, quizá por eso padre me exige más a mí que a ti.

—Eso no es cierto, tú te has presentado en sociedad, yo no.

—No quiero ser cruel, pero ¿nos has comparado? Padre y tía Elinor se estaban pensando si presentarte. Tienen miedo a que ofendas a la reina o que en un baile tires por tierra nuestro apellido.

Mathilda se quedó paralizada.

—No lo entiendo. Yo no he hecho nada para que opinen así.

—Tú lo has dicho, no has hecho nada. No resaltas en nada, todo lo haces regular. Déjame que te ayude, como tu hermana, así en tus primeros bailes no te sentirás fuera de lugar. Lo primero, tu forma de caminar, déjame que te mire. Venga, ve para allá.

Lo hizo sin pensar, le daban vueltas en la cabeza las palabras de Lauren. No quería creerlas, pero también sabía que bien podían ser verdad. De otra forma, ¿qué hacía todo el año en el campo? ¿Se avergonzaban de ella? Trastabilló por no estar atenta y se sujetó a un árbol, escuchó a su hermana bufar. Ese ruido hizo que Tilly no quisiera estar a su lado, así que corrió, sin rumbo, sin saber a dónde podría llegar, sin entender qué hacía. Hasta que se dio de bruces con alguien.

—¡Lady Mathilda! —En su interior, sonrió. Había echado de menos poder conversar con él—. ¿A qué vienen esas prisas? —Tilly no dijo nada, todavía jadeaba por el esfuerzo y se sentía reconfortada a su lado—. Si no dices nada, pensaré que venías directa a mis brazos y creeré lo que quiera. De hecho, ya creo lo que quiero.

Gabriel le alzó la cara, sus ojos se encontraron como aquellos dos imanes con los que había estado jugando una vez, pero los de él se cerraron, se acercaron sus cuerpos y, cuando sus labios parecían abocados a rozarse, la voz de Lauren rompió el hechizo.

—¡Tilly! ¿Dónde estás?

—Es mi hermana —susurró, a escasos milímetros de Gabe.

—Ya me cae mal —dijo separándose sin ganas.

—Debo advertirle que estoy aquí, puedes irte.

—No, no, me portaré como un caballero y me presentaré.

Se puso a dos pasos tras ella y le hizo un gesto con la mano para que delatase su posición.

—Estoy aquí, Lauren —no alzó mucho la voz, la verdad. En el fondo, no quería que ella la encontrase, pero lo hizo.

—Tilly, no sé en qué estabas pensando para salir... —Por primera vez en ese día, su hermana se había quedado sin palabras. Se sonrojó, se retiró un mechón de la cara y puso su mejor pose de dama.

—Es nuestro vecino, Lauren, es el señor Gabriel Lawrence.

Cuando Tilly observó a su amigo, pudo ver en sus ojos la admiración por Lauren. Era normal, casi todo el mundo lo hacía. Quizá su hermana tuviese razón, y ella era normal, no destacaba en nada. Dejó que ellos manejaran la conversación hablando del tiempo y del viaje de los dos al campo. Al poco tiempo, Gabe se despidió y Tilly notó como sus esperanzas se iban un poco al traste.

—No tienes mal gusto, pequeña Tilly —enlazó su brazo con el de Mathilda—, pero padre jamás dejará que te cases con él. Bueno, quizá la única opción es montar un buen escándalo, ¿qué te parecería la idea?

Querido diario,

Todo es un asco. Menos mal que nadie más que yo (¿y tú?) lee esto... Una dama no debe decir esas cosas. Pues me voy a quedar tranquila. Asco, asco, asco, asco, asco y asco.

Como bien sabes, he echado de menos a mi amigo Gabriel y estaba deseando verlo. Sus cartas me han hecho más amenas las semanas y, como él mismo me ha dicho, las mías también las tuyas. ¡Y ha tenido que conocer a Lauren! A mi hermana. La preciosa y estilizada Lauren. Así que se va a quedar con ella.

Sí, ya sé, querido diario. Si pudieras hablar me dirías: «Tilly, ¿y a ti qué más te da? Si tú solo lo quieres como amigo». Y tendrías un poquito de razón. Pero, no sé, las cartas nos han acercado y, si tuviera que apostar, diría que, tras nuestro primer encontronazo (corría yo sin rumbo y me topé con él), nuestros ojos se miraban de otra forma, nuestras manos... Bueno, ya me entiendes. Pero no. Sé que le gusta Lauren. A todo el mundo le gusta más Lauren. Pero no saben lo cruel y despótica que puede ser Lauren a veces. No debería hablar mal de mi hermana, lo sé, pero es que es así.

¿Que cómo lo sé? Solo hace falta tener dos ojos en la cara, querido diario. Oh, perdona, a veces se me olvida que no tienes ojos y que realmente me dirijo a ti por una estúpida regla que me dijo Rebecca. Siento que estoy hablando con un muro. Y solo eres un querido diario.

Qué asco todo.

Asco, asco y asco.

Me voy a sufrir un poco las miradas y las sonrisas de Lauren y Gabriel.

Asco.

Durante los días que Lauren pasó con ella, no volvió a pensar en su matrimonio, fue como si lo hubiese asimilado como un mal necesario. Soñaba con ser una viuda rica. A Tilly le parecía bastante morboso, pero su hermana era así. De hecho, como ella ya no podía hacer mucho más por su futuro, Lauren decidió buscar alternativas para que la pequeña de la familia acabase con su vecino. No había dudas sobre la atracción que Mathilda sentía por él, aunque, en su opinión, no tenía ninguna certeza de que él sintiera por ella mucho más que una amistad entrañable.

—Déjame a mí, Tilly, querida —comentó mientras supervisaba cómo una criada hacía sus maletas—. En tu primera temporada lo cazas.

—No sabemos si estará en la temporada en Londres o en Boston o en Dios sabe dónde.

—Créeme, estará en Londres, contigo. Y yo haré de hada madrina.

Se abrazaron y se besaron. Se querían pese a la forma de ser de cada una, tan distinta.

—Lauren, de verdad, si quieres fugarte antes de tu boda, cuenta conmigo. Haría lo imposible por verte feliz.

—Gracias, Tilly, pero es lo que debemos hacer por la gente que queremos, ¿sabes? Y una vez cumplido mi deber, seré libre para hacer lo que quiera. Yo también haría lo imposible por verte feliz, y lo serás, ya verás.

Tras el tiempo juntas, parecía que ese espacio que siempre las había separado se hacía un poco más pequeño.

La partida de su hermana dejó un hueco en su rutina. Pasaba casi todo el día con ella y, por las tardes, Gabriel las acompañaba. Él las ilustró con su curso en la Universidad, sus trastadas y todo lo que había disfrutado. Se habían hecho inseparables.

La tarde de la marcha de su hermana, Mathilda decidió cabalgar un poco con Chess antes de acudir a su cita diaria con su vecino que, sin lugar a dudas, querría haber tenido algún momento a

solas de despedida con Lauren, a la que, en opinión de Tilly, se comía con los ojos y no paraba de hacer tonterías para llamar su atención.

Suspiró. Ojalá esas atenciones hubiesen sido para ella.

La tarde no era calurosa, más bien nublada. No parecía que fuese a descargar lluvia, pero sí que el bochorno podría hacerlos sudar más que un cielo despejado. Por eso, Rebecca le advirtió que no corriera con Chess; hacer ejercicio y sudar no sería lo adecuado.

A Tilly le dio igual.

Saltó, corrió y sintió como su caballo disfrutaba tanto como ella. Él también adoraba la velocidad y no dar paseos, por lo que los dos se entendían a la perfección. Tardó un poco más de lo esperado, pero llegó al linde de su propiedad donde, de forma habitual, solía ver a Gabriel. Lo encontró dándole una manzana a su caballo, Loki.

—Has tardado más de lo normal, Mathilda.

—Me apetecía cabalgar.

—Loki y yo podríamos apuntarnos la próxima vez. —Hasta ese momento no le había dirigido ni una mirada, como si estuviese molesto. Tilly lo asoció a la falta de Lauren. Para su sorpresa, estaba sonriendo.

—La próxima vez le preguntaré a Chess si quiere la compañía de Loki.

—Oh, seguro que la quiere.

Gabe se acercó a ella para ayudarla a desmontar. Tras hacerlo, pasearon con ambos caballos a su lado sin decirse nada más. En un silencio roto por los sonidos del bosque, se encontraron cómodos. De vez en cuando sus manos se rozaban, y Tilly se sonrojaba e intentaba que Gabriel no se percatase.

—¿Notas mucho la ausencia de Lauren? Estás muy callado.

—¿Yo? ¿Y tú qué? Tampoco me cuentas nada. No sé qué razón podría tener yo para echar de menos a tu hermana...

Tilly se encogió de hombros.

—Ella es sofisticada, una belleza, seguro que la ves con ojos distintos a mí. —Intentó que su tono sonase a broma.

—Eso seguro.

¿Qué podía responder?

No quiso seguir al lado de Gabe, debía despejar la cabeza, hacerse a la idea, tragarse sus esperanzas.

—Creo que me voy a ir a casa.

—¿Te encuentras bien, Tilly? Es temprano aún.

—Sí, es solo que... no sé, necesito tiempo...

—¿Es por lo de Lauren?

—¿Qué de Lauren? —En cuanto lo preguntó, quiso retirarlo. No quería ser la casamentera de su hermana con Gabe.

—Su marcha. Nunca he tenido hermanos —titubeó—, pero... mi primo... —Cerró los ojos, respiró y continuó—. Bueno, ahora tengo unos cuantos amigos que casi lo son. No nos tratamos como vosotras, aunque, al fin y al cabo, mataría por ellos. Entiendo que te encuentras indispuesta, aunque piensa que, al menos, conmigo te distraes.

Tilly negó con la cabeza, sin saber muy bien qué decir.

—Entonces, ¿qué es? —insistió Gabriel.

Cerró los ojos, aspiró aire con fuerza y supo que no sabía mentirle. No, a él no. Sería mucho más sencillo ocultar sus miedos e inseguridades. Quizá si le dijese la verdad, podrían pasar a otro

nivel de amistad. Tilly tenía un hermano, Adam, pero había compartido más tiempo con el vicario del pueblo que con él. Nunca estaba cerca. Lo mismo podría experimentar una verdadera sensación de hermandad si le contaba la verdad a Gabe.

—No pasa nada si te gusta Lauren, lo entiendo —soltó, sin más—. Solo ten en cuenta que se casa en septiembre y, si quieres luchar por ella, tú...

—¡Mathilda! —la cortó, y a ella le pareció bien—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Cómo la miras.

—¿A ella?

Loki relinchó, casi como una queja por haberse detenido, mientras Chess se quedó muy atento a un trozo de hierba que le llamaba la atención.

—¿A quién si no?

—¡A ti! ¡Maldita sea, Tilly, a ti! Eres la única mujer en vida.

Mathilda abrió los labios para decir algo, lo que fuera, pero no tenía ni idea de qué decir. Así que Gabriel tomó la iniciativa de cerrar su boca. La agarró de la cintura, la atrajo y, con la mirada, le pidió permiso para besarla. Ella ni parpadeó cuando él unió sus labios a los suyos. La sensación fue tan cálida, tan perfecta, que cerró los ojos para poder unirse a un sitio que era solo de ellos dos. De Gabe y de Tilly. Sus respiraciones se agitaron y su mundo giró hasta ponerse en el lugar que siempre tuvo que estar.

Cuando se separaron, Gabriel dijo:

—A ti, solo te quiero a ti.

El pasado insiste



Agosto, 1852

Volver a la rutina tras la locura de las últimas horas le resultó a Tilly una agonía. Había dormido poco cuando Rebecca la amenazó con una espátula para que se levantase. Según ella, no era momento de lamentarse.

—Hay que hacer varias cosas hoy, Mathilda, así que nada de dormirse en los laureles.

—No puede ser que te pareciese bien hace solo un día que pasara unos días fuera y ahora me necesites tanto.

—¡Las cosas cambian de un momento a otro! Tómate el té.

Rebecca siempre la había tratado más como una madre que como una amiga. Le hizo caso y se quedó un momento saboreando la bebida hasta que el torbellino antes llamado Becca volvió a la carga.

—Hay que arreglar el aula de la escuela y además comprar provisiones, ¡no nos queda de nada!

—Exagerada... —susurró a la taza.

—¿Has dicho algo, señorita? —El carácter de institutriz siempre iba con ella.

—Nada, nada. Yo haré la compra, y tú a la escuela. ¿Sean nos echará una mano?

—Dijo que lo haría, así que estará de camino. —Se levantó de golpe—. Desayuna, compra, deja todo en casa y directa a la escuela. ¿Lo has comprendido, Mathilda? Nada de volver a la cama a lamentarte.

—Entendido.

Qué bien la conocía. Durante un tiempo salir de la cama había sido todo un reto.

Posó un beso en su cabeza y Rebecca salió con brío. Nadie daba órdenes como ella. Ni un general ni un coronel.

Tilly creyó que hacer todo lo que le habían mandado sin pensar sería un buen remedio. Así que, paso a paso, comenzó. Tras el desayuno, se cambió y fue a ver si era cierto que faltaba tanta comida. Por su cabeza pasó el recuerdo de la primera vez que ella tuvo que vérselas con la cocina. No lo había hecho antes, pero aprendió lo básico. Cuando llegó Rebecca, la cosa tampoco mejoró. Su antigua institutriz era la quinta hija de un matrimonio de la pequeña nobleza que acabó dando clases en una escuela de señoritas y que, cuando esta cerró, pasó al servicio de su padre. Es decir, sabía mucho de álgebra, lengua, vestidos o bailes, pero nada de cómo se hacía la

comida. Aprendieron juntas tras muchos desastres.

Esa era su nueva vida.

Hizo un repaso rápido de lo que debía comprar, cogió su cesta y salió. Nada más cerrar la puerta de la casa, un escalofrío le recorrió el cuerpo, como si alguien la estuviese observando. Miró por todos lados y no halló nada, hasta que algo se restregó por sus piernas.

—¡June!

Se agachó para tocar a la gata.

—¿Dónde has estado? —Por supuesto, no obtuvo una respuesta, pero sí un sincero ronroneo —. Venga, ve a casa a descansar.

June ignoró sus palabras y decidió seguirla un rato, hasta que se cansó y se perdió. La gata vivía con ellas desde el primer momento que pisó el lugar. Fue su única confidente durante un tiempo. Luego fueron tres: Rebecca, Mathilda y June.

Hizo los recados siempre con la sensación de que alguien la seguía. Se estaba volviendo una solterona loca que creía que la perseguía una horda de gatos. Se rio con su propia ocurrencia y, tras realizar los encargos, volvió a casa sin hacer caso a ese cosquilleo en la nuca.

June se lamía una pata en el patio delantero donde plantaban cosas útiles y alguna planta que alegrara la vista. Según Becca, no había que rendirse a la mediocridad por mucho que la rodeara.

—Vamos, gatita... —cuando dijo eso, el animal salió corriendo y se metió en la casa por la ventana.

¿Qué le habría dicho?

Pasó dentro, dejó la cesta y se puso a buscar por debajo de los sillones y de la mesa cuando la puerta delantera se abrió y observó unos zapatos masculinos entrar en la estancia.

—Así que por esto lo dejaste todo.

—¡Gabriel!

No era justo que ella estuviese tirada en el suelo buscando a June y que él apareciese en la puerta con un traje de montar impoluto y una sonrisa burlona en la cara.

No era justo, no.

Tilly se levantó y se arregló el vestido. Gabe se puso a dar vueltas por su casita. Pequeña, sí, pero preciosa para ella. Cuando pasó la mano enguantada por uno de los sillones, supo que no podía dejar que la despreciara así.

—¿Qué quieres?

—Un té estaría bien.

—No soy tu sirvienta. Si quieres un té, te lo haces tú. —Él levantó una ceja. No dijo nada—. ¿Qué has venido a hacer aquí, Gabriel?

Sonrió. Con media sonrisa, sin que su mirada se desviara ni por un momento a Mathilda.

—Cerrar el trato, te fuiste sin que pudiéramos pactar nada.

—Te dije que no. Ya puedes marcharte.

—Renegociemos: prometo no tocarte, si tú no me lo pides. —En ese momento sí que levantó los ojos y la desnudó con la mirada, lo malo era que no tenía que imaginarse nada, ya lo había visto todo. En su mirada se podía adivinar lo que pensaba—. Solo quiero tu compañía y que me acompañes a un lugar. Cinco días. Cinco días conmigo. Palabras y compañía. Eso es lo que quiero. A cambio, te daré la llave para huir de... esto.

—No me hace falta huir, aquí estoy bien.

—Lo que tú digas.

—¿Qué necesitas tanto de mí en cinco días?

—Lo sabrás si aceptas.

—Yo... —titubeó. No quería parecer débil, ya que nunca se había sentido así, pero era tan tentador—. Necesito pensármelo.

—Tienes de plazo hasta el atardecer.

Gabriel se dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

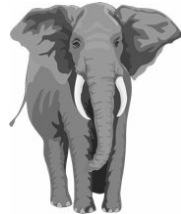
—Mientras, ¿qué vas a hacer? —no pudo dejar de preguntar.

—Me daré un paseo por el pueblo.

Cerró la puerta. Tilly pudo respirar hondo por primera vez. June salió a su encuentro para reconfortarla.

—Gracias, June, aunque esto nada lo arregla.

Último día de verano



Finales de agosto, 1846

Un calor tan intenso solo podía hacer que la gente enloqueciese. Eso pensaba Tilly mientras intentaba mover el aire pesado que la estaba atosigando. Ni un abanico ni cien abanicos podrían hacer nada. Se dio la vuelta en la cama, la ventana estaba abierta, pero no se movía nada. Nada. Se levantó al escuchar un ruido, ojalá fuera un trueno que aventuraba tormenta, y se asomó para llevarse una desilusión al no encontrar ni un ápice de esperanza de que amainara el sopor.

La Luna, que irradiaba una luz sorprendente, ayudó a que pudiera observar una figura en la oscuridad de la noche. Podía reconocer esa forma de andar. Gabriel también la vio asomada a la ventana y saludó. Esa misma tarde se habían despedido de una forma extraña: ella había subido la cabeza en busca de un beso y él se lo había dado, sí, pero no en la boca, sino en la frente. Había sido tan chocante que se habían dicho adiós entre titubeos y pasos torpes. No es que hubieran desarrollado una relación llena de momentos íntimos, pero cada vez eran más, y menos extraños, hasta ese momento, en el que pareció que algo había cambiado, como si Gabriel hubiese tomado una decisión que lo hizo trastabillar. Quizá entre el calor y ese recuerdo, Tilly no podía conciliar el sueño.

Gabe subía a su ventana como si no fuera la primera vez. Ágil, casi sin esfuerzo. Ella no habría sabido ni por dónde comenzar. ¿Le enseñaban eso en la Universidad? Hizo un último movimiento y aterrizó en el suelo de su habitación. No pegaba. Nada. Entre sus cosas más íntimas. En ese momento fue muy consciente de su casi desnudez con un camisón, largo, de manga corta y escote redondo, pero mucho más revelador que cualquier prenda que pudiese llevar de diario. De forma habitual, ella llevaba capas y capas de ropa.

—Tilly... —susurró, y todo dio igual. La poca ropa. Sus cosas. El calor. La Luna.

—¿A qué has venido? —Su tono de voz también fue suave, por la noche se podía escuchar todo, y no quería que Rebecca se diese cuenta de su visita inesperada.

—La despedida... —Se acercó un poco a ella, muy despacio—. La despedida no me ha gustado. Así que he decidido repetirla, ¿qué te parece?

Sonrió. Si se le hubiese ocurrido a ella, ¿hubiese tenido las agallas para cruzar el campo de noche y asomarse por su ventana? ¿Cuál sería su ventana?

—¿Cómo sabías cuál era mi habitación?

Gabriel negó con la cabeza, como queriendo decir que había cosas más importantes de las que

hablar, pero contestó.

—Un día, Lauren me señaló la suya y comentó que tu habitación era la contigua.

¿En qué estaría pensando Tilly en ese momento? Seguramente en lo buena pareja que hacían y en lo que sobraba ella.

—Ah.

No supo qué más decir.

—Si me permites, esta tarde me ha faltado valor para hacer una cosa. ¿Te parece bien si lo hago ahora? —preguntó ya a escasos centímetros de ella.

—Me parece perfecto.

Gabriel le acarició el brazo, medio desnudo por la forma del camisón, esbozó una sonrisa tímida y acercó sus labios. El primer beso fue suave, casi como pedir permiso en un susurro. Desde aquella primera vez no habían vuelto a repetir la experiencia muchas veces más. El segundo, iniciado por Tilly, incluyó jadeos, dientes y lengua, hasta un abrazo apasionado que hizo que el calor que había sentido antes se quedase en nada. Eso sí era abrasador.

Se separaron, con la respiración entrecortada. Gracias a la luz que entraba por la ventana podían observarse y desearse con los ojos. Gabe rompió un poco el hechizo.

—Esta tarde, no he podido darte un regalo, que resulta que es de despedida.

—¿De despedida? ¿Te vas ya?

—Sí, mi padre ha enloquecido, nada por lo que preocuparse, y quiere volver a Boston mañana.

Aunque lo dijo sin darle importancia, ella creyó que era un tema a tener en cuenta. Iba a volver a preguntar, cuando él interrumpió sus pensamientos.

—Toma.

Le entregó una pequeña caja de madera labrada.

—Es preciosa.

—Ábrela.

Dentro había una pulsera, Tilly no podía saber de qué metal, la luz era escasa, pero al levantarla, sí pudo observar dos elefantes pequeños colgando de dos extremos. ¡Elefantes!

—Es mi promesa. —Ella dejó la pulsera suspendida, mientras sus ojos se fijaban en él—. Me casaré contigo, Mathilda, si tú me lo permites, y nos iremos de viaje a La India, donde podrás ver elefantes, el Ganges y todo lo que quieras. El límite lo pondrás tú.

El corazón de Tilly se aceleró tanto que parecía que quería comenzar ya el viaje.

—¿No tienes nada que decir?

—Sí —respondió Tilly—. Sí a todo. Siéntate e intenta ponérmela.

Los dos se dirigieron a la cama y, entre alguna risa apagada, Gabriel logró ponerle la pulsera con las manos algo temblorosas. Tras hacerlo, sus ojos volvieron a enredarse otra vez y con ellos los besos, las caricias, los gemidos...

—¿Confías en mí? —preguntó Gabriel.

—Sí. —No, no fue una palabra, fue un jadeo articulado.

Le regaló besos por la cara, la frente y el pelo, hasta que lo hizo reír.

—Déjalo, Gabriel, vas a hacer que nos encuentren —susurró.

—Es una forma de decirte que te quiero. —Le dio otro beso en los labios—. Y tienes razón, deberíamos bajar el tono.

—¿Puedes quedarte a dormir un poco conmigo? —preguntó con toda la osadía que le quedaba en el cuerpo.

—Claro.

—Solo un poco. Mañana ya no te veré. No te veré en un año.

—Pero merecerá la pena. Y podrás leer mis cartas.

Se acurrucaron, sin hacer caso al calor o a nada que no fueran sus cuerpos.

—Te quiero, lady Mathilda Bettesworth —le susurró al odio—, y te prometo que volveré para que estemos juntos.

A la mañana siguiente, Gabriel ya no estaba, pero la sensación de haber pasado la mejor noche de su vida seguía flotando en el ambiente.

Cortejar no está pasado de moda



Agosto, 1852

Nunca había logrado comprender bien a Gabriel.

¿Qué demonios quería pasando cinco días con ella? Si era algo meramente carnal, no sería nada nuevo. Tilly hacía años que no era virgen. Y el único hombre con el que había estado era Gabe. Y, como había apuntado Lauren, se iba a casar con ella y no necesitaba para nada a Mathilda.

Salió de casa con June pegada a sus faldas. Pensó en que nunca sabía qué se le pasaría por la cabeza. Cuando lo había conocido, le pareció una persona asequible, cariñosa y de la que todo el mundo se podría enamorar. Sin embargo, la primera vez que lo vio en un baile, siendo medio americano, le pareció igual que cualquier noble pomposo que ponía una barrera entre él y el resto de la sociedad que creía no merecer su atención. En cambio, cuando pudieron hablar a solas, le prometió que era todo fachada. Cuando lo observó por primera vez con Lauren creyó que estaban hechos el uno para el otro, pero luego él juró que no era así, que la única mujer en su vida era ella. Años después, le parecía una persona distante, casi cínica, que quería casarse con su hermana y pasar cinco días con Tilly. Era todo de locos.

Cuando le hizo el amor por primera vez, le juró que al día siguiente hablaría con su padre para pedir su mano; si no, se fugarían. No hubo pedida de mano, no hubo fuga ni esperanza. No hubo nada. Solo ostracismo social, y lo que en un principio pareció desesperación se convirtió en libertad. De verdad. De esa que pocas mujeres tenían en realidad, pero que ella sí. Qué importaba comer más o menos si podía ser libre para elegir qué hacer.

Tilly ya no veía casarse como un objetivo en la vida. Uno de esos que, si no se cumplen, te manchan para siempre. Becca tampoco, pero su punto de vista había cambiado. Había conocido a Sean. Con quien estaba en ese momento arreglando la clase.

Había llegado a su destino y se quedó en la puerta paralizada. Los observaba y sabía que no debía, desde la puerta del aula donde impartían sus lecciones, tanto a niños como a los adultos que querían. Él era algo bruto, fuerte y con una belleza que no gustaba a todo el mundo. Pero leal y con buenas intenciones. Hacían una pareja extraña, entre lo que parecía la debilidad de ella — nada más lejos de la realidad— y lo torpe que parecía él —que tampoco era así—. Las miradas hablaban por sí solas y los pequeños roces, más queriendo que sin querer, que los hacían sonrojarse y sonreír.

Fue a entrar cuando Sean se aclaró la garganta y decidió hablar. Eso era poco común en él.

—Rebecca —dijo, refiriéndose a ella por su nombre de pila, algo que sorprendió a Tilly; su relación parecía más profunda de lo que creía—, quiero pedirle una cosa.

—Adelante, haré lo que esté en mi mano.

Ella dejó un paño en la mesa y él se giró para darle toda su atención. No arrancó. Era extraño. Si había iniciado la conversación...

—Me gustaría cortejarla.

Sin más, sin preámbulos, sin nada.

Becca y Tilly pusieron la boca en forma de o a la vez y se la taparon. Si alguien las hubiese visto, pensaría que estaban compinchadas.

—Sean... —Con esa proposición había callado a la exinstitutriz. No había sido sencillo, desde luego.

—Yo... —Se tocó la cabeza y pareció turbado—. Lo siento si...

Ella se acercó y tapó la boca de Sean con sus dedos.

—Claro que puede cortejarme, será un honor.

Tilly no quiso ver más. Si ser observadora de esa escena ya le parecía una deslealtad, hacerlo más tiempo hubiese sido maligno. Se marchó a dar un paseo, mientras daba tiempo a que ellos aclararan las ideas. En unos minutos llegaría, si no Becca iría a casa para sacarla de la cama.

Recordó lo feliz que fue cuando supo que Gabriel la quería a ella. No a una señorita de su universidad ni a Lauren, la bella Lauren. A ella. Cuando le contó a Rebecca la proposición de matrimonio, obviando el lugar y el momento, le dijo que sería una persona afortunada: se casaría por amor. Ella no quiso quitarle las ilusiones, pero solo la abrazó y le deseó que todo saliese bien.

Qué equivocada estaba.

Se sentó en un árbol caído donde los niños pasaban el tiempo del escaso recreo y se dio cuenta de que June seguía allí. La observaba como si pudiera leerle la mente, así que sonrió y la acarició.

El tiempo voló, entre recuerdos y melancolía. Hasta que Becca salió a buscarla y la encontró allí, sentada y con la cabeza en el pasado.

—¡No seas holgazana, Mathilda! ¡Entra a limpiar!

No era holgazana ni quería limpiar, pero siempre sería mejor que pensar. Su amiga se quedó con la mirada fija en ella. Estaba azorada, podía entender que la felicidad siempre venía con un poco de agitación. Tilly pensó que todavía vivía a costa de los recuerdos junto a Gabe y que quizá, en algún lugar, hubiese una persona que la quisiera pese a todo. A su familia, a su carácter o al escándalo. Si esa persona existiera, sería invisible a sus ojos hasta que Gabe saliese de su organismo.

Ella quería un amor sincero. Como el de Sean y Rebecca. Y si quería eso para ella, también lo quería para su amiga. Sabía que, hasta que ella no tuviese su lugar en el mundo, Becca tampoco. La quería demasiado.

La oferta de Gabriel no resultó tan mala desde ese punto de vista.

Compañía y conversación.

Conversación y compañía.

Tampoco era tan malo.

Se acercó a una Rebecca con los brazos en jarra y la abrazó.

—Mathilda... ¿a qué viene esto?

No podía decirle que se sentía muy feliz por ella sin tener que confesar su indiscreción, pero siempre podía acompañarla en el camino.

—Voy a aceptar la propuesta de Gabe —le dijo un poco sin pensar. No había tomado la decisión definitiva, pero quería saber cómo reaccionaría Rebecca.

—¿En serio? ¿Lo has pensado bien?

—Sí. —O eso creía.

—Tilly, ya eres mayor, puedes hacer lo que quieras, pero ya sabes lo que opino, mucho mejor estarías lejos de él.

—Solo quiere conversación y compañía.

—¿Y te lo crees?

¿Por qué no?

—Gabriel no tendría por qué mentir. Piensa que se va a casar con Lauren, una de las mujeres más bellas que conozco.

—Eso es porque conoces muy pocas.

—Becca... Lauren podrá ser muchas cosas, pero es bella. —La antigua institutriz hizo un gesto como para pasar página—. No me necesita para esos... menesteres.

—No es cuestión de necesidad o no, Tilly, es de venganza y locura. Nadie en su sano juicio haría tal proposición.

—Gabe siempre ha estado un poco loco.

—Y tú también, Mathilda, y tú también.

El inicio de la temporada



Finales de febrero, 1847

La presentación ante la reina había sido apabullante. Mathilda no quería poner en ridículo a su familia. Semanas antes se había trasladado a Londres para poder dar unos últimos toques a su vestuario, su forma de actuar y todo lo que tenía que ver con dicha presentación y su entrada en sociedad. Tanto Lauren como su tía Elinor habían insistido en que todo debía ser perfecto. Tanto que comenzó a tener pesadillas por las noches.

Fue apadrinada por su tía Georgiana y todo salió al final a pedir de boca. ¡Menos mal! Así, su padre y Elinor no tendrían nada que objetar sobre haberle pagado una temporada. Algo que ella veía innecesario al tener ya un prometido en mente, pero su familia no lo sabía, y estaba dando los pasos clásicos para buscar un buen matrimonio. ¿Qué mejor que uno como Gabriel, que era rico, como quería su padre, y fantástico, como quería ella?

Hacía semanas que no recibía cartas de *Gabriella*, ya que una vez se asentó en Londres supieron que sería muy complicado pasar el filtro familiar, pero le había prometido que estaría en la ciudad en cuanto pudiese. El padre de Gabe le había cortado casi todos los fondos. Desde la última vez que lo vio en persona, su relación paternofamiliar había ido a peor. Tilly desconocía las razones, ya que *Gabriella* no quería ahondar en el problema por escrito.

El primer baile al que acudió como lady Mathilda, acompañada de su tía Georgiana y de su hermana, fue en la casa de unos condes de los que no supo pronunciar bien su apellido; a ella le sonaba alemán, pero, según su padre, eran ingleses de pura cepa. Casi se ofendió.

Las ganas de ver a Gabriel, con su pulsera de elefantes en la muñeca, pudieron más que las ansias de disfrutar. Pero cuando oteó el enorme salón y descubrió que no se encontraba, los ánimos se esfumaron. Fue Lauren la que realizó las pesquisas y supo que la familia ni estaba en Londres.

—Es una gran desilusión, Tilly, lo sé —dijo mientras sonreía con pena—. Pero creo que deberías disfrutar, es tu primera temporada.

—Y por eso solo puedo vestir de blanco o colores pastel que no pegan para nada con mi pelo.

—Ay, la maldición de las rubias —dijo mientras se tocaba el pelo de un tono más oscuro que el de Tilly—. Estás preciosa, varios caballeros te han pedido un baile y creo que has llamado la atención. Deja de pensar en alguien que no está y concéntrate en lo que tienes delante. Aprovecha la sabiduría de tu hermana. Yo sé lo que digo mejor que tú.

Suspiró e intentó hacerle caso a su hermana. Así, pasó la noche más o menos bien. Más o menos, pues su corazón seguía anhelando a Gabe.

Febrero pasó entre fiestas que parecían exámenes, tardes de té y pastas, paseos por el parque, acostarse tarde para levantarse temprano y que todo eso pareciese que se hacía sin esfuerzo, sin horas de preparación y casi por casualidad. La hipocresía llegaba a unas cotas con las que Tilly no sabía cómo lidiar. Era todo muy complicado en un mundo que quería que pareciese sencillo. Normas de conducta no escritas; palabras que no se podían pronunciar en un lugar, pero en otros sí; caraduras que eran caballeros y caballeros que, en el fondo, eran buscavidas.

La temporada, tan esperada durante tanto tiempo, resultó ser una gran desilusión. No era tan divertida como se había imaginado. Se sentía en una constante tensión para agradar y parecer una gran dama que al final no podía ni comer ni beber ni disfrutar del baile o de la compañía. Las palabras estaban medidas, los pasos contados y las sonrisas debían ser escasas. Deseaba volver al campo para poder reírse a carcajadas, cabalgar con Chess con libertad y que sus lecciones fueran solo teóricas y no prácticas.

Londres y su temporada no parecían para ella.

Sin embargo, todo cambió una mañana cualquiera, una mañana soleada y de descanso en la que Tilly repasaba con Rebecca nombres y posiciones para esa misma noche. El mayordomo de su padre anunció a su hermana. Desde que Lauren tenía una vida insulsa y aburrida junto a un marido que, según sus propias palabras, la ignoraba de día y la buscaba algunas noches, vivía a través de ella, de Mathilda. Y eso las había unido.

—¡Mathilda! —gritó, para pronto recomponerse al ver a Rebecca.

—Siéntate, Lauren —le dijo Tilly—. Becca, ¿quieres traernos algo de beber?

—Claro.

Era una señal inequívoca de que las dos hermanas querían un tiempo a solas. Lauren esperó paciente a que la institutriz saliese de la habitación, cerrase la puerta y estuviera alejada para hablar.

—La familia Lawrence ha llegado a Londres.

—¿Gabe está aquí?

—¡Sí! Y no sabes lo mejor... he estado investigando y, aunque el padre de tu Gabriel no tiene título, sí viene de una familia respetable, con un pasado algo regular...

—¿Qué significa eso, Lauren?

—Al parecer, su familia provenía de la pequeña nobleza rural. Los abuelos de Gabriel fallecieron en un viaje en barco al continente y solo quedaron un hermano pequeño y él. Mientras que el pequeño se metió al ejército e hizo carrera, el padre de tu Gabriel perdió toda la herencia y se marchó. Ahora sabemos que se fue a hacer fortuna a Estados Unidos. Y ahora viene lo mejor: ella, su madre. Mathilda, es una Van Ryan.

—Algo me comentó Gabriel, pero no sé bien qué significa.

Su hermana suspiró, le dio unos golpecitos en la mano, como para darle ánimos, y se lo explicó como a la niña pequeña que, a sus ojos, parecía.

—Tilly, ser una Van Ryan en Boston es como ser de la realeza, es una de las familias más ricas e influyentes.

—Oh, me alegro por ellos.

—¿No lo entiendes, Tilly? —Ella no sabía por dónde iban los tiros, todo el lío de protocolo y

familias lo llevaba Lauren—. ¿Cuál es la principal pega que padre ve a nuestros vecinos del campo?

—Que son nuevos ricos.

—¡Pero no lo son! Los Van Ryan llevan mucho tiempo en Estados Unidos, su dinero no es nuevo, es viejo. Y, aunque no tengan un título, son gente respetada. Tilly, padre no podrá decirle que no a tu Gabriel cuando se entere de todo esto. Y yo se lo diré cuando llegue el momento oportuno, si no se ha enterado antes. Estoy segura de que, en el instante en que nuestro vecino ponga un pie en un baile, será un soltero codiciado. Saca las garras, pequeña Tilly, te lo van a querer robar.

Mathilda se quedó con la boca abierta y los ánimos caídos. Gabriel estaba en Londres, lo que era bueno, pero también tendría que pelear por él, algo que no sabía cómo hacer. Y cuando creyó que ya no había nada más que añadir, su hermana continuó con sus noticias.

—¡Ah! Sé de buena tinta que irán a la fiesta de los condes de Saxonhurst y... ¿adivina quién tiene una invitación y va a llevar a su hermana?

Lauren sacó una entrada a su nombre y se la enseñó con una sonrisa.

Ni uno más



Agosto, 1852

Ordenar el aula fue una distracción que acabó con su paciencia. Sean arregló varios pupitres estropeados y otros cojos, mientras se lanzaba miradas muy significativas con Becca. Eran tan evidentes que a Mathilda le dio la risa.

En más de una ocasión, algún vecino o algún niño pasaba para ver qué estaban haciendo. Pronto serían las fiestas de verano y todos estaban emocionados por participar. Cada uno hacía lo que podía para que fueran unos días fantásticos. Nadie se acordaba del trabajo duro, de las penurias o de la falta de dinero, pues eran días para disfrutar.

La tarde avanzó y, para cuando quisieron darse cuenta, ya era hora de despedirse. Para alargar el momento, creyó Mathilda, Becca invitó a Sean a cenar con ellas, ya que su vecina, la señora Potter, y su prole se iban a pasar para que les leyera algo en voz alta. A los niños les encantaba.

Sean no pudo negarse.

Eran adorables.

Pero la sorpresa esperaba tras la última risa que emitiría en la escuela.

Gabriel, algo más desaliñado, la esperaba en el mismo árbol en el que ella había estado sentada pensando en su proposición.

—Mi querida amiga Rebecca —dijo, imitando las cartas que había enviado haciéndose pasar por Gabriella—. Un placer verla tan bien.

—Señor Lawrence. —Becca no sabía qué hacer ni qué decir. Era normal, pero Tilly observó cómo se mordía el labio para no soltar algún improperio.

—Sean, Becca, ¿podéis andar un par pasos por delante? El señor Lawrence y yo tenemos algo que discutir.

Gabriel alzó las cejas un par de veces, como festejando que al fin estaba en el camino de conseguir su objetivo. Fuera cual fuese el mismo. Tilly no tenía del todo clara su respuesta, pero sabía que durante la conversación se tendría que decidir por una cosa o por la otra.

—Claro —respondió Rebecca, aunque la cabeza de Mathilda estaba lejos de ella, de su respuesta y de todo lo que la rodeaba que no fuese Gabe.

Esperaron a que el par de pasos por delante se convirtiesen en, al menos, diez, para poder caminar tras ellos. Lo hicieron separados, Tilly dándole vueltas a la cabeza y Gabriel apartando piedras del camino con un palo. El atardecer estaba dando paso a la noche y los árboles del

camino comenzaron a parecer lúgubres, casi mágicos, a sus ojos.

—¿Y bien, lady Mathilda? ¿Ha tomado una decisión?

—Por favor, no me llames lady Mathilda, hace mucho que no lo soy.

—Naciste lady Mathilda y morirás así, no es un título, es una actitud, una forma de ser. Y tú cumples todos los cánones —casi escupió, como si eso fuera malo.

—¿A qué te refieres?

—Si no lo ves, es que estás ciega.

No supo qué responder a eso. No sabía qué derroteros había tomado su cabeza con esa afirmación.

Cuatro piedras apartadas con el palo y unos pasos después, Gabriel retomó la conversación.

—No me has respondido.

—¿Harás honor a lo que te he pedido?

—Que no habrá contacto físico, salvo que tú quieras, y que solo quiero tu compañía, ¿no?

—Exacto.

—Palabra.

—Una vez me diste tu palabra y resultó ser tan etérea como el viento. No se cumple, no se sostiene.

—Eso duele, después de todo. Si no te puedo dar mi palabra, no sé qué podría...

—¿Gabriel?

—No lo pienso hacer, pero puedes tomar cualquier medida que quieras, desde tirarme un jarrón a lo que necesites. Y para que veas un gesto de buena voluntad, tendrás a Chess los cinco días que estemos juntos.

—¿Chess? ¿Está contigo?

—Tu padre lo vendió hace tiempo; yo lo compré. Loki y Chess siempre se han llevado bien y están bien cuidados.

Tilly se emocionó al recordar a su caballo. Era más que un animal, había sido su amigo y junto a él siempre había sido feliz. Estaba deseando poder verlo. Y también, no podía negarlo, comprender las intenciones de Gabriel.

—Lo haré. Siempre que tu amigo, el que puede darme un trabajo, se entreviste conmigo y él vea que soy adecuada y yo crea que lo soy.

—¿De verdad? —Su voz sonó mucho más infantil, como si hubiese conseguido algo que realmente estaba fuera de su alcance y por fin pudiera tocarlo con los dedos—. No hay problema, Gareth nos atenderá. ¿Cuándo podrías arreglarlo todo para ir a Londres?

Agosto siempre había sido un mes tranquilo y, en alguna ocasión, Becca y ella habían viajado a la ciudad para ver al hermano de su antigua institutriz y a su mujer. No tenía claro si, dadas las circunstancias, Rebecca querría realizar un viaje, pero se lo preguntaría.

—Necesitaré unos días.

—¿Tres estará bien?

—Sí.

—Entonces, si todo lo que he ofrecido es cierto y mi amigo te lo confirma, al día siguiente comenzará nuestro tiempo juntos.

Tilly asintió casi convencida.

—Conversación y compañía, no haré nada más.

—Es un trato, lady Mathilda. En tres días te enviaré un carruaje, ten tu equipaje hecho.

—Me parece bien. Cinco días, Gabriel, ni uno más.

—Cinco días, Mathilda, ni uno más ni uno menos.

Una postura incómoda



Marzo, 1847

A Tilly no le gustaba especialmente ninguno de los vestidos que tenía para los bailes. Todos eran insulsos, como debían ser, pero intentó elegir uno que, al menos, le sentara medio bien para acudir a la mansión de los condes de Saxonhurst.

Su hermana la recogió en su carruaje bastante enfadada, ya que su marido había decidido acompañarlas, algo que, sin lugar a dudas, era muy extraño. Tilly casi no conocía a su cuñado que, por norma general, la ignoraba. Era un hombre bastante mayor, sin mucho sentido del humor, que no pegaba nada con Lauren.

—Ya le he dicho a lady Shrewbury que esta noche está preciosa. Y le digo lo mismo, lady Mathilda, está encantadora.

—Gracias, milord.

No se volvió a decir nada más.

Tilly estaba muy nerviosa, no sabía cómo ponerse ni cómo comportarse, y su hermana no paraba de lanzarle miradas acusadoras para que se estuviera quieta.

Pasó una eternidad hasta que los caballos pararon, subieron las escaleras y se encontraron en los salones de la fiesta. El marido de su hermana se perdió casi de forma inmediata. Cuando eso ocurrió, Lauren respiró hondo, cerró los ojos y pareció descansar.

—Ahora toca disfrutar y encontrar a... bueno, ya sabes. Pero antes, por aquí vienen un par de admiradores tuyos.

Lauren actuó como la perfecta acompañante. Se volcó en Mathilda y, cuando por fin encontraron a Gabriel, estaba al lado de su madre. Lo cierto era que solo Tilly la conocía de forma oficial, pues había ido a su casa del campo a presentar sus respetos junto a Rebecca. No pudo reprimir el impulso de ir tras él, pero su hermana la sujetó con disimulo del brazo mientras saludaba con la cabeza a una dama.

—No, Mathilda, espera —susurró a su oído—. No puedes ir tú y presentarte, eso es de mala educación.

—Pero no me ha visto...

—Te verá y, cuando lo haga, él tendrá que acercarse a nosotras. Y no lo mires tan fijamente, te pones en evidencia. Ya sabes que no puede llegar a los oídos de padre.

Tilly suspiró y se dedicó a echar un vistazo por la estancia. Conocía a varias debutantes y a

algunos caballeros que le caían más o menos bien. De reojo intentó vigilar a Gabriel y estar perfecta para cuando él posase su atención en ella.

Bailó tres cuadrillas antes de confirmar que él había notado su presencia. Cuando llegó junto a Lauren tras la última danza, se encontró realmente perdida. ¿Qué estaba pasando?

—Lo sé —dijo, sin que ella tuviera que expresar sus pensamientos en voz alta—. Sabe que estás aquí y, mientras dabas vueltas, no te ha quitado un ojo de encima. No sé por qué no viene. Pero lo vamos a solucionar, Tilly. Ahora descansas y luego tienes un baile programado, ¿no?

—Sí, así es.

—Bien, yo me moveré para la zona donde se encuentra Gabriel con su familia, así, cuando te toque regresar a mi lado podrás *tropezarte* y no tendrá más opción que saludar. Lo demás déjalo en mis manos.

—Gracias, Lauren.

—No hay de qué. Ahora siéntate y descansa los pies, yo estoy cerca, como siempre.

Mathilda no podía estar más agradecida a su hermana. Siguió su plan paso a paso. Descanso. Baile. Paseo hasta ella, —ubicada estratégicamente al lado de Gabe y su madre, pero sin desentonar, hablando con una amiga suya—. Y tropiezo.

Tropiezo que, para qué mentir, se le fue un poco de las manos a Tilly. Su acompañante se asustó de verdad, y pudo observar en Gabriel al fin un sentimiento hacia ella: preocupación.

—No ha sido nada —le susurró y notó su respiración en su cuello.

—¡Oh, Mathilda, qué torpe eres! —dijo Lauren—. Lo siento... pero... ¿No es nuestro vecino, el señor Gabriel Lawrence? —Hizo su papel a la perfección.

—Sí, milady. No las había visto.

—Si lady Mathilda se encuentra bien, debo marcharme —comentó su acompañante, algo desubicado en la conversación.

—Estoy perfectamente, milord, gracias.

El chico hizo una reverencia y se fue a por su siguiente bailarina. Mathilda no era, ni de lejos, su primera opción. Pero eso a ella le daba igual, ya tenía a Gabriel a su lado.

—Condesa de Shrewsbury, lady Mathilda, quiero presentaros a mi madre, Violet Lawrence.

—Un placer, aunque a lady Mathilda la había conocido hace ya unos cuantos años, que han sido beneficiosos para ella, sin lugar a dudas.

—Gracias, señora Lawrence.

Todos se saludaron con profunda cortesía y siguieron las normas a la perfección. Sin embargo, Tilly notó a Gabe unos centímetros más cerca de lo que debería y a sus esperanzas volvieron a salirles alas para volar. Lauren comenzó a contar historias del verano que estuvieron los tres juntos, mientras que la madre de Gabriel ponía caras raras.

—... al final, fue una distracción a un momento de tensión, ya que estaba a punto de casarme con el conde y, como una buena debutante, tenía muchos pájaros en la cabeza.

—Es un momento muy importante en la vida de una mujer: elegir bien marido. Y también de un hombre. —Violet Lawrence, de soltera Van Ryan, le echó una mirada significativa a su hijo. ¿Qué quería decir? Tilly no lo sabía. Lauren era la perceptiva de la familia, la que veía un gesto y sabía qué significaba, ella era más... directa.

—¿Y no sería ideal que Gabriel y Mathilda bailaran un poco y así nosotras podríamos hablar con tranquilidad?

La madre de Gabe se quedó un momento tiesa, muy incómoda, hasta que asintió. Parecía que su permiso era esencial. Pero, al menos, así, Tilly obtuvo un poco de tiempo con él.

Cuando anunciaron la siguiente cuadrilla, fueron a sus puestos. A Mathilda el corazón le latía

tan rápido que no estaba segura de poder escuchar lo que ocurría a su alrededor. Gabriel parecía serio pero sereno.

Al primer compás de la música, se hicieron una reverencia y comenzaron los pasos de la danza.

—No has venido a saludarme —le reprochó Tilly.

—Las cosas se han complicado con mi familia. Mi padre... no ve con buenos ojos que nuestras familias confraternicen. Intento convencerlos de lo contrario. —Sonrió—. Y voy a conseguirlo.

—No lo entiendo, ¿qué ha pasado?

—Es muy largo...

Su frase se quedó en el aire, ya que tuvieron que pasar por debajo de una serie de parejas, separarse para girar con otros dos bailarines y volver a unirse.

—Dentro de dos días, lo más temprano que puedas, ve a pasear por Hyde Park, en el lago Serpentine, con Rebecca. Allí hablaremos. ¿Podrás?

—Podré, claro que podré.

Otra vez saltos separados y luego juntos.

—Pero, Gabe —susurró y no estuvo segura de saber si él podría o no haberla escuchado—, ¿está todo bien?

Él negó con la cabeza.

—No importa si no lo está ahora, lo importante es que lo estará —sentenció.

Falta de confianza



Londres, agosto, 1852

El hermano de Rebecca, Milton, trabajaba en el censo en Londres y en una de sus cartas le había comentado que el número de mujeres que trabajó en la capital el año anterior fue del cincuenta por ciento. ¡El cincuenta por ciento! La mayoría de ellas en labores domésticas, pero otras habían ampliado miras. Tilly se moría por ser parte de ese cincuenta por ciento, siempre que pudiera encajar en el trabajo que le ofrecían en el Museo Británico.

Sí, sabía que no había pasado justamente una selección, pero también que era una oportunidad única en la vida que no iba a desperdiciar.

Gabriel le había enviado un carruaje, tal y como le había prometido, al tercer día. Rebecca había escrito a Milton para avisarlo de su visita y, aunque Gabriel les había enviado una nota indicando que había reservado dos habitaciones en un hotel, su amiga había insistido en quedarse con su hermano.

«Así será mejor, Tilly, Milton y Brenda están encantados con la compañía, seguro, y nosotras tendremos un lugar seguro al que volver si, finalmente, no aceptas la oferta».

Si algo era cierto de todo aquello, era la simpatía y la alegría de su hermano y su cuñada, que siempre disfrutaban de sus visitas y las instaban a acudir más a menudo a su hogar.

Tilly estuvo callada la mayoría del viaje, pensando en todo lo que tenía por delante. Las veces que había observado a Becca, ella también estaba ausente. Llegó un momento en que tuvo que confesar toda la verdad.

—Tengo que contarte algo.

Rebecca sacudió la cabeza y la observó asustada.

—¿Has vuelto a enamorarte de Gabriel?

—¡No! Pero la cosa va de enamoramientos, eso seguro.

—No comprendo...

—Os escuché a Sean y a ti mientras arreglabais el colegio la otra tarde. —Ella frunció el ceño, como sin saber a qué se refería; Tilly fue mucho más directa—: Cuando te pidió permiso para cortejarte. ¿Eso no debería pedírselo a Milton? Dado que tus padres han fallecido...

—¡Soy muy mayor para que le pida nada a Milton! Y sería estúpido viajar a Londres para pedir nada, mi hermano estará encantado con mi felicidad, eso seguro.

—Desde luego.

—Ahora, señorita —sacó todo su tono de institutriz—, ¿no te he enseñado que es de mala educación espiar a los demás?

—¡Fue fortuito!

—Como un rayo...

—Como un rayo, un terremoto o... un estornudo durante el sermón del párroco.

Tilly se sentía con doce años otra vez.

—Claro, claro...

—En serio, Becca, fue sin querer, y me marché cuando entendí que era una conversación demasiado privada.

—¿Y no diste a conocer tu presencia por una razón...?

—Y esa razón es que Sean, al fin, ha decidido declararse, y yo no iba a ser un impedimento. Becca, te adora, se le nota, pero es...

—Introvertido.

—Sin duda, y merecáis vuestro momento.

—Pero tú nos lo robaste como una espía.

—Lo siento...

—No lo hagas más y te perdonaré.

—No puedo prometer eso. Igual que no puedo prometer que no derramaré la taza de té o que no quemaré un vestido por acercarme demasiado al fuego... Es algo que no puedo controlar.

Rebecca se rio con la ocurrencia.

—Al menos, puedes prometer que intentarás no interrumpir un momento íntimo con tu presencia, sabida o no. Mejor marcharse antes. ¿Vale?

Tilly asintió.

—¿Aceptaste?

—¿No lo sabes?

—Algo escuché —dijo y se sonrojó.

—Claro que acepté, llevaba años esperándolo. Y quería hablarte de todo durante este viaje. Quiero que sepas que nada va a cambiar.

—Va a cambiar todo, Becca, y para mejor. Tú estarás con Sean y yo con el Museo.

—Creo que se animó cuando le conté que había la posibilidad de que te marcharas a conseguir una vida mejor. No le conté detalles, pero sí que era posible que mi vida cambiase casi de raíz. Mathilda, sabes que eres como una hija para mí.

—Claro que lo sé, Becca.

Se cogieron de la mano, emocionadas.

—Fue entonces cuando Sean cogió ánimo y se declaró. Creo que temió que me fuese contigo a donde quiera que vayas. Y la verdad es que lo haría, Tilly. Si te sientes sola en Londres...

—¡Becca! Claro que me sentiré sola sin ti, pero quiero que seas feliz. No te lo pienses. Yo encontraré mi camino, tú el tuyo y los uniremos al menos... dos o tres veces al año.

—Parece muy poco, después de vernos todos los días.

—No me querrás todos los días en tu casa con Sean.

Se rieron, pero Tilly sabía que Rebecca la acogería siempre, en cualquier momento, bajo cualquier situación. Al fin y al cabo, la había criado y, como ella misma había dicho, se portaba más como su madre que como otra cosa.

Había tenido una gran suerte al conocerla.

A Tilly casi no le dio tiempo a saludar a Brenda, cuando el cochero la acució para acudir con él al encuentro de Gabriel. Dejó a Becca con su cuñada y se dirigió, solo habiéndose aseado un poco, camino hacia su futuro.

Cinco días con él.

Solo cinco días.

Y podría cumplir uno de sus sueños. Los otros parecían pesadillas.

La casa Montagu se alzaba impresionante ante ella. Decenas de obreros daban vueltas con cajas de un lugar a otro en la entrada. Una vez se apeó del transporte, no vio a Gabriel por ningún lado, así que decidió entrar como si hubiese sido invitada. Dentro, el caos era incluso peor. Pudo parar a un obrero para preguntarle por el director, pero se encogió de hombros y siguió a lo suyo. Decidió acudir a una de las salas de la derecha. Era un lugar tan bueno como otro cualquiera para comenzar a buscar; allí, para su asombro, encontró a una mujer, con una falda clara y una camisa que parecía llena de polvo, aunque el lugar estaba más que limpio, a pesar de la actividad casi destructora de los trabajadores. Daba órdenes, organizaba y parecía la jefa de todos ellos.

Cuando al fin vio que se fijó en ella, acudió rauda con una sonrisa, que, según Becca, era un arma muy útil para hacer amigos, y le pudo preguntar por el director.

—Está en el piso de arriba reunido.

La mujer la observó durante más tiempo del necesario. Aunque no había nada inusual en ella, su acento le pareció cantarín, como si no fuese de esa zona, y había algo en ella familiar.

—Vaya... —dijo entre dientes. Se recompuso y siguió hablando mientras le hizo un gesto para que la siguiera—. Está reunido, como te he dicho, pero puedes esperarlo en mi... bueno, en el que fue mi despacho. Está todo patas arriba.

La dirigió a unas escaleras mientras inspeccionaba a los obreros y daba órdenes. Tilly no pudo más que seguirla sin saber qué decir.

—Por cierto —comentó a un escalón de llegar al piso de arriba—, soy Virginia Aldrich, lady Pembroke. —Esperó una reacción de Tilly, pero a ella le habían enseñado cómo debía comportarse y que fuese la esposa del hombre al que iba a visitar no le quitaba el sueño. Abrió la boca para presentarse, pero siguió hablando—: Miller de soltera.

—Oh —Tilly se acordó en ese mismo instante—, encantada de volver a verla.

Virginia puso los ojos en blanco y subió el último escalón.

—En serio, Mathilda, no seas tan formal, fuiste una de las pocas chicas durante la temporada que no nos trató como a unas apestadas a mi hermana y a mí.

—¿Cómo se encuentra Rose?

—¡Y te acuerdas de su nombre! —Intentó aplaudir, pero llevaba papales en la mano y quedó ridículo. La hizo pasar a un despacho desangelado—. Rose también se casó, ahora vive en el campo y espera tener un hijo al año, creo. En fin, Mathilda, qué vueltas da la vida. La última vez que te vi... —Dejó el recuerdo en el aire, las dos recordaban perfectamente la última vez que se habían visto. Mathilda intentaba no morir de vergüenza y Virginia no salía de su asombro—. Nunca entendí que no te casaras con Lawrence...

Tilly se atragantó con las palabras que iba a decir a continuación. Se encontraba entre la espada y la pared. ¿Decir alguna grosería a la mujer del hombre que podría salvar su vida y arruinarlo todo o sonreír como una boba y parecerlo?

—¡Gina! —Salvada por una voz extraña—. No asustes a lady Mathilda.

Se giró y se encontró con el mismo hombre al que no había reconocido en el salón de su tía Georgiana, el director, Gareth Aldrich, con una sonrisa diáfana y a Gabriel a su lado, con

semblante sereno.

—Milord, ya no uso el título, ahora soy la señorita Mathilda Worth, es más sencillo.

Gabriel frunció el ceño.

—Pues, señorita Worth, bienvenida al caos.

Era una forma muy extraña de saludarla, desde luego.

—No es un caos cuando estoy yo, querido.

El matrimonio se lanzó una sonrisa tan íntima que Tilly tuvo que girar la cara para mirar con detenimiento a otro lugar. Había conocido a Virginia y a su hermana, Rose, durante su primera y única temporada. No era muy habitual que chicas americanas acudiesen. A Mathilda le encantaba estar con ellas, su acento le recordaba un poco a Gabriel y eso la hacía sentir en casa. Pero tras el escándalo que cambió su vida, no había vuelto a saber nada de ellas. Bueno, y de casi nadie, en realidad.

—Si os parece bien, Gina y yo hablaremos un rato con la señorita Worth para ver si es la candidata adecuada para el puesto.

—Esperaré abajo —abrió la boca por primera vez Gabriel; acto seguido, cerró la puerta y se marchó.

—Le ofrecería algo, Mathilda —dijo Virginia—, pero es que aquí ya no tenemos de nada. Sin embargo, puede sentarse para que podamos hablar con detenimiento.

—Por supuesto.

Estaba nerviosa, tanto que quería frotarse las manos una y otra vez para poder tomar conciencia de que todo era real. Los tres se sentaron. El matrimonio en un sofá que había en una esquina y ella en una silla frente a los dos. Se sentía como si fuese a ser examinada por la Inquisición española. Si apretaban mucho, les contaría todo lo que quisieran conocer. Tenía que tranquilizarse. Aunque saber que estaba allí solo porque Gabriel quería poner su vida patas arriba —otra vez— o arruinársela —otra vez—, durante cinco días —otra vez—. No se le había escapado el dato, tampoco hacía que se sintiese tranquila. Por eso se repetía una y otra vez que no importaba cómo comenzase, sino que ella lo daría todo para merecerse el puesto.

—Señorita Worth —comenzó a decir Gareth—, lo primero que quiero dejarle claro es que este puesto no ha sido creado para usted y que tiene que pasar un periodo de tiempo para que sepamos si se adapta al mismo. Imagino que Gabriel le habrá puesto al día...

—Solo me comentó que sería un puesto aquí y con posibilidad de viajar.

El matrimonio se miró, ambos asombrados, pero ambos se recompusieron pronto.

—El puesto es para ser mi ayudante, Mathilda —dijo Virginia—, no todo el mundo lleva bien lo de tener a una mujer como jefa, ni algunas mujeres, te lo aseguro. Llevamos ya unos cuantos fracasos y, cuando se lo comentamos a Lawrence, salió tu nombre a colación. —Virginia no pudo evitar que la voz le hiciera una mala pasada; sonaba sorprendida—. Y creímos que estabas al tanto.

—De hecho, pensé que aquel día en casa de su tía hablaríamos de todo esto. No pudo ser y no pasa nada. Solo que creí que no estaba interesada. La misiva del señor Lawrence hace unos días me sorprendió, pero estoy con él en el hecho de que creo que podría hacer un buen trabajo. Por lo que sé, por la carta de su padre...

—¿De mi padre? —titubeó.

—Claro, para trabajar aquí, ya que está soltera, hace falta la aprobación de su padre. En fin, en la misma, nos hace un resumen de sus estudios y se adaptan a la perfección. Sin contar con que ya conoce a Gina y seguro que se podrán llevar bien.

Tilly venía preparada para dar un discurso sobre Laura Pfeiffer, entre otras, y ponerla como

ejemplo para todo lo que ella quería ser y conocer. Pero no hacía falta, tenían a su propia Laura en Virginia Aldrich.

Gabriel la estaba esperando en la puerta, mientras ojeaba distraído un libro. Levantó los ojos justo cuando Tilly pisaba el último escalón de la escalera. No pudo haberla oído, el ruido era más que suficiente como para que sus sencillas pisadas pasaran desapercibidas. Sin embargo, cuando puso su mirada en ella, notó como ese sí era su Gabe, del que se enamoró como una loca feliz. Pero el hechizo duró muy poco.

Tilly estaba tan enfadada que no podía creer el momento íntimo que acababa de tener. Solo en su cabeza, sin lugar a dudas. Él sonrió, dejó el libro en una caja y pareció el hombre más satisfecho del mundo. En otra realidad, ella se habría tirado a sus brazos para celebrar lo que había ocurrido, pero en esa, en la que ella vivía, no.

—¿Cómo ha...?

—¡Me has mentido!

Su grito le llegó tan nítido como una bofetada. Gabriel, incluso, se retiró un paso atrás.

—¿Qué dices?

No quería montar una escena allí, donde lord y lady Pembroke pudieran verlos. No.

Así que echó a andar, camino a cualquier parte alejada de la mansión Montagu.

—Mathilda.

Ella lo ignoró y, cuando encontró un lugar más o menos íntimo dentro de sus inmediaciones, se paró.

—Me has mentido. No hace falta que pase cinco días contigo, como si fuera tu juguete, para conseguir este trabajo. Yo ya les gustaba.

—Claro, yo te he recomendado. Pembroke es un viejo amigo y se fía de mí.

—Pero yo conocía a su esposa y siempre nos hemos llevado bien.

—Y por eso lady Pembroke te ha puesto en el primer lugar de su lista a candidatos para el puesto...

Tilly no supo qué decir a eso.

—No querías que lo viera antes, ¿y si hubiese pasado los cinco días contigo y luego no me hubieran cogido?

—Mathilda, piensa. Llevé a Pembroke a casa de tu tía para que hablara contigo, ¡claro que te iba a coger! Si eres solo la mitad de la persona que conocí hace años, eres perfecta para el puesto. No lo he dudado ni una sola vez.

—Pero ya tengo el puesto, no necesito pasar contigo cinco días.

Gabriel suspiró.

—Es cierto, no hace falta. Solo está tu palabra de por medio. Mañana a primera hora iré a donde te alojas y esperaré a que bajes para comenzar esos días juntos. Si vienes, harás honor a la misma, si no, no. Es tu decisión.

—Solo quiero saber una cosa más antes de mañana. —Gabe achicó los ojos, pero hizo un gesto para que ella continuara hablando—. ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Qué necesitas de mí?

—Que te marches de mi cabeza de una vez.

Decisiones que separan



Dos días después de su encuentro en el baile, en Hyde Park, 1847

Rebecca, para sorpresa de Tilly, no aceptó a regañadientes que se viera con Gabriel, sino que pareció feliz. Desde que había comenzado la temporada, tanto ella como Lauren se plegaban a lo que ella pedía y eran cómplices de sus ideas para poder estar con Gabe. Algunas inventadas, sobre todo durante el tiempo que no lo pudo ver, y otras tan reales como esa oportunidad.

Tilly no pudo pegar ojo. Estaba deseando saber qué ocurría para que sus planes con Gabe no se estuviesen cumpliendo. Eligió el único vestido de mañana que su tía Elinor le había dejado comprar que no fuera insulso y remarcara, para mal, partes de su cuerpo que, a priori, podían ser agradables o, incluso, bellas. Como su cabello rubio o sus pecas.

Tal y como le había pedido Gabriel, se fue de paseo a Hyde Park y terminó sentada en un banco que daba al lago Serpentine. No tuvo que esperar mucho para poder ver aparecer a Gabe a caballo. Con disimulo, Becca se quedó detrás, mientras los dos decidieron pasear por la orilla, a una distancia prudencial, con el caballo a su lado.

—Me moría por verte, Mathilda. Odio no poder tocarte, como en el campo, o besarte — susurró la última palabra, y el corazón de Tilly dio unas cuantas pulsaciones de más.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi padre se ha vuelto loco. ¿Recuerdas la última noche que estuvimos juntos?

Tilly no pudo ni responder, solo se sonrojó y asintió.

—Esa noche le comuniqué que me iba a casar contigo. ¿No parece una idea magnífica? A ojos de mi padre eres la hija de un conde. Para mí ya sabes que eso da igual. —Le rozó la mano y sonrió—. El caso es que enfureció, me lo prohibió y me obligó a volver a Boston a la mañana siguiente. Por eso tuve que ir... a verte. No quise contarte nada, pues pensé que sería alguna tontería, tipo que ya tenía otra alianza en mente con alguna familia en casa. Al fin y al cabo, soy su único hijo, pero siempre creí que podría hacerlo cambiar de opinión en estos meses.

—Y no has podido.

—No solo no he podido... además, venir a Londres me ha costado no hablar con él, que mi madre viniese conmigo para que no haga ninguna tontería y la firme promesa de desheredarme si decidía casarme contigo.

—Parece desmesurado, ¿qué le he hecho yo?

—Creo que no eres tú, creo que es algún matrimonio que tiene en mente para mí y que no

quiere comentarme.

—¿Y cómo te han dejado venir?

—Tengo veinte años, Mathilda, he venido sin más. Mi madre me ha seguido. Y por más que hablo con ella... No sé, es como si no quisieran contarme algo y a la vez odiaran hacerme todo esto. No lo comprendo.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Sigo igual de empeñado en casarme contigo. ¿Tú sigues queriéndolo? —preguntó en un susurro casi asustado.

—Por supuesto.

Gabe soltó un suspiro.

—El problema es que mi padre y mi madre son mi única familia de verdad, no entiendo por qué esto es un problema y necesito comprenderlo. —Tomó aire, cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, Mathilda pudo observar la mirada más triste que le había visto nunca—. Te voy a pedir algo muy egoísta, puedes hacerlo o no. Comprenderé cualquier decisión.

Gabriel esperó a que ella respondiese. Mathilda no pudo decir nada hasta que él hiciese su propuesta.

—Dame tiempo, Tilly. Sé que no es lo que esperas, pero es mi familia. Tengo la necesidad de comprender qué está ocurriendo y de poder hacerles entender que yo también quiero que tú lo seas. Si te conocieran... te querrían tanto como yo.

—Hay una cosa, bueno, o muchas, que no entiendo. ¿No les hablaste de mí a tus padres? Yo nunca pude hablar de ti a mi padre, pero mi relación con él siempre ha sido distante.

—Ya, ya... sé el concepto que tiene de nosotros.

—Aun así, sé que hasta él vería bien el matrimonio...

Lo dejó en el aire. Dejó la ironía en el aire. Ella creía que su padre, que siempre había sido como una figura dispersa en su vida, la dejaría ser feliz con Gabriel, quizá solo por su dinero, pero eso y poco más buscaba su progenitor en el futuro marido de sus hijas. Mientras que los padres de Gabe, que siempre lo habían apoyado en todo y que lo mimaban, en ocasiones hasta el exceso, veían con malos ojos su unión.

—Sí, claro, mi madre sabía que éramos amigos, aunque es curioso que me aconsejara no hablar mucho de eso con mi padre. Ahora parece que se siente culpable por haber dejado que intimáramos más. Es muy extraño, Tilly.

Siguieron paseando, con la atenta mirada de Becca a sus espaldas, sin saber bien qué decir. A Mathilda le parecía todo muy confuso.

—¿Lo harás? —preguntó Gabe algo angustiado.

—Lo haré, pero ¿cuánto tiempo?

—No lo sé.

—Esperaré.

—Tilly, si en algún momento crees que no puedes más... yo...

—Eso no va a pasar.

—Pero si pasa, solo quiero que sepas que lo entiendo. Y que quiero que comprendas que no los pongo a ellos frente a ti, solo soy algo egoísta y os quiero a todos.

Su confesión hizo que Tilly sonriera. Gabe era a veces una persona madura, pero solo tenía veinte años y eso pesaba. Igual que sus dieciocho.

El paseo se le antojó corto. A la tercera admonición de Rebecca sobre el tiempo y la cercanía que tenían, tuvieron que despedirse. Sin saber cuándo se iban a volver a ver, sin entender qué estaba ocurriendo y porqué, en ocasiones, nada salía como se había planeado.

Gabriel tiene que esperar



La noche antes de la decisión de Mathilda, casa de Gabriel en Londres, 1852

La habitación de su casa en Londres le parecía impersonal. No tenía nada que le recordara, ni remotamente, a él. Ni la bebida, que tenía en la mesa, que no había tocado. Todo le resultaba repulsivo. Desde hacía años odiaba pasar tiempo en Inglaterra, le recordaba a un pasado que prefería olvidar.

Los muebles parecían de otro siglo, aunque sabía que eran de ese —él mismo había pagado una cantidad indecente de dinero para que fuesen nuevos—, la ropa le parecía demasiado suntuosa y el aire olía a Mathilda. ¿A qué olía Mathilda? Nunca había podido reconocer su olor. También era cierto que, de todos sus sentidos, era el más atrofiado. No tenía ningún tipo de sensibilidad. Mientras se encontraba en la Universidad, tras largos maratones de deporte no acusaba su olor ni el de sus amigos. Era casi un huérfano olfativo.

Pero Tilly sí tenía algo que siempre lo había vuelto loco.

Acercó una silla a la ventana, para poder observar esa vista insulsa de calles y edificios. En Estados Unidos hacía ya mucho tiempo que vivía alejado de las ciudades, todo lo que podía. Los negocios de la familia se encontraban en Boston y él vivía en las afueras.

La familia. Un concepto extraño. Él se había criado con la de su madre, los Van Ryan, desde su nacimiento. Tenía mucho contacto con sus primos y con sus tíos. Sin embargo, no conoció a la familia de su padre hasta los dieciocho años y, para ese momento, solo quedaba vivo un tío militar que no le hizo mucho caso.

Hubo un tiempo en que Tilly era su familia. Fue un tiempo feliz.

Hubo un tiempo en que Tilly no se pudo convertir en su familia. Fue un tiempo para reflexionar.

Y hubo un tiempo en el que entendió que su familia y Tilly estaban condenados a odiarse. Fue un tiempo triste.

Sin embargo, no pudo dejar de buscar algún tipo de resarcimiento. Por destrozar a su padre, por destrozar su futuro y por hacer que él tuviera que tomar una de las decisiones más complicadas de su vida.

Y lo peor de todo era que él la había elegido a ella, a Tilly. Cuando sus padres amenazaron con repudiarlo, con quitarle todo lo que había conocido —desde su familia hasta el dinero—, no dudó. Su corazón era más fuerte hacía cinco años que en ese preciso momento.

Gabriel había elegido a Tilly, pero Tilly no había elegido a Gabriel.

Y cuando se dio cuenta de que todo lo que le habían advertido era verdad, renunció.

Así que había vuelto a Boston; enfadado, confundido y despistado.

No había pensado mucho en el conde de Ellenborough hasta que un día recibió una misiva que lo cambió todo. Dirigió la mirada a la cómoda que tenía a su derecha. El cajón de arriba estaba cerrado con llave, una que se encontraba siempre cerca de él. En ese lugar tan pequeño guardaba todo lo que había planeado y hecho durante los últimos dos años. El primero objeto que había guardado fue la carta que lo cambió todo.

Es cierto que sí había hecho algo durante los últimos años: convertirse en su único acreedor para que no pudiera estafar a más personas. Dejarlo solo con su título bien podría parecer una venganza, pero para él era hacer justicia. Después de todo lo que había pasado su padre, alguien debía tomar cartas en el asunto. Y Gabriel tenía la posición, el poder y la sangre fría de no dejarse llevar. Él lo haría como con cualquier otro negocio: con la cabeza. En cambio, cuando llegó aquella carta, comenzó a pensar con el corazón y todo se fue un poco al traste. Por eso se encontraba así. Perdido, en Londres y sin saber qué ocurriría al día siguiente. ¿Era mejor que Tilly acudiera a su cita o no?

Sin embargo, no pudo seguir el plan que había trazado en Boston a pies juntillas. No pudo. Necesitaba más Mathilda, más tiempo con ella. Por eso la persiguió hasta su casa y deseó con todas sus fuerzas saber más de ella. Y si cinco días en el campo habían arruinado su vida hacía unos cinco años, quizá cinco días juntos podrían volver a arreglarlo. No con ella, eso estaba descartado, pero sí con su conciencia. Si podía despedirse de ella, si podía verla sin ese halo que, según su madre, él le había regalado, podría ver que no era tan especial, que aquel amor había surgido de la juventud y había muerto con la madurez, que podía pasar página y formar por fin la familia que debía tener —y que deseaba tener—. Lejos de ella, lejos de lo que significaba Mathilda en su vida. Nadie es tan perfecto como lo es a los ojos de su amante ni tan horrible como a los de su enemigo. Gabriel debía encontrar el punto intermedio entre esos dos extremos.

En cambio, su cabeza no estaba pensando en lo horrible que era Tilly, más bien todo lo contrario. Se acordaba de su sonrisa, de su forma de contar al revés cuando quería ir a por él por un enfado, en cómo se había colado como nadie en su vida y en cómo sabía que ninguna otra persona podría llenar ese hueco.

Según su madre, el primer amor era muy intenso, casi loco, pero no perduraba. Lo hacía el que se asentaba. No había matrimonio, según ella, si era según las normas sociales, que no comenzase como una alianza familiar o económica. El trabajo, decía, venía después: conocerse, intentar quererse y que no fueran unos desconocidos para toda la vida. También le había dicho que la pena de Tilly no era tanto que fuese una terrible conexión económica para la familia —el conde solo había derrochado en los últimos años—, sino que, desde un punto de vista fraternal, jamás podría llegar a ser su familia.

Cuando recibió aquella misiva, para ser sinceros, la rechazó, no quería saber nada más de Inglaterra ni de aquellas personas que lo habían humillado y utilizado. Pero hacía solo unos meses que su padre había fallecido —con él en vida no podría haber hecho nada— y, cuando le enseñó a su madre el plan, le pareció perfecto. No sabía quién necesitaba más pasar página: Gabriel, que se había pasado mucho tiempo con la cabeza en el pasado y sería una satisfacción que al fin pudiera dar un paso hacia el futuro, o su madre, que tras la muerte de su padre no veía nada más que no fuera echarlo de menos.

Los recuerdos lo abrumaron tanto que decidió que era hora de volver a probar si podía conciliar el sueño. Una vez en la cama, no sabía qué era mejor que ocurriese al día siguiente: que

Tilly rechazara su oferta o que la aceptara.
Cinco días con ella podía ser toda una revolución.
Y solo le quedaba su palabra, si la cumpliría o no.

Un poco de Gabriel



Gabriel nació siendo un niño feliz.

Su madre siempre contó que lo primero que escuchó de él fue su risa. Algo que, en general, el resto de la familia desmentía. Aunque ella siempre contaba que era su primer recuerdo con él. Su padre, en cambio, decía que lo primero que escuchó de Gabe fue, sin lugar a dudas, su llanto. Todo el mundo coincidía en que eso se ajustaba más a la realidad.

Pero así eran sus padres. Él, racional; ella, soñadora. Y por eso, y quizá solo por eso, se llevaban tan bien.

Sin embargo, si algo era cierto de toda esa mezcla y confusión sobre los primeros sonidos de Gabe, era que sí, sin lugar a dudas, Gabriel siempre había sido feliz en Boston. Y si alguien había sido partícipe de ese estado era su familia, extensa y divertida, y, en concreto, un primo que había nacido solo tres días antes: Arthur.

Arthur y Gabriel.

Gabriel y Arthur.

Durante su infancia era complicado distinguirlos. Parecían gemelos. Se llevaban tan bien que parecían mentes conectadas. Y, para horror de sus padres, normalmente no tramaban nada bueno. Quizá uno de los puntos álgidos de su relación fue cuando inundaron el patio de la señora White para poder nadar en él. Una idea que a ambos les pareció legítima, ya que la agradable y solícita señora White les había dicho literalmente: «Jugad todo lo que queráis en el patio, par de diablillos». No sabía hasta qué punto había acertado con el nombre.

La reparación del patio costó mucho dinero, y su gamberrada, un buen discurso. Nunca se descubrió de quién había sido la idea original, ya que, de alguna manera, para sus padres el origen del mal era que estuvieran juntos y lo que no comprendían sus progenitores era que se les había ocurrido a los dos, dándose ánimos el uno al otro y apreciando las ideas, cada vez más descabelladas. Sin mentir, ni Arthur ni Gabe podrían saber quién había sido el primero en darse cuenta de lo maravilloso que sería inundar el piso de la pobre señora White.

Las consecuencias fueron nefastas: al año siguiente cada uno iría a un colegio interno diferente.

No. Eso sí que no.

Arthur y Gabriel se escaparon de casa y llegaron bastante lejos, casi a Nueva York, hasta que sus padres los encontraron. Juraron —sí, juraron ante las bocas atónitas de sus madres— que, si

los separaban, ellos buscarían la forma de unirse.

Y cedieron. Sus padres cedieron bajo la promesa de que debían portarse bien y esforzarse en el colegio.

Desde ese día nunca suspendieron una asignatura, aunque sí hubo alguna que otra queja por su comportamiento. La naturaleza siempre les tiraba.

Fueron juntos al colegio y más tarde a la universidad, donde encontraron nuevas cotas de hacer cosas juntos. Fue en ese momento, justo un mes antes de entrar a la nueva institución, cuando encontraron una sola cosa que podía separarlos: Aileen Wells.

Los dos compartían tantas cosas en común que los gustos también se afinaron para ser idénticos, y Aileen tenía algo que los embaucaba. Una vez intentaron descubrir qué era, qué tenía para que ellos supieran que bien podría ser su perdición.

«Son sus ojos», dijo Arthur, paseando por la estancia.

«No lo creo. Si cierro los ojos, no sabría decir de qué color son», comentó Gabriel.

«Ese es el misterio, tienen un color indefinido que la caracteriza».

«*Nah*, no creo. Para mí es su forma de hablar. Es ingeniosa e inteligente. Quiero una mujer que sea mi igual, no una marioneta», reflexionó Gabe.

«Con sinceridad, Gabriel, yo creo que Aileen a mi lado haría lo que yo quisiera».

«Sí, ya, lo que tú quisieras... ¡No la conoces!».

«O lo mismo no la conoces tú».

Oh, el amor. Hace que la misma persona tenga cualidades muy distintas a ojos de diferentes personas. Para Arthur, Aileen destacaba por hermosa, que lo era; él quería a alguien a su lado que siguiera siempre sus pasos, pero un poco detrás. Quizá un Gabriel femenino, para cuando su primo —casi hermano— fundara su propia familia y no pudieran seguir juntos. En cambio, Gabe observaba en ella un brillo de independencia y de inteligencia que le gustaba más que nada en el mundo. Gracias a Aileen entendió qué quería en una mujer.

Sin embargo, no fue Aileen lo que separó a los amigos. No. Fue la fiebre.

A finales del primer año de universidad, Arthur decidió bañarse en una fuente desnudo para burlarse de un profesor junto a otros alumnos. Que Gabriel no estuviera pensando en hacer lo mismo se debió, sin más, a que se había quedado en su habitación roncando tras una buena noche de borrachera. Si algo diferenciaba a los dos era su aguante ante el alcohol.

A la mañana siguiente, Arthur amaneció con fiebre; a la siguiente también, llegando al punto de que el médico del campus no supo qué hacer y llamó a su familia. Murió unos días después. Fue tan rápido que Gabriel no pudo asimilarlo. Pasó con él todo el tiempo que le dejaron. Le importó bien poco que la situación fuera extraña, pero para él era como perder un brazo, una extensión de su cuerpo y quería cuidarlo hasta el final.

Cuando vio su ataúd entrando en la tierra, supo que la vida jamás sería igual.

Sí, Gabriel había sido feliz. Hasta ese momento, al menos.

En el velatorio, Aileen se le acercó para darle sus condolencias y entendió que ella solo había tenido ojos para Arthur, nunca para él. Y se sintió peor. Quizá, si él no hubiese estado en medio, ellos podrían haber estado juntos y Arthur hubiese tenido unos momentos más de felicidad.

Y se odió. Por todo. Por Aileen, por no haber estado con él en aquel momento, por haberse levantado tarde y no haberse dado cuenta antes de su situación y por tantas cosas que no tenían remedio; y se hundió.

Sus padres creyeron que ese curso estaba perdido; esperaron malas notas. Así que, tras llegar unos buenos aprobados —nada de notas altas—, preguntaron a Gabe, que, desde que había vuelto a casa, no había querido salir.

«Os prometimos que nunca suspenderíamos. Arthur ya no puede cumplir su promesa, pero yo sí».

Gabriel se encerró en sí mismo. Boston era su amigo. Su casa, su familia y todo lo que lo rodeaba era Arthur. Estalló de ira el día que vio a Aileen del brazo de otro chico solo un mes después de su muerte, cuando lo obligaron a salir.

Sus padres no supieron qué hacer con él. Hasta que pensaron en una solución algo fantástica aunque eficaz: pasar lo que quedaba de verano en Inglaterra. Sí, en esa Inglaterra que había hecho tanto daño a su padre, en ese lugar al que había jurado no volver. Pensaron que quizá en un lugar tan alejado de todo lo que conocía, por fin Gabriel podría reaccionar.

Y vaya si reaccionó. Conoció a Tilly. Se enamoró, pero su cabeza no le dejaba entregarse del todo, por lo que esperó y desesperó. Ella era justo la persona que había buscado toda su vida: inteligente, independiente, resuelta y, como extra a la ecuación, bellísima, al menos para él.

Y sus padres no supieron si fue peor el remedio que la enfermedad, pues Tilly pertenecía a la única familia con la que jamás querrían emparentarse.

El poder de la palabra dada



El día siguiente, 1852

Cuando Tilly tenía doce años, Rebecca le enseñó el poder de la palabra dada. Era algo mágico, casi divino. Si prometías una cosa había que cumplirla. Ni más ni menos. Desde ese momento, Mathilda se cuidó mucho de no prometer nada que no pudiera cumplir y de tener cuidado en las expectativas que formaba a los demás. Hasta que un día, su padre apareció en el campo y, mientras ella corría a su alrededor pidiéndole ir a Londres para ver a Lauren, él se lo prometió.

No ocurrió. No al menos en el tiempo establecido.

De adulta, Tilly entendió que no había sido una promesa de verdad, pues no iba a cumplirla de ninguna manera. Solo lo dijo para poder librarse de ella. Su padre nunca había conseguido pasar mucho tiempo a su lado.

Eso la desanimó. Si dar la palabra era tan sacrosanto, ¿por qué su padre podía romperla sin pestañear cuando se trataba de ella? No encontró solución al enigma. Ni de niña ni de adulta. Pensar que no era alguien lo suficientemente importante como para sostener su promesa ni se le había pasado por la cabeza.

Con el tiempo comprendió que esa era, quizá, la única explicación.

Sin embargo, ella quería aprender de lo ocurrido, que su palabra valiese algo. Y así se lo hizo saber a su hermana cuando le propuso el plan más descabellado del mundo, que realizaron, y la separó definitivamente de Gabriel. Debía cumplir su palabra. En cambio, Lauren le dijo que la palabra de una mujer valía menos que la de un hombre. Mucho menos. Y que, para colmo, ellos ni tan siquiera mantenían la suya en todas las ocasiones.

«Desconfía de Gabriel, Tilly, no importa lo que te haya prometido, puede echarse atrás. O haces algo o lo perderás para siempre».

Romper su palabra le había traído cosas malas, pero también cosas buenas. Esa mañana, mientras observaba el amanecer en Londres desde la habitación que compartía con Becca, meditaba que cumplir lo prometido a Gabe le daría cosas buenas y malas; no hacerlo también. Solo tenía que encontrar la forma de saber qué le traería las mejores.

Y era una decisión que debía tomar sola.

Rebecca había accedido a escucharla y a poner orden a sus pensamientos, pero se negaba, por supuesto, a dar su opinión más allá de lo que ya había dicho. Aunque su postura estaba clara: pasar cinco días con Gabriel era una locura, un sinsentido. Y Tilly lo sabía, pero había una parte

de ella que se sentía tentada a pasar unos últimos momentos con él. Ella no le debía nada, pero él le había adeudado tanto... Ese trabajo no llegaba, ni por asomo, a cubrir su deuda emocional. Quizá durante esos días juntos pudiera hacérselo entender, pues él parecía obstinado en no comprender que no había culpas, vale, pero sí había consecuencias a los actos.

Si lo sopesaba, lo que parecía el peor suceso de su vida quedó relegado a un paso dado en el camino, a una cosa más vivida, a darle una perspectiva del mundo muy distinta. Ya no se sentía tan ligada a la sociedad. Solo se sentía atada a la gente a la que quería (que bien podría limitarse a Rebecca) y a lo que dictaba su conciencia. Nada más. Se sentía huérfana en ese sentido, y tan poco apreciada que era mucho mejor que vivir bajo sus normas. No quería volver a la sociedad y sabía que aceptando ese trabajo no lo haría, quizá incluso la alejara sin remedio. Pero volver a tener relación con Gabriel... eso podría romperle de nuevo el corazón. Ya que no era tonta, sabía que él despertaba sentimientos apagados hacía mucho que solo podían ir a peor.

Gabriel se iba a casar con Lauren. Extraño, sí, pero cierto.

Y tenía que metérselo en la cabeza.

La cordura le indicaba que decir no solo era romper una palabra dada a alguien que no se la merecía.

El corazón, el sensible y blando corazón, no opinaba igual. Volver a estar con Gabriel podría ser algo bueno. Lo mismo le hacía recordar qué era amar a alguien y podría rehacer su vida en ese sentido. Aunque tampoco lo buscaba. Y despertar ese órgano casi perdido tampoco parecía una mala idea.

—Tilly —susurró Becca mientras la observaba desde su cama—, ¿has decidido algo?

—Creo que sí.

Un par de horas después de tomar la decisión, Gabriel apareció en el sencillo salón de la casa del hermano de Rebecca. Pegaba tan poco verlo en ese sitio... Envarado, con ojeras y con un gesto poco amigable, se encontraba en el centro, ocupando casi todo el espacio. Había declinado cualquier tipo de comida o bebida y había indicado que quería hablar con Mathilda a solas.

Y así se encontraban en aquel momento. Ella, en el quicio de la puerta y él, en el centro del salón. Dio un par de pasos y entornó la puerta.

—Buenos días —saludó para romper el hielo.

—Buenos días —respondió—, ¿has tomado una decisión?

Directo, sin preliminares, sin «¿Cómo te has levantado hoy, Tilly?» o «¿Está siendo tu estancia en Londres agradable?». No, nada de eso. Solo un dardo directo a su cabeza.

—Sí.

Su respuesta fue igual de directa, pero mucho más enigmática. Gabriel se puso a dar golpes a su muslo con los guantes que tenía apretujados en la mano. Estaba nervioso. Tilly, también. Abrió la boca para preguntar, pero ella se adelantó.

—Aceptaré, pero bajo las condiciones pactadas.

—Está bien. —No sonó aliviado, como ella creía que debía sonar. No, parecía ansioso—. Le diré a un criado que recoja tus cosas. Salimos lo antes posible, te espero en el carruaje.

Y, sin más, salió de la estancia, se despidió de sus anfitriones y esperó a que ella hiciera lo mismo para marcharse. La cosa era saber a dónde.

El final de la primera temporada



Finales de junio, 1847

Tilly no comprendía nada. La temporada estaba a punto de terminar, las sesiones parlamentarias ya tenían fecha para su clausura y los últimos actos deportivos se habían celebrado. Había ocurrido de todo durante ese tiempo, pero a ella no le había ocurrido nada. Gabriel no había dado ningún paso adelante e, incluso, en algún acto público ni la había saludado.

Tilly estaba desesperada. Su padre la casaría con el primero que pidiera su mano y tuviera una renta aceptable. Había tenido suerte de que la única proposición de matrimonio hubiese venido de un hombre casi arruinado; de otra forma, se vería preparando su vestido de novia entre lágrimas.

¿En qué demonios estaba pensando Gabriel?

Rebecca y Lauren tampoco comprendían nada. Por no tener, no tenían ya ni una teoría que explicara su comportamiento. Nada. Y el verano estaba ya casi encima; con él, el fin de la temporada y el principio del periodo de peligro donde su padre la subastaría al mejor postor entre sus amigos acaudalados. No llegaría a poder verlo ni en el campo si todo seguía así.

Era una pesadilla, de esas de las que no te puedes despertar.

Sin embargo, la solución a sus problemas apareció un martes cualquiera en forma de carta. Una que, para ser sinceros, ella estaba a punto de tirar a la basura, hasta que Lauren apareció en escena.

—¿Has recibido la invitación para acudir cinco días a Raven Hall?

—Sí —contestó con desgana—, no voy a ir. Está lejos y prefiero acabar la temporada en Londres.

—Oh, sí que irás, Mathilda, porque Gabriel estará allí y solo tendrás una oportunidad para poder cazarlo.

—Lauren, ya sabes que le prometí que no haría nada.

—Y, Tilly, ya te he dicho que la palabra de una mujer no vale tanto, podemos ser volubles, es una de nuestras características principales. Por eso nos aman; a nuestro lado hay sorpresa. Créeme, si confías en mí y sigues mi plan paso a paso, en agosto estarás casada con Gabriel, y él, feliz de que sea así. Te ama, lo he visto, pero no sabe manejar la situación. Es algo niño para su edad, pero para eso estoy yo. Te ayudaré, hermana, ya verás como todo saldrá bien.

Palabras escondidas

1

El primer día juntos, 1852

No tenía nada claro si Gabriel estaba contento o si estaba enfadado.

Tras aceptar pasar cinco días con él, le había dicho que estuviera lista en dos horas. Volvió puntual con un carruaje, donde ella se sentó y él la siguió a caballo. Desde ese momento, no se habían cruzado ni una sola palabra. Nada de nada. El silencio entre ellos fue cubierto por el ruido de la ciudad, en un primer momento, y luego por el de los crujidos del propio carruaje.

En cambio, los pensamientos de Tilly eran altos y claros, casi gritos de desesperación por no saber qué diablos estaba pasando. La incertidumbre era algo con lo que no había aprendido a lidiar.

Sin saber bien cómo, llegó un recuerdo a su cabeza. Ella, esperando en el salón de su casa en Londres, con Lauren a su lado, igual de nerviosa, a su padre, que en su despacho tomaba la decisión que cambiaría su vida. Qué demonios hacer con ella.

Cuando al fin el mayordomo le había comunicado que acudiera a verlo, Tilly recordaba como las manos le temblaban igual que su cuerpo, tenía la boca seca y notaba un sudor —impropio de una señorita— recorriendo parte de su espalda.

Nervios desafinados. Nervios podridos.

Incertidumbre hacia el futuro.

Había llamado a la puerta y había entrado. Su padre no la había invitado a sentarse y ella aguantó de pie el chaparrón. Hubiese deseado que fuese real, que una fina lluvia la cubriera para hacer desaparecer el calor y la incertidumbre. Pues la lluvia era todo lo contrario: segura. Mojaba y terminaba. Dos axiomas sencillos de controlar. El cuándo y el dónde quizá no importaban tanto como saber que era un ciclo. En cambio, su vida, en ese lejano momento, había parecido un camino empedrado por el que marchaba descalza y su padre tenía los zapatos a mano, pero no sabía si se los dejaría.

No lo hizo.

«Mathilda, no sé ni por dónde empezar».

Había tenido unas ganas inmensas de decirle que lo hiciera por el principio, como gotas chispeantes de lluvia que avisan tormenta. No lo hizo.

«El arribista no ha pedido tu mano», había comentado casi contento.

En el fondo eso era casi todo lo que quería escuchar.

«No pareces sorprendida».

Estaba devastada, la verdad. Nunca se lo confesaría a su padre.

«En el fondo lo estoy, padre».

«Si me hubieras escuchado..., pero ya no hay forma de solucionarlo, Mathilda», la solemnidad de su frase la apabullo. ¿No había manera de arreglarlo en qué sentido? «Ya no vales para nada a esta familia, serás solo una carga. Te marcharás al campo, estoy convencido que los Lawrence abandonarán la casa de al lado, pero, de no ser así, te prohíbo cualquier contacto con ellos. Ya está bien. Allí esperarás mis noticias, mientras voy a buscar qué se puede hacer contigo. Me has decepcionado mucho, Mathilda, muchísimo. No quiero quejas ni lloros ni nada. Estoy siendo un padre caritativo y cariñoso al no echarte de esta casa inmediatamente para no verte más. Espero que estés contenta». Tilly sabía que realmente quería decir que debía darle las gracias y, por culpa de su educación o del miedo, lo hizo.

«Gracias, padre».

«Ahora márchate. Esta tarde te quiero fuera de Londres».

Mathilda había esperado algo parecido. Su padre lo tendría complicado para venderla. Con su reputación y con lo ocurrido, ella solo valía tanto como su dote, que era absurda. Y su padre no tenía tanta influencia política como para ser un suegro querido por un hombre acaudalado. Sí, por supuesto, mantenía su escaño en el Parlamento, aunque nunca le había interesado la política tanto como los negocios. Y no destacaba en ninguno de los dos ámbitos.

Aquellos días fueron desesperados para Mathilda, ¿qué razones había tenido Gabriel para no hacer lo correcto? Esos cinco días juntos le podrían dar la clave para cerrar ese episodio de su vida.

Tras pasar unas horas en el carruaje, supo cuál era su destino: el origen de todo. Pararon en un descanso de postas, donde ella se pudo asear y él ató su caballo al carruaje. Cuando Tilly entró en el mismo, se encontró a Gabriel enfrente, con cara de pocos amigos, observando el paisaje. Nada más cerrar la puerta y arreglarse un poco, dio unos golpes al techo y todo se movió. Era la viva imagen del «cuidado con lo que desees». No parecía contento con el trato por el que él había luchado.

No podía más con el silencio.

—¿Vas a quedarte el resto del camino dentro?

—Sí, llegaremos algo tarde. Cenaremos y nos acostaremos a dormir. Así que este día es solo de viaje, pero no voy a desaprovecharlo. Creo que podríamos hablar.

«¿De qué, Gabe?», pensó Tilly. «¿De cómo me dejaste tirada en el momento más complicado de mi vida?».

Se aclaró la voz, su tono sonó más suave y sus rasgos se suavizaron.

—Me encantaría saber cómo has pasado estos años separados.

Tilly se sorprendió mucho. No comprendía nada. Solo tuvo clara una cosa.

—Claro, siempre que tú también me cuentes los tuyos.

—Hecho —contestó, casi al instante, Gabriel—. Las damas primero.

Vaya, muy oportuno. Tilly se acomodó en su asiento, ¿cómo podía explicarle esos últimos años sin él sin que pareciera que los primeros fueron abominables? No sabía si quería darle cartas a Gabriel en el asunto. Ella era feliz. En ese momento sí. En cambio, antes...

—Por favor... —Hizo un ademán con la mano. Era la primera vez que observaba

vulnerabilidad en Gabe, algo que antes había sido común. Ninguno de los dos escondía sus sentimientos. El Gabriel actual, sí, pero hubo un resquicio en su armadura.

—Primero, mi padre me desterró al campo. Luego, cuando me volvió a llamar, me fui de casa por el ambiente. Era extraño, casi viciado, me recordaba a alguna fiesta a la que había acudido, donde las velas y el humo del tabaco formaban un velo por el que era difícil ver más allá. Ya conoces a mi padre.

—Desde luego.

—Y Lauren podía hacer poco con Shrewsbury tras ella. —Justificar a su hermana le resultó extraño, dadas las circunstancias, pero no pensaba mentir. Lauren no siempre había sido fría y calculadora, que ella supiera—. Así que decidí buscar otra vida lejos de ellos.

—¿Tú sola?

—Al principio sí. La tía Georgiana me ayudó mucho. Fue un comienzo agradable...

«Las noches que no me acostaba llorando por sentirme inútil».

—...práctico...

«Cada día aprendía algo nuevo que me dejaba más desalentada que el anterior».

—...y esperanzador.

«Salvo cuando me daba cuenta de que no había más futuro para mí que vivir aislada de todas las personas que conocía y sin cumplir todo lo que me había prometido la vida por nacer en una posición privilegiada».

—Hasta que, tras las primeras navidades, llegó Rebecca, que decidió acompañarme cuando le conté por carta que el trabajo de maestra de un pueblo tan grande era demasiado para una persona sola. No se lo pensó y se trasladó a vivir conmigo. Eso fue el primer año. Desde entonces no nos hemos separado.

»Gabriel, no te voy a mentir. Lo que ocurrió me partió la vida en dos. Fue un antes y un después. Pasé de ser lady Mathilda Bettesworth, hija del conde de Ellenborough, a Mathilda Worth, una profesora cualquiera. Sabes que me he caído alguna que otra vez a caballo. Esto fue igual, salvo que la sensación de pánico se extendió en el tiempo durante meses.

Esperó unos instantes. Quizá Gabe, al fin, se disculpara y le diera una explicación.

No ocurrió.

—¿Y después de esos primeros años?

«¿Después?», pensó. «Después la rutina infinita... y la sencilla felicidad del campo».

—Me acostumbré.

Gabriel no había apartado la vista de ella desde que había comenzado la conversación. En ese instante, la desvió y pasó a observar el paisaje. Tilly quería gritarle que le diera una explicación, una sola, una que pudiera aclararlo todo. Aunque antes, le picaba la curiosidad sobre qué había hecho él. Tuvo la sensación de que o se lo contaba en ese momento o no lo haría nunca.

Estaba temblando.

Gabriel no sabía cómo actuar delante de ella. Por un lado, era Tilly, su Tilly, la mujer con la que se había imaginado el presente que por aquel entonces era futuro. En su mente, cinco años después de aquella temporada ellos serían felices, quizá en Boston, si a ella le parecía bien. Lo mismo tendrían un niño o dos con los que disfrutar. Y Gabriel habría hecho todo lo que estuviese en su mano para cumplir sus sueños. Todos, uno a uno.

Pero no. Eso no había ocurrido ni parecía que pudiera ocurrir.

Él quería poder pasar página.

No lo había conseguido en tanto tiempo.

Pasar ese tiempo con ella. Desmitificarla. Ojalá eso lo hiciera libre.

—Gabriel, ¿qué hiciste tú?

«Primero, me arrepentí como nunca en mi vida. Cuando me subí al barco camino a casa, al otro lado del océano».

—En Boston, me ocupé de los negocios de la familia mientras mi padre intentaba recuperarse. Falleció.

—Lo lamento.

Y lo dijo de corazón, Gabe lo sabía. Su mirada, sus gestos. Sabía que, al igual que él tenía que pasar página por lo ocurrido, ella se había llevado la peor parte, estaría en su derecho de odiarlo o de no querer verlo más. Y que de verdad sintiera la muerte de su padre hizo que algo se moviera dentro de él.

No. No estaba allí para volver a enamorarse de Tilly. Estaba allí para que saliese de su cabeza.

—Gracias.

El carruaje giró con brusquedad y los dos chocaron. Volver a tocarse, aunque fuera de esa forma, resultó perturbador.

—Tras su fallecimiento, tomé realmente las riendas de la empresa y me centré durante años en ella. No fue sencillo.

En esas tres últimas palabras condensó toda la ansiedad, rabia, días sin dormir y locura que se apoderó de él. No tenía nada más en la vida. Nada más en lo que centrarse. Al principio, si cerraba los ojos, la veía a ella; luego, la cara de desaprobación de su padre y, por último, ya no veía nada. Todo se había consumido en una oscuridad que lo cegaba.

Tilly dejó que él ordenara sus pensamientos.

—No ocurrió nada relevante hasta hace dos años, cuando mi madre intentó casarme.

No sabía bien de dónde había salido ese pensamiento. Solo quería que ella lo supiera, que tuviese claro que habría podido rehacer su vida, pero su sombra siempre era más larga que la figura de cualquier otra mujer.

—No funcionó, como te puedes imaginar.

—Y ahora te vas a casar con Lauren.

—Lo veo como un negocio, Mathilda, me gustaría que mi matrimonio no se basara en nada que no fuese un intercambio comercial.

Lo decía tan en serio que la sonrisa de Tilly lo sorprendió.

—En eso los dos hemos cambiado: tú quieres un matrimonio convencional, pactado, y yo no me quiero casar. No quiero estar atada a nadie.

Lo entendía. Ella había dejado las responsabilidades a un lado y a él se lo habían comido.

—¿Por qué no funcionó?

—¿Con la chica de mi madre? —Ella asintió.

Podría haber dicho la verdad: que esa chica no era ella, pero mintió a medias.

—Ella quería de mí muchas cosas que yo no podía dar.

—¿Y qué tiene Lauren?

—Lauren comprende lo que quiero, lo que queremos. Todos saldremos beneficiados de este acuerdo.

—Hasta mi padre...

Eso le dolió en lo más hondo de su alma. Por la verdad de las palabras.

—Gabriel... ¿por qué lo hiciste?

—Tilly, ¿por qué lo hiciste tú?

No pudieron mantenerse la mirada. No pudieron decirse nada más.

Su día juntos estaba a punto de acabar.

Un día menos



Fin de la temporada, casa de los Raven, 1847

El plan de Lauren era sencillo, quizá demasiado para poder llamarse plan: seducir a Gabriel para conseguir que se casase con ella. Ante un escándalo semejante, nadie podría decir que no. Sin embargo, Tilly no las tenía todas consigo. Gabe le había pedido tiempo, y usar un arma tan sucia podría volverse en su contra, por lo que declinó la idea. Lauren, por su parte, le dijo que, al menos, tuviera en mente el hacerlo.

No se veía casada con otra persona que no fuera Gabe. Con él había pasado días de charlas, se había descubierto tal y como era, y él la había querido igual. En cambio, los caballeros que conocía en las fiestas eran todos pura fachada. Se sentía exhibida y observada como un objeto, algo que tenía un precio en valor de mercado que subiría dependiendo de su comportamiento. También podía comprender que esos hombres estaban en desigualdad de armas con Gabriel. Con ninguno podría pasar tanto tiempo. Pero había visto a otras chicas congeniar, conseguir una atracción con alguno de ellos, algo que Tilly no había logrado. Y tenía que admitir que, si gran parte de culpa la tenía su relación previa con Gabriel, también había intentado no cerrarse. No por nada una pasaba una temporada en Londres. Y no lo había conseguido.

Llegó a Raven Hall junto a Rebecca; Lauren acudiría con su esposo ese mismo día, pero en otro carruaje. La primera impresión que tuvo de la finca fue espectacular. Entre lo antiguo y lo moderno, se levantaba sobre un antiguo castillo del que conservaban solo una parte reducida, pero que le daba un aspecto peculiar. Enorme, rodeado de jardines diseñados de forma exquisita, se sorprendió cuando le advirtieron que tendría una habitación para ella sola. Al parecer, de las veinte jóvenes que habían confirmado su asistencia, cinco habían fallado, por lo que otras cuatro afortunadas podrían dormir solas. En su caso, la que iba a ser su compañera, Marnie Campbell, había avisado en el último momento de su no asistencia. Tiempo después, descubriría que se había anunciado su compromiso y, por lo tanto, no podría acudir a actos públicos hasta su boda.

Pero esos detalles pasaron desapercibidos para Tilly, pues comprendió que, al tener una habitación para sí, tenía también una gran ventaja. No pensaba ejecutar el plan de Lauren, por supuesto, pero no tener que hablar con una compañera que no sabía si era amiga o enemiga en realidad le daba tranquilidad.

Aunque Rebecca acudió como carabina de Mathilda, la mandaron a dormir junto a las criadas, algo de lo que Tilly se quejó, pero no consiguió nada. Le pidió a su amiga que durmiera en su

cuarto, ya que, en realidad, estaba preparado para dos personas. Ante el asombro de los sirvientes de Raven Hall, Rebecca dijo que sí. Quizá temiendo que, al final, ella sí quisiera montar un escándalo y esa habitación le diera la oportunidad.

«Quien evita la ocasión evita el peligro, Mathilda», dijo casi sin inmutarse.

Por lo que supo, menos caballeros de los previstos habían aceptado finalmente la invitación, por lo que, para equilibrar la balanza —no había algo peor visto en una cena que un número desigual de hombres y mujeres—, tuvieron que invitar a personas que no estaban inicialmente en la lista. Como su padre, algo de lo que se enteró casi a última hora de la tarde.

El objetivo de la reunión campestre de cinco días en Ravel Hall no era otra que pasear al heredero y a su hermana ante posibles candidatos a esposos. La lista había sido elaborada, según Lauren, con astucia, pues había personas de todos los ámbitos. Desde las más deseables, hasta la que menos, sin llegar a encontrar a ningún buscavidas, que se supiera.

Durante ese primer día, Tilly, como el resto de invitados, se dedicaron a ponerse cómodos y, a última hora, bajaron a cenar. Durante los días restantes, había diversas actividades para pasar el tiempo: desde tiro con arco a una búsqueda del tesoro. Los Raven no habían dejado nada al azar.

Fue bajando las escaleras, de la forma más elegante que le propició su calzado, cuando al fin pudo ver a Gabriel. Sí había acudido. No las tenía todas consigo. Y, para su asombro, tenía una sonrisa de oreja a oreja que era toda para ella.

Ante su visión, se colocó su padre, que le ofreció su brazo y le susurró:

—Muy bien, Mathilda, hoy estás muy bella. Espero que puedas cazar un buen partido para la familia.

—Sí, padre —dijo pensando en Gabe.

—Eso sí, ahórrate la compañía de Lawrence. Ya hemos tenido suficiente con esa familia.

Le hubiese encantado preguntar, pero no lo hizo porque sabía que su padre jamás respondería y por la presencia de una dama que se les acercó.

En la cena, sentaron a Gabriel tan lejos que solo podía escuchar, muy de vez en cuando, alguna risa ahogada que les regalaba a los comensales que había a su alrededor, que, para su desgracia, no eran ella. Lo peor de todo era que esa distribución sería la elegida para el resto de cenas en Raven Hall. No tendría ni una oportunidad de hablar con él.

Tras la misma, los hombres se retiraron a fumar y las mujeres a la sala a jugar. Mathilda decidió esperar en la ventana mientras observaba la partida de naipes que se estaba desarrollando ante ella.

Cuando los hombres volvieron, Gabriel no se encontraba por ninguna parte. Lauren, sentada cerca de su hermana, preguntó por su vecino.

—No se encontraba muy bien, ¿verdad, Ellenborough?— le preguntó un invitado a su padre.

—No, creo que tenía alguna dolencia y se tuvo que retirar.

Un grupo de caballeros cercanos a su padre se rieron y lo compararon con una dolencia femenina. Lauren y Tilly se miraron temiéndose que su padre hubiese hecho alguna cosa en contra de él. Minutos más tarde, lo confirmaron cuando uno de esos fanfarrones lo comentó. Su padre, con muy malas formas, había advertido a Gabriel que se alejara de su familia, algo que este no se había tomado muy bien. Aunque tras un empujón de su padre, Gabe se retiró.

Tilly tuvo unas ganas inmensas de buscar su habitación —sobornaría a alguien del servicio o haría cualquier cosa—. En cambio, se quedó quieta, casi congelada, al darse cuenta de que su padre nunca lo aceptaría, sin importar el dinero, algo extraño en él, sino que había una razón de mucho más peso que desconocía y que le parecía injusta.

Un paso al pasado

2

Segundo día juntos, 1852

«Tilly, ¿por qué lo hiciste tú?».

Quiso gritarle, quiso explicarse, quiso hacer cualquier cosa. Pero el carruaje se había parado ante una casa llena de sirvientes. Una casa que conocía muy bien. Su casa. En la que se había criado. No estaba ligada al título, y su padre, casi seguro, se la habría jugado a algún negocio nefasto.

Conocía a casi todos los criados que esperaban en la puerta. No sabía qué decirles. Ni a dónde mirar. Así que, tras un cabezazo y una palabra que nadie entendió, se metió a la casa y supo que la única habitación para ella sería la suya, en la que había dormido toda su infancia. Allí entraron sus pertenencias y una bandeja. Ni la tocó. Se acercó a la ventana y, algo apesadumbrada, recordó la noche que Gabriel subió a su habitación para verla, para prometerle amor eterno y regalarle una pulsera que, pese a los años, las necesidades y los recuerdos no había podido vender o regalar.

Se desvistió y se acostó, con el único pensamiento en mente de que, cualquier cosa sería mejor que seguir dándole vueltas a lo que pudo haber sido y no fue.

Al día siguiente, no había podido descansar, ni en su vieja casa ni en su antigua cama ni con todo lo que le recordaba una infancia solitaria pero feliz.

La puerta se abrió y se asomó el ama de llaves, la señora Castle, que, cuando era pequeña, la había querido y mimado, con esa sonrisa bondadosa que siempre la había reconfortado.

—Milady, es un placer tenerla de vuelta a casa.

—¿Aun bajo estas circunstancias? —¿De dónde había salido esa pregunta?

—En las que sea. Siempre supe que se casaría con el señor Lawrence.

—Oh, señora Castle, eso no va a ocurrir...

—Pero... ¿cómo...?

—Solo voy a pasar aquí unos días.

—Yo no... no comprendo...

—Solo voy a pasar unos días aquí —repitió, sin saber cómo explicarlo.

—Está bien. No tiene que decirme lo que no puede, pero yo cuidaré de usted, todos lo haremos.

—Gracias.

—Y ahora puede bajar a desayunar cuando quiera. Yo la ayudaré con la ropa.

—No hace falta. Hace años que no necesito a nadie. —Tilly sonrió, no quería que nadie sintiese pena por ella.

La señora Castle asintió, le apretó la mano y la dejó sola.

Comenzaba el segundo día junto a Gabriel y no pasaría mucho tiempo sin conseguir respuestas.

Se vistió sin saber cómo afrontar el día. ¿Qué tendría Gabe planeado?

Nada más bajar, se lo encontró en la mesa redonda donde ella había desayunado tantas veces con Rebecca y algunas menos con Lauren y su padre. Que ella recordara, Adam no había pisado esa finca nada más que de muy pequeño.

Gabe bajó el periódico y sonrió.

—No sé si se han dado cuenta de que este ejemplar tiene unos días de retraso. Lo leí en Londres, pero me he acordado de que había un artículo... Aquí está. Sobre la nueva ubicación del Museo. ¿Quieres leerlo?

Tilly titubeó y asintió.

Desayunaron entre comentarios sobre el periódico y alguna risa. La comodidad fue tal que Mathilda creyó encontrarse en otro momento de su vida, en uno que no había vivido, pero se habría merecido vivir. No quería romper el hechizo, aunque era tan irreal que quiso respuestas.

—Gabriel... ¿qué está ocurriendo?

—Lo que te dije, lo que quiero de ti: compañía. —Hizo una pausa mientras se acababa el té—. Hay algo en el campo... sin tantas personas cerca, que me hace ser más yo mismo. Estar más relajado. Mathilda, lo que ocurrió, lo que pasó, nos cambió a los dos. Siento mucho haber sido quien te hiciera tanto daño. Pero no pude confiar en ti después de todo aquello.

—Prometiste que harías lo correcto. Lo prometiste y me dejaste a merced de todos.

—Y tú prometiste que me dejarías mi espacio, que me querías, que no harías nada por provocar la situación. Lo mío fue imperdonable y, sin lugar a dudas, ahora me doy cuenta de lo mal que lo hice, pero, por favor, acepta tú también tu parte de culpa.

—No hay comparación...

—Para ti. Para ti, no hay comparación. Lo entiendo y lo siento. No voy a culpar a la edad ni nada por el estilo. Lo que hice estuvo mal y no puedo remediarlo.

Mathilda se quedó callada. ¿Eran las palabras que tanto había ansiado escuchar? ¿Y de qué servían si, al final de todo, él seguiría casándose con Lauren y ella dejaría esa parte de su vida estancada?

—Siento mucho que hayas llegado a este punto. Por eso intento solucionar, como puedo, lo que hice. Pero piensa un poco en mi situación. Yo te perdí a ti, te elegí a ti ante cualquier otra cosa para darme cuenta de que no eras la persona que creía. A día de hoy... Mathilda, necesito estos días, para poder pasar página. Y creo que tú también los necesitas, si no para lo mismo, al menos para avanzar.

»¿Tregua, Tilly? ¿Nos concedes una tregua de unos días?

—Llegados a este punto, no puedo decir que no.

—¡Perfecto! —Gabe dio una palmada, parecía haber rejuvenecido unos cuantos años—. ¿Quieres ver a Chess?

Mientras Gabriel se cambiaba para la cena, no estaba nada seguro de que lo que estaba haciendo fuera a valer para su objetivo. Acorrallar al padre de Tilly había sido la parte más sencilla, ese

hombre se había hundido sin ayuda. Él solo se había asegurado de que no malgastara más ni el tiempo ni el dinero de otros. Pero en lo referente a Tilly... creía que se había equivocado por completo. Había tenido la seguridad de que no encontrar serenidad ni una pareja había sido una mezcla de su poco tiempo y de lo idealizada que la tenía, incluso después de todo lo ocurrido. Creyó, sin lugar a dudas, que pasar tiempo con ella sería la mejor medicina contra el mal que lo aquejaba. El mal de Tilly.

Sin embargo, se había encontrado con ella de nuevo. Con su risa, con sus ocurrencias, con su forma de ver la vida y, en vez de quitársela de la cabeza, como había sugerido su madre al afirmar que solo había sido un amor tonto de juventud, estaba cada vez más perdido.

Había sido una idea pésima.

No sabía cómo iba a soportar esos días. En vez de una solución, sería una tortura.

Bajó a la cena con la idea clara de dejar atrás el pasado, que había parecido el único tema de conversación que tenían en común.

Gabe iba a hablar del presente.

En el salón, Tilly se encontraba ya sentada tomando algo antes de la cena. Gabriel decidió ignorar todo lo que sentía en ese momento, lo quiso achacar a recuerdos y a la melancolía, que parecía una vieja conocida.

—Le he dicho a la señora Castle que podríamos comer aquí. Sé que no es lo más ortodoxo, pero al menos podremos... estar más cómodos.

Gabriel no dijo nada, todavía estaba asimilando la intimidad con Tilly, que le parecía mucho más fuerte que casi cualquier otra cosa que hubiese sentido.

—¿Te ha molestado?

No, no lo había hecho, pero necesitaba marcar distancia para poder entenderse.

—La próxima vez me gustaría que me consultases.

—Claro, lo haré.

Con un ambiente tenso, Gabe agradeció la llegada de la comida, que le daba una excusa para poder llenarse la boca de algo que no fueran tonterías. Se portaba como un loco y él no era así, ni mucho menos.

—Te vas a instalar en Londres ahora, ¿no? —No supo cómo romper el hielo de otra manera.

—Sí, quiero buscar algún alojamiento de señoritas cerca de la nueva ubicación del Museo. Creo que va a ser una experiencia maravillosa.

—Me alegra haber sido partícipe.

—Gabriel... —Su nombre dicho por ella siempre le había sonado de una forma distinta, casi íntima.

—Tilly, sí, tú eras la adecuada para el puesto, pero sin mí ni os habríais encontrado. Déjame que me sienta bien con lo que he hecho. ¿Qué esperas del futuro?

—Espero... espero poder conocer el mundo. Espero ser tan feliz como a veces lo fui en la pequeña casita con Rebecca. Y espero poder verla más que solo unas pocas veces al año.

—Si te vas a recorrer el mundo, será complicado que la veas mucho.

—No había caído en eso.

Y Tilly sonrió. Iluminó la estancia mucho más que cien velas, y Gabe supo que era el momento de dejar de engañarse. Nunca había dejado de quererla, pero el orgullo pesó más que el amor cinco años atrás; los malos consejos pesaron más que su instinto, que le gritaba que se estaba equivocando; y la ceguera pudo más que el recuerdo de su risa.

—Yo voy a volver a Boston. Vivo en las afueras, donde no pueden molestarme mucho. Y buscaré una mujer que quiera estar conmigo...

—¿Una mujer? ¿Y Lauren?

Bocazas.

—Tilly, no me voy a casar con Lauren.

Ella se quedó quieta, casi como una estatua, no parecía ni respirar.

—¿No te vas a casar con Lauren?

—No.

—Entonces... —Se levantó, como si estar en la misma mesa que él fuese casi un pecado capital—. ¿A qué vino todo aquello? ¿Todo aquel numerito? ¿Solo queríais reiros de mí? De la estúpida de Tilly, siempre tan ingenua, ¡se lo cree todo!

—No, no, no. Claro que no. No es eso.

—¡No te creo! ¿Cómo creerte? Si nunca has dicho la verdad, no ibas a empezar ahora, pero mi hermana...

Echó a andar hacia la puerta, Gabe le agarró el brazo y ella lo retiró con rabia.

—Tilly, deja que te expl...

—No hay mucho que explicar, sois... Mañana me iré.

Gabe pensó que sería lo mejor. Una vez que se había concienciado, que se había dado cuenta de lo que realmente pasaba, era el momento de dejarla ir. Lo suyo nunca funcionaría. Él tenía una vida en Boston, ella quería una vida de viajes. Gabriel nunca podría darle lo que ella realmente necesitaba. No se lo pudo dar cinco años antes ni se lo podía dar en ese momento.

Sin embargo, sí le debía una explicación, al menos que entendiase lo que había ocurrido a sus espaldas. Así que fue a su habitación, abrió el cajón que, al igual que en su casa de Londres, había llenado de secretos, y cogió la carta que lo había empezado todo.

Luego la pasó por debajo de la puerta de la habitación de Mathilda, en la que todavía se podía apreciar luz.

La carta que lo cambió todo



Señor Lawrence,

Estoy convencida de que, si ha abierto esta carta, no entenderá nada. ¿Para qué le escribo? ¿Para qué me pongo en contacto ahora con usted si han pasado tantos años? Para poder entenderlo, tengo que explicarle mi situación, para después pasar a la suya. Por favor, no deje de leer. Si ya me ha dado una oportunidad, no deje que se pierda.

Soy viuda desde hace exactamente nueve meses y tres días. Como sabrá, sé que es de dominio público, nunca me llevé muy bien con mi esposo. Así que ahora me siento liberada. Escribir mis verdaderos sentimientos a una persona que a día de hoy no es más que un desconocido parece una locura, pero todo lo que voy a contarle lo es. Créame, esto es lo de menos. Bien, pues desde mi viudez, he podido abrir un poco mi mundo.

Hace unos meses viajé para ver a mi hermana, Mathilda, en su actual ubicación; mi esposo no me dejó visitarla nunca ni comunicarme con ella. Imagino que me escribiría, pero no llegué a leer ni una sola carta suya. Cuando estuve en la puerta y atisé su vida, enmudecí. Tilly, la que fue nuestra Tilly, no se merece nada de lo que le pasa. No haré una descripción, pero no es un lugar donde deba vivir una dama. No pude ni entrar ni abrazar a mi hermana, ya que, desde la puerta, escuché su risa y comprendí que se había habituado tanto a esa forma de vida que hasta intentaba ser feliz. Supe que debía hacer algo.

Volví a mi casa convencida de que tenía que persuadirla para que viviera conmigo, para introducirla de nuevo en la sociedad, ya que, ¿quiénes somos alejados de ella? Sin embargo, tras meditarlo mucho, comprendí algo que me parece increíble, aunque haya pasado: Tilly está tan dolida que jamás daría su brazo a torcer en este sentido. Pero no podía ser feliz, eso sí que me pareció imposible. Sin familia, sin hijos, sin una posición en la vida, ¿qué sería de mi hermana? Entonces comprendí que su amor por usted nubló su juicio hasta el punto de creer que se encontraba bien así. Y pensé, ¿si Mathilda sufre por Gabriel, lo hará Gabriel por Mathilda? Y ahora voy a confesarme: decidí investigarlo.

Tras las pesquisas realizadas, que no han sido tan sencillas como podría imaginar en un primer momento, sé que no ha rehecho su vida, que no tiene casi vida social y que, desde el desafortunado incidente, no ha tenido intención de, digamos, arreglar nada. Todas estas pistas me han hecho pensar que usted la echa tanto de menos como ella a usted. Espero no pecar de presuntuosa, ya que con el tiempo me he dado cuenta de que es uno de mis pecados: creo que lo

sé todo y me suelo equivocar bastante. Esta vez lo he meditado mucho y la clave ha estado en una conversación que he mantenido con mi padre que me ha dejado atónita: usted es su único acreedor. El único. Que se haya tomado esa molestia significa una cosa: venganza. Venganza hacia mi familia por lo que le hizo, pero no a Tilly, que es, sin duda, un punto muy sencillo de atacar, sino a mi padre, que es un hueso más duro de roer.

Si mis deducciones son erróneas, deje de leer, lo que sigue le sonará a locura.

Pero si echa de menos a mi hermana y quiere saber qué ocurrió aquellos días en realidad, aquí estoy yo para explicárselo y también para poder ayudar. Si alguien en el mundo se merece ser feliz, son ustedes dos. Y creo que mi mano tuvo mucho que ver para arruinarlo todo. De buenas intenciones está empedrado el camino al infierno y mi piedra ya la habrán pisado unas cuantas almas desdichadas. Espero sepa entenderme y, si no lo hace, al menos, que pueda comprender a Tilly. A una joven Mathilda guiada por su hermana y sus ansias de estar con el hombre al que quería.

Cuando me enteré de que mi hermana le había prometido tiempo y que no interferiría en sus asuntos, me asusté. No sé si sabe que yo, antes de estar prometida con Shrewsbury, lo estuve con otro hombre. Uno al que llegué a admirar e, incluso, creí que podría amar con el tiempo. Nos prometimos, pero ocurrió un hecho insólito antes de romper el compromiso: me dijo que algo podría cambiar nuestros planes, que era posible que estuvieran a punto de desbaratarse y que esperara, que esperara por él, que lo arreglaría todo. Ya sabe el final de la historia. No hizo nada, solo dejó que mis esperanzas fueran creciendo para que doliese mucho más al final. Me casé con un hombre que me arruinó la vida.

Cuando se estaba acabando la temporada y usted no daba un paso, me entró un miedo atroz a que Mathilda corriera mi misma suerte. Casada con un hombre horrible en vez de, esta vez sí, al que amaba. Es tan raro estar enamorado, es tan raro ser feliz en un matrimonio, que quise luchar con ella, a su lado, para conseguirlo.

Así que la convencí de dos cosas: que su palabra dada hace tanto tiempo había perdido validez y que estaba bien luchar con todas las armas posibles para conseguir el fin deseado. Incluso convencida, no quiso hacer nada sin poder hablar con usted antes, pero fue tan complicado que consiguieran unos minutos a solas... Siempre aparecía alguien para fastidiarlo todo y, la última noche, Mathilda estaba ya desesperada. Sin poder casi cruzar una palabra, con mi padre amenazando con un hombre peor que Shrewsbury, pero con una renta muy superior, se lanzó al plan que yo le había ayudado a trazar para poder contar con su promesa de matrimonio en firme y no solo en palabras que se lleva el viento.

Lo ocurrido aquella noche fue una mezcla de desesperación y amor. Como sabrá, una de las mezclas más peligrosas, pues se puede conseguir el todo o la nada. Mi hermana consiguió la nada y también el todo. Nada que ver con usted, y el todo con la burla de sus pares.

Tilly tuvo la culpa, por supuesto, pero quiero que, por un momento, se ponga en sus zapatos, que la escuche, que entienda cómo se sentía. En ningún momento dejó que ella le diera una explicación y lo poco que dijo sé que lo tachó de mentira. Estaba escuchando tras la puerta. Haga el esfuerzo, por un instante, de ser ella, no de ser usted. Y compréndala. Tilly no se merece ser infeliz y creo que usted, Gabriel, tampoco.

Llegados a este punto, seguro que pensará que puede perdonarla, pero ¿qué más puede hacer? Recuperarla, darle la posición que se merece y, por Dios, hacerla feliz. Muy feliz. O, ahora que puedo, se las verá conmigo.

Puede ser que esta carta le suene a chiste y la lea ante sus amigos para mofarse de la condesa inglesa que ha perdido la cabeza y pide mucho más de lo que se merece su familia.

También puede ser que la tire al fuego sin abrirla siquiera o que la haya leído y haya pensado que es una estupidez y acabase en el fuego igualmente. O, quizá y solo quizá, puede que le haya removido algo por dentro y que quiera volver a ver a Tilly, comprender qué había entre los dos y darse una segunda oportunidad cinco años después, más maduros y asentados.

Si su opción es alguna de las dos primeras, no tengo nada más que decirle, señor Lawrence.

En cambio, si elige en la última, póngase en contacto conmigo a través de esta dirección y le contaré lo que creo que podemos hacer por mi hermana. Entre los dos podremos hallar la forma de llegar a ella.

Seguro que se pregunta que, si ahora que sabe la verdad, ¿qué le impide ir a ver a Mathilda e intentar arreglarlo todo sin contar conmigo? Nada, se lo juro. Hágalo si está tan seguro. Pero si esa seguridad no es completa, espero que me escuche y que entienda que, si todo esto llega a su fin, es para que estén juntos, saque a mi hermana del pozo oscuro en el que vive y le dé su posición en la sociedad. Ella se lo merece y usted también.

Si tiene alguna duda, estaré encantada de responder. Pues, si antes he dicho que Mathilda tenía culpa, yo también, no lo dudo. Y me gustaría enmendarla ahora que creo que es posible

Por favor, si en alguna ocasión ha pensado en lo injusto que es lo que ocurrió y que viva alejado de Tilly, creo que podremos entendernos. Si no, muchas gracias por su tiempo, encontraré otra forma de salvar a mi hermana, pero sé que no será feliz del todo si no lo perdona y vuelve con el hombre que ha amado siempre.

Recuerdos,

Lauren.

Os encantará



Segundo día en casa de los Raven, 1847

Gabriel no podía comprender cómo alguien tan maravilloso y trasparente como Tilly podía ser familia de una persona tan aberrante como su padre.

Había tenido el poco sentido común de amenazarlo. Delante de testigos. Que no se acercara a su hija. ¿No se daba cuenta de que con sus actos estaba poniendo a Mathilda en el disparadero? Seguro que esa mañana, solo unas horas después de la escena, estaría en boca de todos.

Gabe hubiese querido ir a hablar con Tilly, explicarle la situación, pero había recibido la llamada de un criado de los Raven para que bajase a una salita en concreto, ya que sus padres acababan de llegar.

¿Qué demonios hacían sus padres allí?

Abrió la puerta, nervioso y con prisa. Tenía que hablar con Mathilda.

—Te dejo un día solo y ya ocurre algo, Gabriel. No puedo confiar en ti. —El tono de su padre oscilaba entre la risa y el peligro.

—Juro que no fui yo quien empezó nada.

—Ya, ni has sido tú quien ha ido tras las faldas de la hija de Ellenborough. No sé cuántas veces voy a tener que repetirte que te alejes de ella.

—Padre, que el conde de Ellenborough lo engañase hace años no quiere decir que Mathilda sea igual.

—La rama no cae lejos del árbol, hijo. Créeme, solo te estoy librando de cometer un error garrafal.

—Mathilda no es así.

Su padre suspiró.

—Pruébalo.

—Solo tienen que hablar con ella.

—Y lo haremos.

—Como eres tozudo —dijo su madre con media sonrisa—, y no sabemos cómo hacerte cambiar de opinión, además de que al final seguro que te fugarías con ella, tu padre ha venido para conocerla mejor. Los Raven son sus amigos desde hace tiempo, así que estaremos en la fiesta con nuestra mejor actitud para conocer a tu Mathilda. Espero que no nos decepcione.

—No lo hará, padres. De verdad, ella es especial, la persona más especial que conozco.

»Os encantará.

De verdades y mentiras

3

Madrugada del segundo al tercer día, 1852

Dejó con rabia la carta y, sin pensarlo mucho, se dirigió en dirección a la habitación que había elegido Gabriel para dormir que, ella no lo comprendía, no era la principal, la que había usado su padre, sino una de invitados que rara vez había visto habitada. Lo mismo había influido que se hubiese traído sus muebles a la casa solariega.

Cuando llegó a la puerta, el enfado no había menguado; al contrario, seguía bullendo con peligro de estallar.

Llamó a la puerta una vez.

No escuchó nada.

—¡Gabriel!

Llamó a la puerta dos veces.

Nada.

—¡Ábreme!

Cuando fue a llamar la tercera vez, al fin se abrió, para dejar paso a un Gabe con cara de pocos amigos.

—No sabía si dejar que la tirases tú o abrir.

—Abrir, por supuesto, otra cosa no tiene sentido. Deberíamos hablar en la sala de estar.

—¿Por qué?

—Para poder tener cerca objetos que tirarte.

—Pasa, querida Tilly, aquí también encontrarás unos cuantos. Solo te pido que dejes los papeles en su sitio.

Pasó sin pensárselo dos veces. La habitación había cambiado. En ella había un escritorio lleno de documentos hasta arriba. Quiso preguntarle por qué no utilizaba el despacho, si la casa era suya, pero cualquier desviación del tema sería para peor.

—Explícame esta carta.

—Creo que se explica sola.

Mierda. El Gabriel que ella conocía no era parco en palabras; al contrario, las regalaba, junto a su sonrisa, con mucha facilidad. Sin embargo, el hombre que tenía delante parecía medir cada una de ellas, como si cada palabra tuviera un precio a pagar.

Respiró hondo, para calmarse.

—Explícame esta carta —la ondeó como si fuese una bandera—, por favor.

Tilly había aprendido que el orgullo, en ocasiones, no valía para nada.

No le había servido cuando su estómago había rugido tanto que no la dejaba dormir y tuvo que ir, en varias ocasiones, a casa de su vecina a pedir algo para comer. Tampoco cuando había tenido que regatear horas con los padres de sus alumnos para que pudieran seguir estudiando. Ni cuando, perdida sin saber qué hacer, se presentó ante su tía Georgiana para que la ayudara.

El orgullo es un bien que poseen unos pocos. Los demás, lo compran por tiempo.

—Hace unos meses tu hermana me escribió. Fue una sorpresa saber de vosotras. La carta, como habrás podido ver, habla por sí sola. Me gustó la idea de poner a cada uno en su sitio, sobre todo tras entrevistarme con ella en persona la primera vez, pero no estaba para nada de acuerdo con el hecho de que tú albergaras sentimientos hacía mí ni viceversa.

Gabriel se paró un momento, casi como si estuviese decidiendo si seguir o no. Sus ojos no paraban quietos por la habitación y, cuando se fijaron en ella, tomó una decisión.

—Desde que ocurrió nuestro incidente, no me he centrado en nada más que no fuese trabajar, pero tengo ganas de llegar a casa y no estar solo, de buscar una compañera de viaje. Y, para ser sinceros, Mathilda, ninguna me agrada porque la comparo contigo. No contigo, sino con la imagen que tengo de ti. Por lo que seguí el plan de Lauren, pero solo para poder abrir los ojos y darme cuenta de que de ilusión no se vive.

—¿Para qué decirme que te ibas a casar con ella? Es maldad pura y dura. Es cruel.

—No, fue idea de tu hermana. Creyó que jamás aceptarías pasar tiempo conmigo, de ninguna manera, ya que saliste muy mal parada la última vez que estuvimos solos. Pero que, quizá, si supieras que yo me iba a casar con alguien, entenderías que todo esto jamás fue una idea carnal, más bien espiritual. Y aceptarías con menos reticencia.

—Sigue siendo mezquino. A veces, me pregunto cómo le hemos hecho caso a Lauren y a sus ideas.

—Yo necesitaba estos cinco días, me pareció bien todo lo que te hiciera aceptarlos. Así son los negocios, el juego sucio también vale; da victorias.

Tilly negó con la cabeza. Ya no conocía a la persona que tenía delante. No sabía si le seguía gustando.

—Y, después de cinco días, mi hermana y tú seríais mis salvadores... ¡los que me sacarían de una vida horrible!

—Algo así.

—Escúchame bien, Gabriel. Yo me salvo sola. He logrado construir una vida sin ninguno de vosotros dos. No pienso perder la oportunidad que me has brindado, no soy tonta, pero con estos días doy mi deuda por saldada.

—Me parece justo.

Mathilda se paseó por la habitación, casi como si estuviera enjaulada, pensando si quería preguntarle algo más. Sabía que lo que realmente ansiaba preguntar no acabaría de darle ninguna información interesante.

Pero lo hizo.

—¿Y cómo va el descubrimiento de la Mathilda actual? ¿Mejor o peor que la joven?

—¿Quieres saberlo?

—Si no, no preguntaría.

—Mejor, mucho mejor.

Gabe se tiró de los pelos un momento, para restregar la palma de la mano por su cara.

—Ese es el problema, Tilly, que hace mucho tiempo que sé qué quiero de una mujer, y es gracias, en parte, a ti. Pero, ahora, después de conocerte algo mejor, me da la sensación de que

podría volver a enamorarme de ti y... —Cerró los ojos, como si aceptara lo que le iba a decir.

—¿Y?

—Y eso no es buena idea para ninguno de los dos.

«Yo me salvo sola».

Era la frase que más retumbaba en la cabeza de Gabriel. Tras su conversación, Mathilda se había marchado con la promesa de soportar estar a su lado hasta el quinto día.

Soportar. Sí, había elegido ese verbo. No pasar, disfrutar o cualquier otro que no tuviera un significado negativo.

Se había equivocado muchas veces, pero no quería volver a hacerlo con ella. No, Tilly no se lo merecía. Y la única manera de que pudiera salir algo bueno de todo ese entuerto era dejarla libre. Que se fuese al día siguiente a Londres a comenzar una vida nueva. Así, él podría acudir a la vieja con la convicción de que seguía queriendo a Mathilda, pero que estar juntos le parecía imposible.

Él necesitaba una mujer que lo ayudase en Boston, la mitad de una pareja real. Trabajando y viviendo todo juntos. Ella, en cambio, necesitaba alas para volar, para ver el mundo, para no volver a esconderse de nada ni de nadie.

Y la única forma de hacer honor a todos sus sentimientos era, sin lugar a dudas, dejarla libre.

Realizó el camino inverso al que había hecho Tilly un rato antes.

Fue hasta su cuarto.

Una vez allí, dudó si llamar o si marcharse. Pero no debía ser un cobarde, ya lo había sido gran parte de su vida para seguir en ese momento.

No tuvo ni que llamar, cuando la puerta cedió.

La imagen que se encontró al otro lado era desoladora. Mathilda estaba llorando sentada en la cama. Con las manos cubriendo su cara y el cuerpo convulsionando. Gabriel sabía que acercarse podría ser peor, que así se jugaba el rechazo más que posible de Tilly, pero no lo pudo remediar, necesitaba abrazarla tanto como necesitaba comer cada día.

—Tilly, ¿qué ocurre? —susurró a su oído, una vez que tuvo su cuerpo pegado al de ella.

—Ga-Gabe, no deberías estar aquí.

—Dejemos el deber a un lado. ¿Qué ocurre?

—Que me ha parecido todo tan injusto que no podía parar de llorar. Por ti y por mí hace cinco años, y por ti y por mí en estos momentos. ¿Para qué vale tanto daño?

—Para nada, para nada —casi cantó mientras la mecía—. He venido aquí para liberarte del pago del resto de días conmigo. Solo estamos en la madrugada del segundo al tercero y creo que lo mejor es que despidamos este estúpido encuentro aquí. Sé libre, Tilly, ve a Londres y empieza una buena vida.

—Oh, Gabriel, ¿es que no lo entiendes? —Él no se movió ni un milímetro de su lado—. Deseo tanto esa nueva vida que duele, pero también necesito estar contigo. Ahora que lo comprendo todo, que ya nada se interpone entre nosotros y la verdad... —Negó con la cabeza casi pegada al pecho de Gabriel—. La verdad puede ser tan dolorosa. Cuéntame qué pasó por tu cabeza para que no pudieras casarte conmigo y creo que yo también podré pasar página.

Gabe nunca había dicho que hubiese pasado página. No había día que no pensara en ella ni alguno en el que no se arrepintiese. Coger aquel barco a Boston fue un antes y un después, fue decirle adiós a la niñez y aceptar una madurez vacía y solitaria.

—¿Recuerdas aquellos días en Raven Hall? —Ella asintió, siempre pegada a él—. Mis padres acudieron el segundo día. Mi padre se había enemistado con el tuyo hacía mucho tiempo, en su época de estudiantes. Era su mejor amigo, o lo más parecido que tenía. Cuando fallecieron mis abuelos, se quedó mi padre como heredero, y su hermano, solo un año menor, decidió unirse al ejército. Todo le vino grande, según me contó. Y confió en tu padre para que lo ayudara con las fincas, las inversiones y demás. Nunca pensó que tendría que hacerse cargo de todo eso tan pronto.

»Y tu padre lo engañó. Tanto que acabó en bancarrota y perdiendo los bienes familiares.

—Cuánto lo siento. Mi padre, en ocasiones, puede llegar a ser mezquino.

—Yo solo sé que, desde entonces, le tiene un odio profundo a tu familia. Emigró a Estados Unidos, donde un hermano de mi abuela tenía una pequeña empresa. Empezó con él y luego formó la suya. Conoció a mi madre y, según me contó, cuando nació yo, ya creyó cerrada la etapa con Inglaterra.

—Entonces —dijo Tilly levantando la cara y secándose las últimas lágrimas—, ¿para qué mudarse al lado de una de sus posesiones? No lo comprendo.

—Arrogancia, quizá. Insolencia, no sé. Era su forma de decirle: «¿Ves? Ahora soy mucho más fuerte y he superado todo aquello con creces». Sin tener ni que dirigirle la palabra. Arregló la casa en un tiempo récord y creyó que mandándome lejos un tiempo podría recuperarme de la muerte de Arthur.

—Oh, Gabe, lo recuerdo. Recuerdo perfectamente tu dolor al hablar de él.

—Y seguro que nunca pensaron que llegaría a enamorarme de ti.

—Desde luego que no.

—Por eso, tú eras la última mujer con la que querrían verme casado. Tú eras tu padre. Solo me querías por el dinero. Sin más. Por nada más. Y serías capaz de hacer cualquier cosa para meter mano en los bolsillos de los Lawrence. Me machacaron durante ese año con lo infantil que era mi *capricho* por ti y que eso pasaría. Total, ¿de cuánto nos conocíamos? Unos pocos días en unos veranos pastosos y calurosos. Ellos no sabían nada de nuestra correspondencia ni yo se lo iba a contar.

»Para mí, en cambio, era la mayor aventura de mi vida. Y quería estar contigo. Así se lo dije. En el fondo, Mathilda, yo te había elegido a ti. Ellos accedieron a darte una oportunidad a ti, a mí Tilly, no a la hija de Ellenborough, pero ya sabes todo lo que ocurrió aquellos días.

—Gabe..., yo solo los veía como un obstáculo para nosotros. No me despertaban ningún tipo de simpatía y me dejé llevar por la rabia en varias ocasiones.

—Ese no hubiese sido el problema. Mis padres comprendían la situación a veces mejor que nosotros mismos. Y hasta me llegaron a decir que eran chiquillerías. El problema llegó aquella noche, cuando te colaste en mi habitación, cuando admitiste...

—Que todo había sido un plan premeditado, que tenías que agradecerme.

—Exacto. Ellos vieron en ti a tu padre, que con artimañas había engañado al mío. Sabíamos que, por aquella época, ya se encontraba escaso de capital, que tiraba del marido de tu hermana cada vez que podía, y mis padres pensaron que tú eras igual de fría y que solo me querías por eso...

—Por el dinero...

—Un dinero que salvaría a tu familia de la ruina. Y que yo, como parte de la misma, no me negaría a dar. Estaban tan convencidos que incluso le preguntaron a tu padre.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—A la mañana siguiente nos entrevistamos con él. Nos confirmó que todo había sido un plan

orquestado por los tres: él, tu hermana y tú. Y nos pidió que saldáramos una cuenta muy importante si yo quería, tan siquiera, pedir tu mano.

—Dios santo...

—Entre eso y tu confirmación la noche anterior, mis padres no lo pudieron soportar y me llevaron con ellos. Yo me convencí de que, tras la temporada, habías cambiado. Nunca quise mancillar el recuerdo de los otros veranos aquí, en Kent. Y ese ha sido mi problema.

»No puedo olvidarme de ti, Mathilda.

Ella se acurrucó de nuevo en su abrazo.

Esperaba que ella tampoco pudiera olvidarse de Gabriel.

—Duerme conmigo esta noche —susurró Tilly.

—¿Cómo?

—Solo dormir. Duerme conmigo esta noche. Mañana lo veremos todo de otro color.

La búsqueda del tesoro



Tercer día en casa de los Raven, 1847

Tras comprender que sus padres, por mucho que estuvieran en contra de su decisión, siempre estarían con él, y después de un par de intentos de llegar a Mathilda, un poco ensombrecidos por su padre y por las circunstancias, Gabriel encaró el tercer día con una sonrisa, aun con las insinuaciones de Ellenborough sobre él, su familia y sus intenciones.

Los Raven habían planeado un día al aire libre que se vio truncado por una llovizna que hacía imposible la búsqueda del tesoro o cualquier juego. El barro estaba haciendo su aparición, por lo que pidieron a sus invitados que se reuniesen en una sala amplia mientras los criados reorganizaban la búsqueda del tesoro dentro de la casa.

En la estancia, no paró de burlar la vigilancia del padre de Tilly regalándole alguna sonrisa, a la que ella siempre correspondía. Durante la temporada, habían estado completamente separados, no parecían ellos dos, pero ese ambiente de campo parecía hacerlos volver a casa, a sus orígenes, al Gabriel y a la Mathilda que se enamoraron durante unos días calurosos en Kent. Y él estaba más que encantado.

—Deja ya ese juego, Lawrence, que al final toda la sala solo estará pendiente de vosotros.

—Pembroke —le dijo a su amigo—, podría decir lo mismo de la mayor de las hermanas Miller. No te quita ojo.

—Esa es la idea, amigo.

Se alejaron un poco del foco de su distracción. Gabe no quería poner a Tilly en un compromiso; suficiente había hecho ya su padre el primer día. Vio como, cuando ella se alejó para coger una bebida, su madre fue a su encuentro.

—Lawrence, ¿qué hace tu madre?

—Ya te lo he dicho, van a darle una oportunidad. Quizá durante estos días en el campo se anuncie un compromiso.

—Lo mismo son dos.

Gareth, el amigo de Gabe, volvió a observar de reojo a la señorita Virginia Miller, casi convencido de que diría que sí a la proposición que le había hecho en Londres. Así se lo había hecho saber a Gabriel, ya que, durante esos días en el campo, tendría que dar su respuesta. Pembroke era positivo por naturaleza y por su cabeza no pasaba una negativa.

La conversación entre Tilly y su madre no fue del todo bien. Gabe iba a preguntar, cuando

apareció lady Raven y pidió su atención.

—¡El juego está dispuesto, amigos! Ahora pasaremos a hacer las parejas. En esta bolsa está el nombre de las damas y en esta el de los caballeros. Una mano inocente emparejará. ¡Mildred! —llamó a su hija—. Tú eres la mano inocente.

Parte de la sala rio encantada con la ocurrencia.

Mildred tuvo una mano nefasta, ya que se emparejó con su propio hermano, algo que seguro a sus padres no gustó. A Tilly, con un caballero que él no conocía y al propio Gabe, con Virginia Miller, mientras que Gareth tuvo que hacer dúo con su hermana.

—¿Podemos cambiar de pareja? —le preguntó su amigo justo antes de comenzar.

—Bien sabes que no. ¿Tienes miedo a que te la robe?

Puso los ojos en blanco.

—Suficiente tienes tú con lo tuyo.

Gabriel no había tenido ocasión de conocer a la señorita Miller, más que de algún baile y de unos comentarios superficiales. Sin embargo, cuando comenzó el juego, observó que era competitiva y muy inteligente. Entendía que su amigo se hubiese quedado prendado de ella.

Consiguieron las tres primeras pistas casi sin esfuerzo gracias a los conocimientos de la señorita Miller. ¿Qué había hecho él durante sus años de universidad? En ese momento no lo recordaba.

Para la cuarta pista, Virginia entró a una sala privada de mujeres, por lo que Gabe decidió quedarse fuera. Ella se las apañaba tan bien que su presencia era casi decorativa. Se sentía un jarrón.

En ese momento, Tilly, algo perdida, se encontró con él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. Esta es la zona de mujeres.

—No puedo dar una pista a una contrincante.

—Vaya... yo voy por la tercera, pero he tenido que ir al excusado, mi acompañante me espera.

Así que por aquí hay otra...

—No me sacarás información —susurró acercándose a ella.

—Ya, seguro.

Tilly se puso de puntillas y rozó sus labios. Gabe, que había deseado tanto ese momento, no se pudo resistir y la besó con todas sus fuerzas. Le dio la vuelta y la apoyó en la pared. Daba todo igual, las pistas, el tiempo, el lugar, la lluvia que se escuchaba de fondo. Todo. Absolutamente todo.

—Gabriel.

La voz imperiosa que lo llamó fue la de su madre.

Se separó con desgana del cuerpo de Mathilda. Se arregló, mientras ella hacía lo mismo y sonrió.

—Madre.

—¿Así es cómo queréis arreglar esto? ¿Montando un escándalo que avergonzaría a vuestras dos familias para siempre?

—Por Dios, madre, no sea dramática. No hay nadie en este pasillo. Esa nunca ha sido nuestra intención, ¿verdad, Tilly?

—Dirás lady Ellenborough —corrigió su madre.

—Por supuesto, ¿verdad, lady Ellenborough?

—Sin lugar a dudas, señor Lawrence. Créame, señora Lawrence, lo único que queremos es estar juntos.

—Pero hacedlo bien, sin subterfugios; si no, nada bueno podrá salir de todo esto.

La frase de su madre sonó a profecía de la Sibila. Mathilda se despidió y se fue con su acompañante, mientras Gabe y su madre esperaron a Virginia, que salió con la pista, muy sonriente.

Gabriel y Virginia ganaron la competición.

El día había sido casi perfecto. Había podido besar a Tilly, y ella había comprobado que sus padres ya no serían un obstáculo.

Nada podía salir mal.

Ten cuidado

4

Cuarto día juntos, 1852

Como si el tiempo de aquel agosto quisiera emular el de cinco años antes, también se puso a llover. Mathilda no recordaba un clima tan cambiante en los últimos tiempos. Pero parecía que se habían alineado las nubes para que ellos pasaran más horas dentro de la casa, conociéndose un poco mejor.

Quisieron estructurar el día igual que el anterior, algo que la señora Castle reprobó con la mirada a Tilly en cuanto se la cruzó. Una mañana remoloneando en la cama, juntos, pero sin haber sido amantes, solo uniendo susurros y abrazos. Una tarde de juegos en la sala, donde fueron saliendo sus mejores secretos y una noche en el salón compartiendo intimidades.

Aquel cuarto día, Tilly se encontraba ya tarde esperando a Gabe, que había recibido un mensaje de Londres urgente que debía atender. En ese momento, ya no se planteaba si había hecho bien o si había hecho mal. Solo sentía que estaba viviendo por primera vez en mucho tiempo. Que respirar era mucho más sencillo que antes. Y que, cada mañana que se levantaba al lado de Gabe, podía elegir qué hacer con su vida. Algo que no había sentido en mucho tiempo, por no decir nunca.

Pero Tilly había aprendido que la felicidad así no era duradera. Era momentánea. Había que exprimirla, saborearla y aprovecharla. Luego ya vendrían las preocupaciones.

Sonreía como una boba mientras observaba el cielo gris y la llovizna de verano. Que eran las mejores. Las que, cuando paraban, la dejaban pasear bajo el olor de la tierra mojada y le hacían recordar los años de niñez donde ni una sola preocupación se cruzaba por su mente.

Gabriel entró en la estancia algo alborotado.

—¿Qué ocurre? Te falta farfullar.

—Mi madre. Mi santa madre. Se ha presentado en Londres, no sé muy bien la razón. Y ha mandado un recado para que me reúna con ella lo antes posible... Y no para hablar conmigo, no, señor. ¡Contigo! Quiere, literalmente: «Cruzar unas palabras con lady Mathilda cuando acabe vuestro absurdo tiempo juntos».

»¿Te lo puedes creer?

En otra vida, algo así podría ser un escándalo o una locura, pero a Tilly le dio la risa.

—¡No te rías, que me río! —gritó Gabriel. Se puso a su lado y se dejó contagiarse del buen humor de Mathilda.

—No tengo inconveniente en reunirme con tu madre, pero una cosa te digo —le advirtió con

una sonrisa en la boca—: no soportaré ni un desplante ni una bronca por lo que estamos haciendo ahora, Gabe.

—Y me parecerá perfecto.

Él le besó la mano y se quedaron un buen rato observándose el uno al otro.

El tiempo no había sido del todo generoso con Gabriel. Tenía unas pequeñas arrugas en la cara, que se acentuaban por su delgadez. Siempre tenía dos bolsas negras colgando de los ojos, que hacían de su aspecto algo siniestro cuando sonreía con sorna. Y sus ojos, en ocasiones, habían perdido esa sinceridad y ese buen humor del que Tilly se había enamorado. Echaba de menos aquellos ojos marrones que sabían sacarle cualquier confesión.

Tilly había insistido en que esa noche durmieran separados.

Gabriel sabía que no podía estirar más su suerte.

Suficiente poder haber dormido con ella dos noches seguidas.

Se sentía bien a su lado, pero también debía hacerse a la idea de que su tiempo juntos estaba llegando a su fin.

Decirle adiós a Mathilda por segunda vez le volvería a partir el corazón.

Gabe sabía que no podría descansar bien esa noche. Al día siguiente, todo se esfumaría. Así que decidió seguir revisando el último informe del trimestre de cuentas que se había llevado desde Boston. Era aburrido y tedioso, pero también la única forma de controlar el negocio de importación y exportación que había creado su padre, que tan bien funcionaba y donde tenía empleada a parte de la familia.

Las cifras y las cuentas se perdían un poco cuando pensaba en el pelo de Tilly, tan sedoso y brillante, del color del sol al amanecer. O en sus labios o en esas ideas que tenía que cada vez le parecían más factibles.

Se paró en seco en una línea de números. Dejó una marca y la pluma en el plumero. ¿Cómo iba a encontrar una compañera de camino a la altura de Mathilda? Inteligente, independiente y perspicaz. Iba a ser una misión imposible. Seguro que su madre insistiría con la última dama que le había presentado; según ella, era la única en todo Boston que podría colmar sus expectativas.

Victoria Spencer bien podía cumplir esos requisitos. Pero no era Tilly. Tampoco quería sumar a alguien más dentro de su agonía. Lo mismo si lograba llegar a un buen acuerdo con ella...

Sonó la puerta de forma leve. Dos golpes. Como aquella vez.

Gabriel no tuvo ni que levantarse del asiento cuando Tilly apareció en su habitación. Casi como si se encontrase con un fantasma del pasado, ella estaba vestida solo con el camisón, el pelo suelto y se aferraba a la puerta como si pudiera cambiar de opinión y salir corriendo. Lo mismo que había ocurrido cinco años antes en Raven Hall.

—Mathil...

—No pretendo recordarte ese momento, para mí tampoco es grato. Pero quiero despedirme de ti. De mí y de ti, de ese concepto del que fuimos parte. Cerrando el círculo.

Gabe no supo qué responder.

—Hazme el amor, Gabriel. Prometiste que no me tocarías sin mi permiso y lo has cumplido. Ahora te lo pido yo. No hagas que...

Gabe se levantó, haciendo algo de ruido con la silla. Si había pensado que no podía estirar más su suerte, se había equivocado. Lo único que deseaba, después de esa noche, era no tener que suplicar a Tilly para que se quedase con él. O mandarlo todo bien lejos para estar con ella.

Mathilda se acercó y se puso de puntillas para despeinarlo un poco y, al final, plantarle un beso en la boca. Ella llevó la iniciativa, en todo momento. Y Gabriel, casi como si todavía no supiera cómo reaccionar, se dejó.

Acabaron en la cama. Un lío de brazos, besos, jadeos y anhelo. Tras acariciarse como no lo habían hecho en tiempo, casi estudiando cada parte de su cuerpo otra vez, o comparándola con la de años antes. Ella decidió tomar las riendas y jadear encima de él. Todo lo contrario de aquella primera vez en Raven Hall, donde fue él quien tuvo que guiarla por ese mundo desconocido para ella.

Terminaron cansados, con una sonrisa en la boca y, cuando Gabriel quiso hablar, ella lo paró con un beso. Luego negó con la cabeza y se quedó dormida en su regazo.

Gabe, como ya había supuesto antes, no pudo dormir de los nervios, ni quiso perderse un segundo de tener a Tilly entre sus brazos otra vez.

Pérdida de la razón

IV

Cuarto día en casa de los Raven, 1847

¿Qué había hecho?

Era la última noche en Raven Hall. Su padre le había advertido que, tras la vuelta a casa, le presentaría a su futuro marido. Para colmo, no había podido ni hablar con Gabriel y su única confidente fue Lauren, que la había animado a seguir su plan.

Seducir a Gabe.

Según Lauren, era algo muy sencillo, los hombres casi se seducían solos. Y lo peor fue que tenía razón. Esperó a que Rebecca se durmiese para poder salir de la habitación. Nunca había sido tan sigilosa en toda su vida. Sabía dónde dormía Gabriel, pues Lauren se lo había contado en la cena. Antes de llamar dos veces a su puerta, de la que salía un hilo de luz, rezó por no equivocarse y encontrarse con cualquier otro. Se dio prisa, claro, no quería ser vista, ¿o sí? ¿No era ese el plan? Cuando Gabe abrió, la metió raudo y le preguntó qué hacía allí, que si estaba loca, pues podrían pillarlos. Tilly, con mucho cuidado, se puso de puntillas y lo besó en los labios con cuidado. Gabriel sabía a algún licor de hierbas y a él mismo, que no era poco.

«Te quiero y no tenemos mucho más tiempo», le dijo Mathilda.

Lo demás fue, tal y como había dicho Lauren, sencillo. Sus cuerpos se conocían y querían más el uno del otro. Disfrutó de cada caricia, de cada beso y de cada instante de intimidad conseguido entre ellos. Esa debería ser la verdadera felicidad.

En cambio, en ese momento, mientras Gabriel intentaba tajarla con su cuerpo, mientras sus padres, el de Tilly, Lauren y su esposo y los Raven escuchaban su explicación, ella no sentía más que tristeza.

¿Qué había hecho? ¿Por qué lo había hecho así?

—... no pasa nada —decía Gabe—. Nos vamos a casar.

—¡Faltaría menos, muchacho! —gritó lord Raven.

Lauren sonreía y asentía con la cabeza. Algo que no pasó desapercibido para los Lawrence, bastante recelosos por la situación.

—¿Podemos hablar con nuestro hijo y con lady Mathilda un momento a solas?

—Por mi parte no hay ningún problema —dijo lord Raven—. Mientras que no hagan cambiar de opinión al muchacho. Aunque aquí solo estemos nosotros, casi toda la casa se habrá enterado de esto para mañana a la hora del almuerzo. Eso es así —dijo con pena—. Y, como comprenderán,

no es el broche final que queríamos para nuestra fiesta campestre. Más vale que se casen o habrá consecuencias.

Todos se retiraron al pasillo, dejando a los Lawrence con Gabe y Mathilda.

—¿Qué ha pasado esta noche? —preguntó su padre.

—¡Padre! ¿No querrá...?

—Ahórrame los detalles, Gabriel. Solo quiero saber cómo ha llegado lady Mathilda a tu habitación.

—Y a tu lecho —apuntilló Violet.

—Eso no importa...

—Sí que importa. Importa y mucho, Gabriel. Cuéntanoslo.

Los dos comenzaron una pelea verbal que no tenía sentido. El señor Lawrence quería saber cómo había llegado Tilly, mientras que Gabe no quería decirle nada. ¡Tampoco era para tanto!

—Yo... —susurró Mathilda, y todos se callaron—. Yo vine sin que Gabriel lo supiera.

—¿Y eso por qué, querida? —preguntó Violet con mucha suavidad.

Tilly se sintió algo mareada. La que debía ser la mejor noche de su vida se había convertido en un fracaso cuando alguien se había levantado y los había escuchado reírse en la cama. ¿Por qué se habían reído? Al menos no los habían cogido en pleno acto. Para colmo, tenía que haber sido el criado personal de lord Raven el que pasaba por su puerta, por lo que avisó a su jefe, por supuesto, pero también se lo habría contado a los criados de todos los demás invitados.

—No pude hablar con él durante todo el día... y yo... no podía dejar que se fuera.

—Sin hablar conmigo, yo fui quien tomó la iniciativa. Mathilda es inocente de toda acusación, la culpa es mía.

Gabriel mintió por ella. Sus padres pusieron cara de no creerse nada.

—Vine yo por propia voluntad y yo me entregué a él. Solo quiero casarme con Gabriel.

—¡Lo sabía! —gritó el señor Lawrence.

Mientras sus padres se pusieron a hablar, Gabe se quedó observándola con una mirada extrañada, casi dolida.

—Tilly...

—Gabe, mañana era el último día. O hacía algo o te marcharías y yo me casaría con cualquiera que mi padre hubiese buscado.

—¿Hacer algo?

—Sí, bueno, Lauren y yo hablamos de esto.

—¡Lo planearon! —gritó el señor Lawrence muy enfadado. Continuó hablando, pero ella solo tenía ojos para Gabriel.

—No tenía otra opción...

—Sí, sí que la tenías. Me prometiste que me darías tiempo. Yo no iba a dejar que nos fuésemos sin hablar, sin concretar algo, ¿por qué has tenido que hacer esto?

—Mi padre me ha dicho que, cuando volvamos a Londres, ya tendré un prometido.

—¿Y ese no podría ser yo? Mañana íbamos a hablar con él, para hacerlo entrar en razón, pero ahora es...

—Ahora estás obligado, hijo, tenemos que atenernos a las circunstancias. Lady Mathilda ha sido más lista y ha provocado esta situación.

—¡Yo no lo he provocado!

—¿Y qué pretendías colándote en la alcoba de mi hijo en una fiesta llena de invitados?

Tilly titubeó. Esperó una defensa por parte de Gabe que nunca llegó y habló sin pensar.

—Lo que ha ocurrido, pero sin público, la verdad. ¡No entienden la importancia de la

situación!

Los tres Lawrence se observaron entre ellos, dejándola fuera de lo que fuese que creían.

—Bueno —comentó Violet—, gracias por su honestidad, lady Mathilda. Ahora no importa. Tendrán que casarse.

Esperaré

5

Quinto día juntos, 1852

Como si Gabriel hubiese asumido que el adiós era inevitable en todos los sentidos, pasaron la mañana juntos, pero, nada más almorzar, salieron camino a Londres. La señora Castle se despidió de ella con un abrazo, como había ocurrido aquella vez que se había marchado repudiada por su familia. Aunque en esa ocasión observó más pena en sus ojos.

Como si supiera que había caído dos veces en la misma piedra y no se pudiera levantar.

Se sentó en el carruaje, esperando que Gabe, como en el último viaje, estuviera un tiempo a caballo y otro dentro con ella. Se equivocó. Él se sentó frente a Mathilda y golpeó el techo para que se pusiera en marcha.

—Me alegra que quieras pasar este rato conmigo.

—Es casi como someterme a una tortura voluntariamente —confesó—. Pero tengo algo que preguntarte.

—Adelante —le dijo, bastante curiosa.

—La última vez que estuvimos en este carruaje, te pedí que me contaras qué habías hecho los últimos cinco años. Ahora me gustaría saber qué piensas hacer los próximos cinco.

—Responderé, solo si jugamos los dos.

—Por supuesto.

Mathilda se quedó callada durante un momento. Tenía que ordenar las ideas. Ver dónde se veía ella durante los cinco años siguientes no era sencillo. Su vida había cambiado tanto en poco tiempo que no sabía qué sería de ella a largo plazo.

—Espero poder vivir durante los primeros en algún hogar para señoritas trabajadoras que sea limpio y donde la dueña sea simpática. Hacer unas cuantas amigas y no perderlas cuando, al fin, pueda viajar por trabajo. Más tarde, lo mismo podría alquilar un lugar separado, como un piso, con alguna de esas amigas. Eso sería genial. Aunque sé que es difícil. O bien sola, ¿quién sabe?

—¿Y del trabajo? ¿Qué esperas del trabajo?

—En lo laboral, espero que me apasione todo lo que vaya a hacer en el museo. Virginia, que será mi jefa directa, seguro que me hace la transición fácil. Con el tiempo, espero tener la oportunidad de encajar, que no me vean solo como la chica que hace el té y que me den responsabilidades. Y viajar, claro, poder viajar y conocer otras culturas.

—¿Y sentimentalmente?

—¿Sentimentalmente? Espero poder reconciliarme con Lauren en algún momento.

—¿Solo eso?

—Solo eso. No puedo perdonar a mi padre y hace tanto que no veo a Adam que no sé ni tan siquiera si está vivo o muerto.

—Yo me refería...

—Ya, sé a lo que te referías, pero no. No espero encontrar un marido. ¿Y tú?

Aunque había sido Gabriel quien había formulado esa pregunta y, con seguridad, podría haber ideado la respuesta antes, también se lo pensó. A Tilly los segundos se le hicieron interminables.

—Me gustaría diversificar la empresa que fundó mi padre. Actualmente, es una empresa de trasportes, pero algunos dividendos querría invertirlos en el negocio de un amigo que se dedica a la restauración y mantenimiento de edificios. Le va casi bien, solo necesita una inyección pecuniaria.

»También voy a descansar más, a no tomarme todo tan a pecho y a esperar un poco más de la vida.

Se quedó callado, como si no quisiera cerrar la pregunta que había formulado.

—¿Y sentimentalmente?

—Espero estar casado con alguien a la altura.

Llegaron a Londres pasada un poco la hora de la cena. Gabriel insistió en que todavía estaban en su quinto día y que, para poder apaciguar a su madre, lo mejor sería cenar con ella. En su casa. Tilly, que había sido criada como una dama bajo la atenta mirada de Rebecca, insistió en que no estaba vestida para la ocasión y que el viaje había sido largo.

—Deberías verlo de esta manera: así lo cerramos todo de golpe —arguyó Gabe, pero sin exigir, solo como una petición.

—Tu madre va a pensar que no tengo modales.

—Créeme, Tilly, mi madre no se fijará en eso.

Quería creer a Gabriel, pero la Violet Lawrence que había conocido ella sí se fijaría en todos esos detalles. La recordaba una dama altanera y taimada, que nunca hablaba sin tener segundas intenciones en sus frases. Antes de entrar a la casa intentó adecentarse, pero era imposible. Estaba más que segura de que, cuando volviera a casa del hermano de Rebecca, esta la regañaría por haber hecho esa estupidez. Luego, Tilly le recordaría que ya no era una señorita ni su pupila, Becca bufaría y las dos se reirían. Pero eso solo ocurriría después de ver a la madre de Gabe.

Mathilda nunca había pisado la casa de los Lawrence en la ciudad. Y era espectacular. Parecía que la hubieran reformado poco tiempo antes, ya que todos los muebles eran actuales y a la moda, nada que ver con los anticuados que había en la que fue su casa de campo.

La madre de Gabriel los estaba esperando sentada en una sala donde, según creía Tilly, comería la familia. Lejos de lo que ella pensaba que iba a ver, Violet Lawrence parecía una mujer derrotada. Quedaba el porte, por supuesto, con eso se nacía, pero algo en ella se había apagado. La vio pequeña, casi enjuta, y con verdadera felicidad en la cara por ver a su hijo.

—Madre. Debes perdonar nuestro aspecto, llegamos directos de Kent.

Aunque la casa solariega se encontraba más cerca de Londres que de Canterbury, todavía eran casi seis horas de viaje en carruaje que cansaban a cualquiera.

—No hay problema, querido. —Violet se levantó y le dio un beso en la mejilla—. Te veo muy bien —susurró, pero Tilly pudo escucharlo con claridad; luego se giró para dirigirse a ella—. Gracias por aceptar esta proposición tan extraña, lady Bettesworth.

—Ya no utilizo el título, y es un placer verla, señora Lawrence.

—No importa que no lo use, milady, lo tiene, y yo soy quien decide utilizarlo.

No podía decir que no a eso.

—¿Queréis asearos? A la vuelta estará la cena.

Llevaron a Mathilda a una habitación bastante agradable, seguramente de invitados, para que pudiera acicalarse. A la vuelta, Gabe ya estaba en la sala y hablaba con su madre a media voz. Los dos se miraban con complicidad. La mano de Violet estaba agarrada al brazo de su hijo, como si, más que una persona, fuera un punto de apoyo imprescindible para que pudiera continuar. No quiso espiar, como había hecho con Rebecca, por lo que carraspeó con suavidad en la puerta. Los dos se sobresaltaron un poco, aunque pronto se recuperaron.

—¡Bien, ya estamos todos! —dijo con una voz algo atiplada y fingida Violet.

Tilly no sabía bien qué esperar de esa noche, pero sí sabía que no sería algo común.

La conversación, en un principio, giró en torno a la comida y a los cinco años que habían pasado desde que la madre de Gabriel había pisado Londres. Cuando acabó la cena, Mathilda estaba cada vez más asombrada. ¿Para qué quería la señora Lawrence verla si luego la conversación era anodina?

Al terminar, los tres se levantaron. Tilly creyó que sería ya hora para despedirse, pero no.

—Gabriel, querido, ve a fumar o a beber o a lo que quieras a la habitación contigua, luego puedes venir para recoger a lady Mathilda y llevarla a su casa.

Cuando se quedaron a solas, Violet la acompañó a un salón donde había varias bebidas. Ella se sirvió, pero Tilly no quiso tomar nada más. Estaba cansada, se sentía sucia y solo quería acabar con todo eso y llegar a su cama y descansar.

—Lady Mathilda, voy a ir al grano, ya que creo que está deseando acabar la velada.

¿Tanto se le notaba a Tilly?

—Pero antes, déjeme que divague un poco. No tardaré mucho.

—Por supuesto.

Violet bebió un sorbo de jerez, respiró y continuó.

—Bien sabe que yo solo he tenido un hijo. Mi familia más cercana se centró en mi esposo y en Gabriel. Siempre intentando protegerlos del mundo. Creo que ya conoce lo que ocurrió con Arthur, ¿no?

—Sí, Gabriel me lo contó. Para él fue un antes y un después en su vida.

—Desde luego. Al principio, cuando mi hijo volvió a sonreír, lo agradecí tanto que no me importaba mucho saber quién le había sacado la sonrisa, solo que había vuelto a ser él. Luego creí que sería alguna criada, ya que no quería contarnos nada de esa persona. Sin embargo, cuando al fin nos contó que era por la hija pequeña del conde de Ellenborough ya se me había pasado ese agradecimiento interno y no lo pude soportar.

»Si a mi hijo lo había marcado la muerte de Arthur, a mi marido lo había marcado la relación con su padre. Se acordaba de él y algo cambiaba, algo bullía por dentro, y en mí creció un odio a su familia. Y por eso quería mantener esta conversación. Lo siento, lady Mathilda. En aquel momento metí a toda su familia en un saco y lo cerré. Que Gabriel no se casara tras lo ocurrido fue un alivio. Y no pensé en lo que estábamos haciendo con su vida. Y no es justo.

Tilly no supo qué decir.

—Sé que la proposición de mi hijo ha sido inaudita. Espero que la haya respetado, pero aquí va mi proposición, lady Mathilda: si necesita algo, aquí me tiene como aliada.

—¿A qué se refiere?

—Han pasado cinco años, y mi hijo no ha podido pasar página, me pregunto si usted...

—Yo sí la he pasado.

—Bueno, es una lástima. Aunque mi proposición sigue en pie. Voy a alejarme un poco de Boston, lo necesito, y me quedaré en Londres al menos hasta Navidad. Así que aquí voy a estar. No se puede resarcir el pasado, pero yo, al menos, necesito dejarle en la mesa mi proposición.

Se lo agradeció, y siguieron calladas hasta que Gabriel apareció y se llevó a Tilly de esa casa. En el trayecto a la casa del hermano de Rebecca, Mathilda ya no podía más. Estaba tan cansada que no pudo asimilar todo lo que había ocurrido.

Cuando al fin se paró el carruaje, se preparó para bajar, aunque antes, Gabe le sujetó el brazo.

—Tilly... antes de marcharte...

Ella se acercó y le dio un beso en los labios, cálido, tranquilo y con sabor a despedida.

—Adiós, Gabriel.

Él apretó su mano y dejó algo en ella, luego la cerró en forma de puño.

—Adiós, Mathilda.

No



Quinto día en casa de los Raven, 1847

A Tilly no la habían dejado salir en todo el día de su habitación. Solo Rebecca y Lauren habían podido entrar a verla. La primera se había quedado a su lado, la segunda solo unos minutos.

—Oh, Tilly, lo siento tanto, mi esposo dice que nos tenemos que ir ya, que solo pase a despedirme.

—Lauren..., cuéntame qué sabes. Me voy a casar con Gabriel, ¿verdad?

—Seguramente sí, pero yo no lo sé. Ahora me tengo que ir o será peor. Sabes que siempre me tienes a tu lado, ¿no? Haré todo lo que pueda por ti.

—Pero ya es casi la hora de almorzar y nadie me ha dicho nada, ¿qué está ocurriendo?

—No lo sé.

Lauren mentía y Mathilda lo sabía. No podía mantener su mirada fija en sus ojos y sus respuestas eran esquivas.

—Lauren, por favor...

Ella bufó, observó la puerta a sus espaldas y asintió.

—Mathilda, los Lawrence han abandonado Raven Hall casi a primera hora de la mañana. Creo que eso significa que te dejan sola ante los leones.

—No creo, debe de existir alguna buena razón...

—La única buena razón es la que te comento. Gabriel no se va a casar contigo. Siento dejarte en manos de padre, pero me tengo que marchar o mi esposo me las hará pagar. Nos vemos en Londres, Tilly. —Lauren acercó su frente a la de su hermana—. Siempre podrás contar conmigo —susurró.

En ese momento, alguien llamó a la puerta. Era un criado llamando a su hermana.

La despidió con un nudo en la garganta.

Mathilda se quedaba sola.

Lauren tenía que marcharse.

Su padre nunca la había entendido.

Rebecca la observaba con mirada de lástima.

Gabriel no se iba a casar con ella.

Correspondencia



Londres, Inglaterra
12 de septiembre de 1852

Gabriel,

Es raro no tener que escribirle a Gabriella. A veces creo que toda nuestra relación se basó realmente en unas cuantas cartas y en unos cuantos paquetes enviados con miedo a ser interceptados. Que todo lo demás han sido solo fuegos artificiales.

Pero no, no lo han sido. O sí, pero han significado mucho más. Han sido, en ocasiones, heridas abiertas y en otras cerradas. Aunque heridas, al fin y al cabo.

Me he pensado mucho si comenzar lo que sé que será, sin lugar a dudas, una correspondencia entre los dos. ¿No hubiese sido mucho mejor, amigo mío, haber dejado las cosas tal y como estaban? Hemos disfrutado, a veces más y a veces menos, esos cinco días juntos. Hemos sufrido, en ocasiones, cinco días juntos. Cinco días y nada más. ¿No era ese el trato?

No separan tantas millas... que retomar el contacto parece que incluso puede llegar a hacernos daño. ¿No cree? Pero lo peor de todo es que me apetece hacerlo. ¡Romparamos el trato! Entre nosotros, las promesas no siempre han sido nuestro fuerte.

Y también quiero decirle que me encanta mi trabajo, aunque Virginia parezca que siempre está al borde de un ataque nervioso.

Abrazos,
Mathilda.

Boston, Massachusetts
27 de septiembre de 1852

Mi querida Mathilda,

Su carta me sorprendió. Un poco tarde, la verdad. Le dejé mi dirección en la palma de su mano el último día que nos vimos y no se le ocurrió escribirme hasta unas cuantas semanas después. ¡La espera ha sido casi insoportable! Y digo «casi» porque, al volver a casa, todo ha sido una locura. Si sus primeras semanas como la ayudante de nuestra querida Virginia parece que han sido agitadas, déjeme que le cuente un poco de las mías.

Mi mano derecha en el negocio es mi tío John, el padre de mi querido y difunto primo Arthur, que, de estar entre nosotros, sería mi mano derecha y la izquierda. Pero a día de hoy, y sin poder hacer nada más al respecto, mi tío John es el que controla todo cuando yo no estoy. Él y su hijo pequeño, Roger. Y le aseguro, mi querida amiga, que yo suelo estar siempre.

En mi ausencia, y en la de mi madre, que ha decidido quedarse en Londres indefinidamente —no quiero ni pensar qué estará tramando—, el no tan querido tío John y la no tan amada ahora tía Margaret, su esposa, me han concertado tres citas que nada tienen que ver con los negocios. Han pensado que ya estaba bien eso de estar solo, que necesitaba una mujer.

No pondré el nombre de las señoritas para no herir ni su sensibilidad, mi querida amiga, ni el honor de tales damas tan... esmeradas.

Aseguro que todo esto que narro ocurrió a traición.

La primera señorita apareció en mi despacho el segundo día de mi llegada, mientras yo intentaba cuadrar con John y mi secretario un par de asuntos que, a mi parecer, habían llevado regular. Abrió la puerta como una cabra loca y berreó, cual cabra loca, que tenía que llevarla a cenar. Yo, como se imaginará, mi querida amiga, le pregunté primero quién era; después ya podríamos acordar el menú. La dama se quedó muda. Pasó de berrear a bufar. Algo muy extraño. Y dijo casi sin tino: «Yo creí que usted había suplicado cenar conmigo». A lo que yo respondí: «No creo haber suplicado en mi vida y mucho menos cenar con alguien que no sabía ni que existía». Me callé varias cosas, pero aun así la ofendí. Era una mujer muy susceptible. Se dio media vuelta y se fue. Cuando pregunté a las dos personas que habían presenciado la aparición de la dama cabra, mi tío John lo achacó a su mujer y allí se quedó el asunto. Pensé en la buena intención de mi tía y nada más.

Hasta la mañana siguiente, cuando mi —no tan querida actualmente— tía Margaret se presentó en mi casa hecha un basilisco —ya eran dos mujeres en menos de un día que me gritaban por razones culinarias y que yo no entendía—. Que cómo pude despachar con tan malos modos a la dama cabra —créame, mi tía la llamó por su nombre, pero yo preservé su honor, ya que creo que ella no lo hará— y no la llevé a cenar. Otra vez la cuestión gastronómica. Le respondía a mí tía: «Puedo cenar yo solo sin ayuda de nadie». Gritó que era insufrible y que ella no se iba a morir sin verme casado y con descendencia. Le pregunté por su salud y me tiró la mitad del periódico que ya había leído a la cabeza. Pero antes de marcharse me advirtió que esa noche acudiría con otra dama a cenar y que más valía que yo me portase como un caballero.

¿Entiende algo, querida amiga? Yo no comprendo nada. Una mujer entra chillando en mi despacho, sin ser invitada; me exige salir a cenar, cuando, voy a ser sincero, no tenía ni hambre; le digo la verdad a la cara, que no sé quién es ni por qué se ha presentado, y el malo soy yo. Creo que mi —no tan querida y algo chalada— tía Margaret sufre algún tipo de enfermedad que afecta al entendimiento. Y creo que corroborará mi teoría tras la narración de las otras dos damas.

A la segunda la podemos llamar la dama salmón. Quisiera decir que llevó un sofisticado atuendo que recordaba al naranja de los salmones y que fue tan esquiva e insinuante como uno. Pero no, la llamaremos dama salmón porque no paraba de boquear. ¡No pude sacarle ni una respuesta! Llegados a este punto, mi querida amiga, parece que la estoy oyendo decir: «Hombre, querido amigo, su nombre le diría». No, ni eso. La presentó mi tía y, desde ese momento hasta el final de la cena, solo abrió la boca para comer o tomar aire. Boqueó toda la comida. Hasta el tío John tuvo que darme la razón cuando le pedí a mi tía que mejor me dejará en paz.

Por supuesto, ya sabe que no lo hizo.

La tercera opción de mi tía apareció un sábado por la tarde en la casa de campo familiar y, debo decir, mi querida amiga, que me rompió el corazón. Podemos llamarla a ella, al contrario

que a mí, la dama sin corazón. No piense que fue un amor perdido o una mujer que me hizo sufrir. Siento decirle que en ese puesto solo se halla una y es a la que estoy escribiendo. Me rompió el corazón ya que Arthur, mi bien querido primo Arthur, que no habría dejado a su madre volverme loco, estaba enamorado de ella, y la dama sin corazón se olvidó de él en menos de un mes tras su fallecimiento.

¿Sabe lo peor de todo esto, mi querida amiga? Que tuve que ser amable con ella, que tuve que ser hasta simpático con ella, pues su familia es muy amiga de la mía y escupir un veneno que ya no importa a nadie es perder tiempo y fuerzas.

Tras esa maraña de damas perdidas y de horribles momentos, mis tíos han prometido darme un tiempo para descansar. No sé cuándo volverán a las andadas, pero lo harán y entonces estaré preparado.

¿Alguna sugerencia?

Sé que ha puesto abrazos para despedirse, pero, para mí, despedirme de mi querida amiga solo con un abrazo me parece algo frío. Aunque no la culpo. El frío, en ocasiones, reconforta más que el calor.

Sinceramente suyo y esperando noticias e ideas,
Gabriel.

Londres, Inglaterra
16 de octubre de 1852

Mi querido amigo Gabriel,

Voy a comenzar esta carta respondiendo su pregunta sobre si tengo alguna idea que pueda ayudar a su problema: búsquese usted mismo los amores y proposiciones. Como me comentó la última vez que lo vi, necesita y desea una compañera de viaje; va siendo hora de que encuentre una. Seguro que Boston está lleno de damas que no son ni cabras ni salmones ni personas sin corazón. Seguro. Aunque si no da con ellas, tiene todo un país por recorrer. No pierda la oportunidad.

Por otra parte, le diré que su relato me ha parecido de lo más curioso. No sé en qué pensaba su tía para presentarle a tales damas que, por lo que me ha dicho, no pegan con lo que busca y necesita.

Yo, por mi parte, estoy entusiasmada con la nueva apertura del Museo. Quieren realizar un baile para celebrarlo e invitar a todos los interesados en el mismo. La fiesta ayudará a financiar nuevas expediciones y a conseguir contactos. Será para finales de año, un poco antes de la esperada época navideña.

Por otra parte, se ha obrado un milagro que creí que no vería nunca: me he reconciliado con Lauren. He logrado entenderla a ella y también comprenderlo un poco más a usted, mi querido amigo. Y, después de vivir unos dos meses en una pensión de señoritas, trasladarme a la casa de Londres de mi hermana ha sido como una bendición. No recordaba bien lo que era no tener que ocuparse una de todo. Lauren no se encuentra sola y yo he recuperado una hermana. Alégrese por nosotras, cada día estamos más unidas y felices.

Seguro que no quiere saber nada de mi padre, aunque algo sabrá, sin duda, al ser su acreedor; sé que ha liquidado la cuenta. Nosotras tampoco queremos tener noticias de él, pero siempre llegan. Lo último que supimos es que viajó a Francia en busca de Adam, de quien no tenemos noticias desde hace años. Dios no quiera que haya tenido un final trágico, pero algo ha ocurrido

con él, sin duda. Sin Adam y con mi padre perdido, un primo nuestro ha comenzado a rondar la casa de Lauren para buscar nuestro beneplácito, y quizá saber qué nos toca en herencia, ya que sería él el nuevo conde de Ellenborough. No se quiere enterar de que, hasta nuevo aviso, mi padre continúa ostentando el título y que, en su ausencia y fuera de especulaciones, estaría Adam antes que él. Ni lo entiende ni lo comparte, se ve ya poseedor del título (y de una riqueza inexistente). Es insufrible.

Si sus cenas con sus damas, la salmón y la sin corazón, le parecieron de locura, créame, querido amigo, si le digo que cenar con un hombre que quiere ver muerto a su padre y a su hermano por pura codicia es también como para no entender nada.

Además, el querido primo, del que también preservaré su nombre, ha comenzado a cortearme a mí. Lauren le dejó claro que su posición de viuda era prominente y que no iba a cambiar su estatus y su dinero por nada. Giró sus miras hacia mí, no entiendo bien la razón, y ahora le parece lo más razonable, nada que ver con lo romántico, que nos unamos en santísimo matrimonio, para que así su alzamiento como conde de Ellenborough sea más que completo, y también bien visto. Tuvo la cortesía de indicarme que aquel «pequeño escándalo» del pasado para él no significa nada, cree que así se habrá ganado mi devoción y mi cariño para siempre. Eso sí, no viene dando sus dádivas de forma desinteresada, ya que no consentirá que una mujer suya trabaje bajo ningún concepto. ¡Ni que fueran a pensar que él necesita dinero o el título! ¡Qué pamplinas!

Las personas, cada día que pasa, me desconciertan más. Cada vez encuentro más serenidad en la palabra escrita, que, al menos, parece no tener doble sentido cuando es un texto de investigación. Se agradece mucho.

Espero que no le quede ninguna duda cuando le diga que huyo de él cada vez que puedo. Pero no puedo siempre. Espero que se le quite la tontería de la cabeza pronto. Tampoco tengo mucha esperanza en el asunto. Con que me deje en paz, me doy por satisfecha. Lo digo de corazón (yo también tengo uno, como usted).

Abrazos,
Mathilda.

Boston, Massachusetts
1 de noviembre de 1852

Mi querida amiga Mathilda,

Entiendo lo que quiere decir con que me busque yo la esposa. Créame si le digo que en ese sentido no he pedido ayuda nunca. Lo de mis tíos me viene grande. No sé en qué están pensando. Lo han intentado unas cuantas veces más, pero he sabido capear el temporal. Tuve que sentarme con ellos y explicarles algo que era obvio a todas luces: no es asunto suyo. Ellos no opinan igual, pero han prometido abstenerse. No sé si lo conseguiremos. Rece por mí de vez en cuando para que no aparezcan más damas cabras, salmón o sin corazón.

Pero antes de continuar con nuestra charla despreocupada, necesito hacerle una pregunta, Tilly: ¿queda esperanza entre los dos?

Le prometo que no insistiré más.

Imagino que no hará falta explicarle mucho más. Bueno, más bien, lo sé.

Espero que la correspondencia llegue antes esta vez, aunque sé que pido un imposible.

Esperando ansioso su respuesta,

Gabriel.

Londres, Inglaterra
16 de noviembre de 1852

Gabriel,

He reescrito esta carta ya unas cuantas veces.

Mi respuesta en la primera era un simple no. Mandando mis mejores deseos y esperando retomar el tono amistoso en nuestras siguientes misivas, si es que conseguíamos mantenerlas.

En la segunda, abría una pequeña puerta a la esperanza que, para ser sinceros, yo no he cerrado del todo. No sé qué me ocurre con usted, querido amigo, que remueve sentimientos que creía olvidados.

Para la tercera ya había dejado claros mis sentimientos y le decía que no me casaría nunca. Cosa que en la cuarta cambié, pues, si me casara, quizá sería con mi querido primo para poder realizar una venganza diabólica frente a mi padre, que odiaría la unión por ser estéril en dinero y en contactos sociales. El querido primo no se relaciona mucho. Pero hubiese sido cruel y mentira. Eso nunca ocurrirá. En la quinta desechaba esa idea por absurda y ya no le decía ni que sí ni que no.

Esta es la sexta y definitiva misiva.

Mi no sigue por delante.

Pero le daré una explicación clara y sencilla: ni yo me voy a ir a vivir a Boston para tener la vida de una mujer de hombre de negocios ni usted se va a trasladar a Londres para vivir junto a una mujer que ansía, sobre todas las cosas, la libertad de viajar y ver mundo.

Nuestra situación es incompatible.

Y después de dar por terminada la explicación, asumo que podrá iniciar la búsqueda de la futura señora Lawrence y le diré que por fin tengo el primer destino al alcance de la mano: Egipto. Los Pembroke viajarán en busca de nuevos tesoros junto a otros investigadores si la fiesta para recaudar fondos y padrinos sale bien. Hay noches que me cuesta dormir pensándolo. ¿Entiende que, quizá, el matrimonio habitual ya no esté hecho para mí?

Con mis mejores deseos (eso no ha cambiado en ninguna de las misivas anteriores),
Mathilda.

El periódico



Aileen Wells prometida

BOSTON, 30 de noviembre.- La señorita Aileen Wells, heredera de la naviera Wells, se ha prometido esta madrugada con Gabriel Lawrence, dueño de la empresa Lawrence and co. La futura novia confirmó que la boda se retrasaría hasta finales del siguiente año.

Escasas noticias



6 de diciembre de 1852, Londres

Mathilda estaba extrañada.

La correspondencia con Gabriel solía ser fluida y nunca sobrepasaba las dos semanas entre una carta y otra. Era el tiempo imprescindible para que el servicio de correos los pusiera en contacto. Si ella contestaba la misma noche o a la siguiente desde que leía la carta, él lo hacía casi de inmediato. Sus tiempos eran casi perfectos.

Desde que no podía tenerlo cerca, se había acostumbrado, al menos, a tocarlo por medio de palabras. Decirle que no tenían futuro había sido una de las cosas más duras que había hecho en el último año, y no habían sido pocas, en realidad.

Lauren decía que Mathilda había madurado. Esa expresión a ella no le gustaba nada, le sonaba a manzana pasada, de esas que muerdes y es todo grumos. Ella no había madurado, maduraba la fruta. Ella había comprendido la realidad que se le había negado. Y por fin era libre para elegir. Algo que Lauren entendía y compartía. Ella también había llegado a un punto en el que comprendía lo que era la verdadera libertad. Las dos estaban encantadas. Solas. Y encantadas. Nunca lo hubiese imaginado unos años antes.

Aquella mañana de lunes, Tilly se sentía, más que nunca, bien consigo misma. Bien con lo que había elegido y bien con las decisiones tomadas.

Su padre no se merecía ni un solo pensamiento más. Según Lauren que, en su opinión se había llevado la peor parte en relación a maridos y desplantes, solo era un hombre de su época actuando de una forma muy rígida. Bonita forma de no llamarlo egoísta.

Su hermano, Adam, realmente era un tema que preocupaba a las dos, por lo que su hermana había contratado un detective para poder dar con su paradero. En opinión de Lauren, Adam no aparecía porque no quería, no porque le hubiese pasado nada. Tilly no sabía qué opinar al respecto.

Su primo, su constante y repetitivo primo, se había retirado durante unos días para ver a sus padres y había amenazado con volver para la fiesta del Museo, a la que no estaba invitado hasta el momento en el que donó unas cuantas libras. Como decía su tía Georgiana, el dinero abría puertas.

Y si su hermana la comparaba con una fruta pocha, era porque había aprendido a comprender a Gabriel, a no tenerle un rencor infinito y a entender que las culpas estaban repartidas entre los dos y que los agentes externos no habían ayudado. Ojalá... Tilly removió la cabeza, no era el momento

de «ojalás»; era el momento de conseguir lo que ella quería.

Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza que su momento con Gabriel no se había dado, que aún no había llegado. Que un día aparecería en su puerta con una solución mágica a su situación, ya que ella no sabía cómo unir sus caminos sin que uno de los dos renunciara a sus sueños. A ella le había costado tanto alcanzarlos que no quería desprenderse de ellos. Había entendido que amaba a Gabe, sí, pero se quería más a ella. Y no iba a renunciar por completo a una vida que le encantaba. Por lo que lo mejor sería dejarlo volar.

Cuando bajó a desayunar, notó a su hermana enfrascada en sus pensamientos.

—Buenos días, Lauren.

—Ah, hola, Tilly.

Mathilda levantó una ceja. Nunca, jamás, su hermana la había saludado de manera tan informal delante de los sirvientes.

—¿Todo bien?

—Sí, sí. Estaba pensando en cómo celebrar la fiesta navideña sin que nuestro amado y venerado primo esté presente.

Sí, era una buena distracción.

—Lo tienes complicado, hermana, mucho.

Se sirvió un plato generoso. A principios de semana, Virginia solía aparecer con mil ideas nuevas y solían ser días complicados. Se fijó en que Lauren no estaba leyendo el periódico, algo que hacía todas las mañanas, así que ella fue a cogerlo cuando su hermana se lo impidió.

—¿Qué haces?

—Lo voy a leer yo —respondió su hermana como una niña pequeña.

En el mínimo forcejeo que estaban ejerciendo, un sobre se resbaló por el mantel y, como si el tiempo se hubiese detenido, Tilly pudo verlo rebotar y al fin quedarse por el lado en el que solo estaba escrito el nombre y la dirección de Lauren. Su hermana lo recogió con brío, como si en ese tiempo en que se había quedado encallado, se hubiera pueso en forma.

—¿Qué escondes, Lauren?

—¡Nada! —su voz de pito la delató.

Tilly achicó los ojos, se acercó a ella y le susurró.

—Si no quieres que monte un numerito delante de tus criados intentando quitarte la carta, como si tuviéramos veinte años menos y me estuvieras robando la muñeca, más te vale contarme qué ocurre.

Su hermana abrió los ojos como platos. No se esperaba esa reacción de Mathilda, desde luego, pero se recuperó del golpe en un momento, ya que pronto dejó la carta sobre la mesa y enderezó la espalda.

—En serio, Mathilda —dijo a media voz—, no seas infantil. Es mi correspondencia personal y no entiendo que deba repasarla contigo. Pero si tanto insistes... —Le dio la vuelta a la carta y el nombre que apareció dejó a Mathilda helada—. Solo quiere una reunión conmigo, debe de estar aburrida en Londres.

—Violet Lawrence... —leyó Tilly, intentando encajar piezas. De repente, empezó a sentirse acalorada, casi sofocada—. ¿Eso quiere decir que Gabriel...?

—No, no, no. Esto no tiene nada que ver con Gabriel. —Aunque su hermana sonaba sincera, a ella le pareció que escondía algo—. Nada que ver con la vuelta de Gabriel, al menos. Pero la señora Lawrence me ha pedido que vaya a tomar el té...

—¿Por qué a ti y no a mí?

—¿Lo preguntas con total seriedad? —Lauren estaba tan confusa que Tilly no comprendía qué

había dicho para que fuese así—. ¿En serio, Mathilda? No quiero ser mezquina, que a veces me dices que lo soy, pero la señora Lawrence antes contactaría conmigo para poder introducirse de forma correcta en la sociedad londinense que contigo, que solo eres una empleada en un museo y, además, sin muchos contactos sociales.

—Tengo a los Pembroke.

—Son tus jefes y no se mueven mucho en sociedad en los últimos tiempos. Mathilda, sé sensata —dijo mientras se levantaba de la mesa—, a ti te podrán llamar para preguntar por trastos viejos o piedras absurdas a las que les das un significado para que valgan algo. Pero si alguien quiere moverse por los círculos de la alta sociedad en Londres, nunca pensaría en ti, pequeña Tilly, lo haría en mí. De eso no cabe duda.

Y no cabía, no. Ni la más mínima duda.

Tilly llegó al nuevo emplazamiento del Museo con el sentimiento de que Gabriel aparecería de nuevo en su vida. Estaba ilusionada y sabía que era absurdo; que él estuviese en Londres no cambiaba nada en absoluto. Pero verlo siempre era una delicia. Aun enfadado o irritado. Echaba de menos poder contar con él.

No encontró a Virginia organizando la sala que habían dejado a medias la semana anterior, algo raro en ella. La halló en su despacho enfrascada en papeles, lo que representaba mucho más trabajo para Tilly.

—Ah, Mathilda, buenos días, buenos días. Hay mucho por hacer.

Nada nuevo bajo el sol. Todos los principios de semana se le antojaban inmensos. Agotadores. ¿Qué comería o haría Virginia para tener esa vitalidad?

Tras unas horas de estar enfrascadas en papeles que atestiguaban de dónde habían salido las maravillas que albergaba el museo o quién las había donado, para poder archivarlas, llegó la hora del almuerzo.

Hacía solo unos pocos años, solo almorzaban las mujeres; los hombres pensaban que comer a mitad de día era cosa de holgazanes. Ellos se lo perdían. Pero de un tiempo a esa parte, se estaba haciendo cada vez más común entre las clases altas el parar para almorzar.

Algunos días comían cualquier cosa que o bien la cocinera de los Pembroke o bien la de Lauren les enviaban. Pero ese día, decidieron acudir a un restaurante pequeño al que se llegaba paseando. Tilly no comprendió bien la necesidad de sus jefes de rodearse de personas, cuando ella quería sacarles información sobre Gabriel.

Lo hacía de forma muy disimulada. La semana anterior, el secretario del director le anunció que tenía carta de Estados Unidos.

«Lo mismo es de nuestro amigo en común», comentó como si tal cosa, Tilly. A lo que Gareth negó y sonrió.

Con ese pequeño gesto, ya le había dicho que Gabriel no le había respondido aún por estar enfadado, sino por otra causa, ya que, si su amigo hubiese tenido noticias de él y Mathilda no, significaría mucho. No quería romper ese pequeño vínculo que habían cultivado a través de las cartas. Y eso que, al principio, no era nada partidaria de comenzar. Pero Rebecca insistió en que debía seguir sus instintos. Claro, como desde hacía meses vivía en una nube de algodón de azúcar y todo lo veía bajo el influjo de la felicidad, no le parecía nada descabellado que Tilly mantuviera correspondencia con Gabriel. Y, qué demonios, a ella tampoco tras leer su carta apasionada sobre las segundas oportunidades en la vida y el amor.

Y eso veía cada vez que observaba a Virginia y a su esposo. De forma habitual, comían los cuatro juntos: los dos jefes con sus dos secretarios. Rara vez, Virginia y ella a solas. Sin embargo, cuando ya se sentaron los cuatro en una pequeña mesa de ese lugar al que nadie diría que la aristocracia podría acudir, llamaron al director del Museo y se marchó, tras prometerle a su mujer que comería algo en cuanto pudiera.

La mesa se quedó muda. Ni Tilly ni Virginia tenían mucho que decir que incluyera al tercer comensal; había sido todo muy extraño. Y el señor Martin, el secretario, no solía tener nada en común con ellas. Las dos mujeres se observaron sin saber muy bien qué decir.

—Propongo no hablar de trabajo —dijo Virginia.

—Me parece bien.

—Señor Martin, sabemos poco de su vida, creo que está casado, ¿no? —Virginia se puso en modo investigadora.

—No.

Así continuó la conversación, con su jefa intentando sacarle algo a ese hombre que estaba cerrado a cal y canto, como una caja fuerte o como un corsé antes de una fiesta. La comida, para Tilly, fue algo aburrida. Hasta que, en un momento dado, el señor Martin dijo, casi sin darse cuenta, que esa mañana había llegado una nota del amigo americano de lord Pembroke y que quizá eso tuviera algo que ver con su salida.

¿El amigo americano? No podía ser otro que Gabriel.

Tras volver al museo, Mathilda continuó con la sala que estaban preparando. Pero no se podía quitar de la cabeza que no era casualidad que esa misma mañana tuviera noticias de Violet Lawrence y que ese medio día escuchara algo sobre Gabriel en el museo.

La tarde pasó muy lenta, ya que ella estaba deseando volver a casa para poder ver el correo; estaba más que convencida de que tendría noticias de Gabe.

Antes de marcharse, pasó por el despacho de Virginia y la encontró sentada, pensativa, algo muy extraño en una mujer tan activa como ella.

—Pasa, Mathilda, yo me voy a marchar a casa ya; tú deberías hacer lo mismo.

Tilly frunció el cejo. Algo estaba ocurriendo, pero, en el fondo, todo parecía normal.

—Claro, hoy estoy algo cansada.

—Pues nada, a recuperar energía con tu hermana. Por cierto, ¿sabes cuántas personas acudirán de tu parte a la fiesta de este miércoles?

—Sí, seis, incluyéndome a mí.

Al final, había podido convencer a Rebecca para que asistiera con Sean, junto con su hermano y su mujer. Lauren iría con ella. Y su primo se había pagado él solo el cubierto. Quedaban solo dos días para la fiesta y poco a poco las salas con los tesoros estaban preparadas. Al día siguiente, habría que arreglar todo lo que tenía que ver con la fiesta.

Se fue a casa en el mismo carruaje que Virginia, que no abrió casi la boca en todo el trayecto. Cuando entró, su hermana no se encontraba en casa, tal y como le dijo su mayordomo. Preguntó por el correo y le dijo que lo había dejado todo en el despacho de Lauren, pero que no recordaba ninguna carta para ella.

Daba igual; aunque ese hombre nunca se equivocase, ella tenía que comprobarlo.

Cogió el montón de cartas y lo repasó tres veces. Nada, no había nada para ella.

En cambio, encontró la carta de Violet abierta y de ella salía no solo una carta, sino un recorte de periódico. Su curiosidad pudo mucho más que otra cosa y lo sacó.

Una noche en el Museo



Tilly no quería asistir al baile.

Era infantil, estúpido y no tenía sentido. Así que se vistió con el único vestido de noche que se había permitido comprarse y suspiró cuando observó su figura en el espejo.

—Estás preciosa, hermanita.

—¡Lauren, vaya susto!

—Llevas un par de días algo pensativa. No te preocupes —dijo, se acercó a ella y se asomó también al espejo—, todo va a salir genial y, si todo va bien, en unos meses estarás en El Cairo camino a buscar cacharros viejos.

—¡Lauren!

—Sabes que no te entiendo. —Su hermana se encogió de hombros—. Pero te apoyo en todo lo que puedo. Y para ir perfecta esta noche te hace falta un toque... brillante.

Le sacó un collar simple, con una piedra preciosa amarilla que recordaba al color de su pelo.

—Es precioso...

—Era de mamá, y creo que va siendo hora de que tengas algo tuyo.

—Oh, pero, Lauren, es tuyo.

—Ahora no.

Posó un beso en su mejilla y las dos bajaron al salón, donde ya esperaban Rebecca, que llevaba un precioso vestido azul, y Sean, que, ataviado con un traje de noche y afeitado, parecía otra persona; estaba realmente apuesto.

Se dieron un abrazo muy afectuoso. Si fuera por Tilly no la hubiese dejado marchar en mucho tiempo. Becca sabía cómo alegrarle el día.

—¿Y tu hermano y Brenda?

—Irán por su cuenta.

A Mathilda le hubiese encantado poder estar a solas con ella para poder contarle lo que había visto dos noches antes. Aunque por carta se escribían cada dos por tres, eso no le había dado tiempo a contárselo. Ni a ella ni a Lauren. ¿Cómo podría contarle a alguna de las dos que haber leído por un periódico el compromiso de Gabriel había sido como sentir un puñal en el corazón? ¿Cómo? Después de haberle dicho que no ya en tantas ocasiones. Se daría unos días de tranquilidad antes de poder aclarar sus ideas y centrar su mundo en, como decía su hermana, «cacharros viejos». Pero ese descubrimiento, ver que de verdad él sí podría comenzar una nueva

vida con otra persona, fue como si un caudal de agua fría le recorriese el cuerpo. Se dio cuenta de algo: podía vivir sin Gabriel, pero no quería hacerlo.

—Esta noche vas a causar sensación, Mathilda. Me acuerdo de tu primera temporada... — comenzó a decir Rebecca, como si fuese una cosa que hubiese ocurrido en otra vida.

—Y la única, no te olvides.

Las dos sonrieron y, cuando su hermana lo comentó, todos pusieron rumbo al carruaje, donde las mujeres charlaron mientras Sean observaba el paisaje.

—El emplazamiento del nuevo museo es magnífico, pero debo advertiros de que, aunque se inaugure ahora, todavía quedan salas a medias, a las que no podréis pasar, por supuesto.

—Tampoco querría —comentó Lauren—. En el fondo asisto por ti, querida Tilly, pero también por todas las autoridades que acudirán. No por los cacharros o los libros. Eso, para quién le interese.

—Lauren, si cambias de opinión, la colección de libros expuesta es magnífica, y ni que decir tiene la egip... —

—No, gracias, Mathilda, tus cacharros viejos y tus libros mejor para ti.

—Nosotros estaremos encantados de poder verlos —comentó Becca, y Sean asintió.

—Gracias.

Lo decía de verdad. Quería a Lauren, mucho, y ya había conciliado la forma de ser de su hermana, a veces tan frívola, pero, sobre todo, siempre tan suya. Ella veía el mundo a través de sus ojos como si la verdad absoluta fuese la suya. No la de los demás. Así que en ocasiones se equivocaba tanto que no sabía cómo recular. Pedir perdón y decir «lo siento» no entraba en su forma de ser, aunque lo hacía, vaya si lo hacía si merecía la pena.

Rebecca sonrió y le apretó la mano. Era su forma de decir que la paciencia era algo que ella le había enseñado bien a cultivar.

Llegaron al Museo un poco pronto. Entre los asistentes ya se encontraban los trabajadores habituales del mismo, pero también el equipo de Robert Smirke, el arquitecto que llevaba décadas con el proyecto. Tilly se lo había cruzado en multitud de ocasiones, y la saludó con afecto pero con rapidez. Quería saber, sin duda, qué opinaba todo el mundo del espectacular edificio que había diseñado.

Observó a Virginia, vestida con un traje azul perla, reír con una copa en la mano a dos caballeros. Se dirigió hacia ella, hasta que se dio cuenta de quién la acompañaba: su marido y Gabriel. ¿Qué hacía Gabe allí? ¿Estaría su prometida cerca?

Tilly no lo pudo soportar, dio media vuelta y se quiso perder, pero Rebecca enhebró sus brazos, se disculpó con Sean y Lauren y le dijo al oído que se marchasen a un lugar tranquilo, ya que el resto de invitados no tardaría en llegar y sería imposible estar solos. Mathilda la guio a una sala conjunta.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ese es Gabriel Lawrence? Yo pensaba que habíais enterrado el hacha de guerra.

—Y está enterrada, quemada y liquidada. Ahora nos llevamos bien.

—¿Entonces...?

—Está prometido.

—Bueno, ya era hora, ¿no?

—Rebecca, no creo que...

—Sí, sí, lo sé. Pero por tus cartas yo creí que tú habías cerrado esa puerta, preferías tu libertad, tu trabajo y todo lo que has conseguido aquí. Y no sabes lo orgullosa que estoy de ti y de que puedas tener alas para volar.

—Y eso es así, por supuesto que es así. Solo que... siempre creí que acabaríamos juntos. Incluso en los peores momentos, en esos en los que lo maldecía. Soñaba con su aparición y una explicación factible.

—Su aparición la hizo, Tilly, pero no en un caballo blanco, porque Gabriel es una persona normal y corriente, y no un personaje de un libro de caballerías. Y sus razones fueron, cuanto menos, cuestionables.

—Sí, cuanto menos.

Rebecca posó sus dos manos en la cara de Mathilda.

—A veces lo tenemos todo y a veces no tenemos nada. El punto medio está en saber qué queremos y desechar lo que no.

—El problema, Becca, es cuando quieres dos cosas que son completamente incompatibles.

—Encuentra el punto medio, Tilly. ¿De verdad que no hay manera de encontrarlo?

—Yo no lo sé.

—Pues más te vale encontrar una respuesta pronto, pues Gabriel, antes o después, querrá hablar contigo. Y, Tilly, no siempre vas a tener una oportunidad de tenerlo todo.

El pacto de Perséfone



Gabriel llevaba tres días en Inglaterra y ya había recibido tres broncas.

No sabía hasta qué punto eso era lo esperado.

La primera vino de su madre, a eso ya se había acostumbrado; rara vez un hijo actúa tal y como quieren sus padres en todo momento. La segunda, de Virginia, la esposa de su mejor amigo, que reía a su lado mientras su mujer le daba la charla. Y la última, en ese mismo momento, se la estaba dando Lauren, a la que le estaba costando escuchar, ya que con la mirada estaba buscando a Tilly. La única mujer que debería echarle una bronca desde ese momento y para el resto de su vida. Solo si ella accedía.

Y, aunque todas las broncas tenían el mismo trasfondo —que se iba a casar con alguien que no era Tilly—, él no sabía ya cómo explicar lo ocurrido. ¿Qué pecado había cometido? Si fuese a casarse con otra persona estaría en su derecho. Mathilda ya lo había rechazado. Aunque eso parecía que no podía entenderlo nadie.

No dejó que la tercera bronca lo enfadase. Él tenía algo mucho más importante que hacer esa noche y no iba a desaprovechar la ocasión.

—Lauren —la cortó—, todo eso ya me lo han dicho. Y sigo insistiendo en mi inocencia. Ahora deseo hablar con tu hermana lo antes posible.

—No sé si debería dejarte.

—Disculpa, querida, solo ella puede o no dejarme. ¿No estás al tanto? Ella se salva sola.

La dejó boqueando. No estaba mal. Lo mismo la reacción de la pobre señorita salmón era, al final, culpa de Gabriel. Estaba cansado de tanta interrupción. Había esperado durante esos días a la fiesta en el Museo para poder hacerlo todo más especial, más... espectacular. Que el ambiente y el tiempo tenían que ser los propicios para cerrar un negocio o un trato era algo que todo empresario sabía, y él se había pasado años solo pensando en su empresa.

Y el tiempo era esa noche y el lugar, una sala preciosa de ese espectacular edificio.

Siguió buscando a Mathilda entre los relativamente pocos invitados que habían llegado, pero eran como la cascada de un río: no cesaban; cada vez acudían más.

Hasta que alguien llamó su atención.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor Lawrence. Imagino que está buscando a mi protegida —dijo Rebecca, y él asintió—. La encontrará si sigue ese pasillo; no cierre la puerta, estaré fuera esperando.

—Muchas gracias.

Se lo agradeció de corazón y algo sorprendido. Nunca creyó que la institutriz de Mathilda fuera a ser de ayuda o que lo hubiese perdonado por todo lo ocurrido. Más bien, tenía pensado que lo acuchillaría si pudiera.

Siguió las instrucciones que le habían dado y encontró a Tilly con la cabeza en otro sitio y su mano acariciando los lomos de los libros que había expuestos en la estancia.

—Creo que eso no se debería tocar —dijo en tono de broma. De alguna manera tenía que hacerse notar.

—Solo si no trabajas aquí.

—Entonces, te dejo con lo que estabas haciendo. Cuando termines, me gustaría hablar.

Tilly lo observó con esos ojos profundos, algo menos perdidos y más centrados en él.

—No te cases —soltó sin más—. No te cases con la americana.

—Te aseguro que no lo pretendía.

—¿Cómo?

—Aileen se va a casar con un primo mío, el hermano pequeño de Arthur, también dueño de la compañía. Hasta hace unas semanas, su padre tenía el treinta por ciento de la misma, ahora mi primo tiene un diecinueve y juntos, un cuarenta y nueve, recién vendido por mi parte. Yo no soy el feliz futuro marido de la dama sin corazón, te lo prometo.

—Entonces, ¿el periódico...?

—Se equivocó de propietario. Seguro que Aileen hizo rodar cabezas. —Se encogió de hombros—. Ya he recibido muchas quejas al respecto, pero, créeme, Mathilda, si viajaras a Boston y caminaras por sus calles, verías a Aileen paseando de la mano de Roger, mi primo. Algo que me sigue sorprendiendo y doliendo un poco por Arthur, ya que él la quiso muchísimo. No sé hasta qué punto es normal que se case con su hermano pequeño.

»El problema está en que el periódico no rectificó la noticia, en lo que se dice, primera plana, más bien en una esquina en la sección de sociedad y no todo el mundo la pudo leer. A mí me cogió haciendo las maletas para venir a Londres y no le di mayor importancia. Hasta que al hablar con mi madre casi me mata, a mí, su único hijo.

—No te vas a casar.

—No. Es más, he venido a proponerte un pacto.

Mathilda sonrió, y con esa sonrisa iluminó la estancia de tal manera que Gabe habría apostado a que podría haber leído los títulos de los libros que se encontraban más alejados de ellos.

—Tienes mi atención.

—Es el pacto de Perséfone. ¿Sabes quién era?

—Sí, la mujer de Hades. ¿Vas a secuestrarme y a obligarme a quedarme contigo durante unos meses?

—A ver, la idea no es tan brusca como la historia de Hades y Perséfone, y tampoco quiero equipararnos con los reyes del inframundo griego. No sé si me pega tener un perro de tres cabezas.

—O a mí convertir en menta a las mujeres a las que te acerques. —Los dos se rieron—. Entonces, ¿cuál es el pacto de Perséfone? Espero que uno más refinado.

—Dame seis meses al año, Mathilda. Puedo regatear, pero creo que seis es justo. Le he vendido a mi primo casi la mitad de la compañía para que pueda trabajar sin mí durante ese tiempo; solo para una decisión muy importante necesitaría mi uno por ciento de más. Así podré viajar contigo a donde vayas. Egipto me parece un buen lugar para empezar. Déjame acompañarte en tus aventuras. —Se acercó a ella, que mantenía una cara totalmente seria, sin dar a entender si

lo que le decía era una locura o no—. Estaremos esos seis meses juntos y los otros tendré que volver a Boston a trabajar, y tú podrás hacer lo que quieras. Te lo prometo, nunca te obligaré a venir. Pero te quiero a ti, Tilly, a ti tal y como eres. A ti, buscando un hueco en este mundo tan loco. A ti, gritándome que no necesitas a nadie, que tú te bastas. Te quiero a ti y quiero que tú me quieras a mí. ¿Es posible?

Mathilda no apartó la mirada de sus ojos cuando preguntó:

—¿Es una proposición de matrimonio?

—Solo si tú así lo quieres.

—¿Cómo podemos estar casados durante seis meses al año solo?

—No soy letrado, pero creo que eso no es posible. Si nos casamos es para toda la vida, aunque te prometo que no te pediré más que lo que te he dicho. Seis meses para estar juntos donde tú quieras estar.

No respondió al instante. Gabriel podría haberse mordido todas las uñas de la mano, pero no lo hizo. Mantuvo la compostura, porque nadie querría unir su vida a una persona así.

—¿Y ya le has vendido tu parte de la empresa a tu primo Roger y has llegado con él a un acuerdo?

—Sí, no se puede decir que no he sido optimista.

—¿Por qué crees que voy a decir que sí?

—En tu carta comentabas que nuestras vidas eran incompatibles. No que no me hubieses perdonado, no que no me quisieras. Solo que eran incompatibles sin más.

—¿No has pensado que podría ser una forma políticamente correcta de decirte que no sin herirte?

—Lo he pensado todo, Tilly, desde lo más racional a lo más ilógico, todo. Pero quiero apostar por esto. Tras aquellos cinco días juntos, quiero más. No solo cinco días, quiero cinco días que se sumen a otros cinco y a otros cinco...

—Hasta sumar seis meses, no un año.

—Yo sumaría toda una vida si tú me dejases.

—Y yo también, Gabriel, solo que no había pensado en el pacto de Perséfone y me moría al saber que nuestros caminos eran incompatibles.

—¿Eso quiere decir...?

—Que acepto el pacto de Perséfone, pero con una condición.

—Ya estamos con tus condiciones —dijo con un tono alegre en la voz. Aunque solo quería besarla, se esperaba.

—Que esperemos unos meses antes de formalizarlo, antes de casarnos. Necesito saber que es real y que ninguno de los dos va a echarse atrás.

—¡Por Dios, Tilly! Lo que quieras, pero te aseguro que no habrá arrepentimientos. Al final, y en su forma retorcida, Perséfone y Hades fueron felices.

—Unos meses al año.

—Los que me dejes.

—Empecemos por este y luego ya veremos.

Gabe no pudo más que besarla. Se había equivocado tantas veces en tantas cosas que sabía que la sensación que le recorría el cuerpo no era de fracaso; era de profundo éxito. Por fin sus caminos se habían cruzado y él haría lo posible por no separarlos más de lo necesario. Solo esperaba que el tiempo los dejara ser felices.

Epílogo: La vida (com)partida



Durante los primeros meses del año 1853, Gabriel y Mathilda mantuvieron su palabra y pasaron más tiempo juntos. Tanto fue así que él tuvo que ayudar en el Museo muchos días, ya que iba a formar parte de la expedición, no solo de forma pecuniaria, que era como se había colado, sino también personal. Y lo mejor de todo fue que disfrutó y entendió qué le había dado a Mathilda ese trabajo: libertad y la sensación de estar haciendo algo por sí misma. Casi como le ocurría a él con su empresa.

El día a día, las horas juntos, les dieron la razón: no podrían ser felices el uno separado del otro. Fue por eso que, solo tres días antes de marchar a Egipto, Tilly y Gabriel se casaron en la casa de la madre de este en la ciudad, frente a unos pocos amigos que acudieron al evento.

No fue nada sofisticado, no doblaron las campanas de las iglesias ni aparecieron en primera plana de la sección de sociedad de los periódicos. Pero dio igual. Eran felices. Ellos habían escrito su historia en los últimos meses a su manera, no a la de la sociedad, y así pensaban seguir haciéndolo. No serían el matrimonio normal entre un empresario americano y la hija de un conde. Serían solo Gabe y Tilly.

La dicha fue completa cuando supieron que Rebecca y Sean pasarían por el altar a finales de año, justo para su vuelta de la expedición. Dejaron a familiares y amigos contentos, ya que juntos se les veía mejor que por separado.

Gabriel no echó de menos las mañanas frías de Boston cuando el calor insoportable de El Cairo cayó sobre él la primera vez, pues solo observar la felicidad de Mathilda fue más que suficiente para él. Había hecho de su sueño, el de los dos, una realidad. Gabe siempre había sido aventurero, pero las obligaciones lo habían atado a una sociedad y a unos quehaceres que habían enterrado bajo pilas de papeles al niño curioso que siempre había sido.

Esa primera expedición, siendo sinceros, no fue la más productiva, pero sí fue definitiva para establecer las pautas para las siguientes.

Tilly creyó que si alguien no se enamoraba en y de Egipto, era que no tenía alma. Como ella ya venía enamorada de Londres, se encandiló con un país salvaje y peligroso a partes iguales, pero con una belleza espectacular.

El problema llegó cuando los seis primeros meses llegaron a su fin. Había que decir adiós a una forma de vida, y Gabriel no quería, pero también sabía que le había dado su palabra a

Mathilda y no la rompería por nada del mundo.

Así que cogió su maleta, dejó la mitad de su corazón junto a ella y volvió a Boston el día después de la boda de Rebecca y Sean, que se celebró solo unas semanas más tarde de su vuelta a Inglaterra.

Boston le pareció a Gabriel sombrío. Pensó que podría ponerse en el lugar de Deméter. A ella le habían robado a su hija; a él, a su mujer. Y aunque eran amores distintos, eran de esos que marcaban una vida. Si fuera por él, también habría obligado a la tierra a que nada creciera hasta que no la tuviera a su lado.

Mantuvo un ritmo de trabajo constante, que solo rompía para cenar con su familia. Con la esperanza de que su primo Roger y su Perséfone aceptaran un recorte de, al menos, un mes a su condena de estar separados. Seis meses a su lado se habían pasado en un abrir y cerrar de ojos. En cambio, pensar en seis meses, con sus noches y sus días, separado de ella, le parecieron un infierno.

Hasta que una noche, al llegar a casa bastante cansado, se encontró con una luz en su dormitorio, algo poco habitual. Nadie lo había avisado de una visita. Y dudaba mucho que ningún criado se la hubiese dejado encendida, más allá del fuego de la chimenea que, desde luego, no dejaba ese resplandor. Cuando abrió la puerta, se encontró a Tilly sentada en la cama, esperando. Y por un momento no supo si había perdido el juicio o si era real. No importaba; de cualquier manera, eso le alegró el corazón.

—Parece cansado, señor Lawrence.

—Estoy trabajando duro estas semanas, hay mucho que hacer. ¿Qué haces aquí, Tilly? No te diré que no esté encantado, pero no me lo esperaba.

—¿Por qué te fuiste?

—Te lo había prometido, no podía faltar a otra promesa. Jamás me lo hubiese perdonado. Aunque, ahora que estoy cansado y creo que puedo decir lo que quiera, te confesaré que ha sido una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer. Pero nunca más romperé mi palabra si te la he dado a ti. Nunca más.

—Pues yo acabo de romper la mía. No quiero seis meses separados. Lo quiero todo. Quiero Egipto contigo, quiero Londres contigo y querré Boston si tú estás aquí. En el fondo, no me apetece estar todo el año viajando. He llegado a un acuerdo con Virginia, podré venir contigo a Boston unos meses; es algo temporal, pero lo iremos arreglando para que al final todo encaje. — Gabriel sonrió, no podía pedir más—. En ocasiones, también me apetece descansar. Estar en casa. Y me he dado cuenta de una cosa, Gabriel.

Se quedó callada. Él no supo si respirar o preguntar; se decantó por la segunda.

—¿De qué te has dado cuenta? —Se acercó y se sentó a su lado en la cama.

—De que mi casa está donde estés tú.

—¿Lo dices en serio?

—Tanto que te lo prometo.

—Pero acabas de romper tu promesa.

—Te prometo que esta será la última que rompa.

Agradecimientos

Las mujeres del siglo XIX trabajaban. Trabajaban y mucho. Su ámbito más habitual era, sin lugar a dudas, el doméstico y, a mitad de siglo, las fábricas. Esas mujeres tenían muchísimo que ver con nosotras: eran fuertes, diligentes y luchadoras. Pero no tuvieron las mismas oportunidades que tenemos ahora. No todas, al menos. Algunas, como en la historia de Tilly, por tesón, oportunidad o carambolas del destino pudieron llegar un poco más allá y quitarse el corsé del momento en que vivían. La pena es que los ejemplos no son muchos y poco conocidos. A ellas, a las luchadoras del siglo XIX, las que pudieron y las que no, mi primer agradecimiento. Sus historias le han dado alas a mi Tilly.

Después, como de mujeres va la cosa, a mis compañeras escritoras que me ayudan a cada paso del camino. A Abril Camino, que siempre está para una duda o para poner sensatez a alguna locura (o hacerla más grande) por medio de audio de WhatsApp a casi cualquier hora del día. A Elsa García, que llegó a dos avisos antes de que le enviara *Cinco días para estar contigo*, de lo pesada que me estaba poniendo ya con ella. Sin su apoyo, Tilly habría sido muy distinta. A Emma J. Care, que se leyó el libro en un suspiro y me ayudó a entender mejor a Gabriel. A Érika Gael, que supo ver lo fuerte del libro para ayudar a potenciarlo y lo que quizá no era tan fuerte, pero tenía solución. Y a Alba Biznaga, que, pese a todos sus proyectos, siempre saca un ratito para mí. A todas ellas mil gracias.

A mis amigos, que siempre me apoyan en cada proyecto y dejan que les dé la murga con cada historia que tengo en la cabeza.

A mi familia, con sus mujeres fuertes de un lado y de otro, y con sus hombres que no les ponen frenos a sus sueños.

A Ángel, por supuesto, que es parte de esa clase de hombres que, como Gabe, nunca corta mis alas, al contrario, sopla si el viento no viene a favor.

Y, en esta ocasión, a mi peque, que aún no está con nosotros, pero ha puesto su granito de arena para que yo pudiera sentarme a escribir. Cuando empecé esta novela no sabía que estaba embarazada, luego entendí muchas cosas. Él ha puesto de su parte para que Tilly y Gabe tuvieran voz y, en ocasiones, para que yo dejara de escribir y descansara, que todo se agradece. Él, que ya forma parte de nuestras vidas, no podía faltar.

Y a ti, lectora, que espero que hayas disfrutado de la historia y de sus personajes. Gracias. Gracias por todo. Si tú no lo leyeras, no tendría ningún sentido escribir.